

PUCK

Y EL MONSTRUO
DEL LAGO

Book Five



PUCK, Y EL MONSTRUO DEL LAGO

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: PA MED VANTEN, PUK! - IH. HVOR ER
DET SPAENDENDE

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

ilustraciones: R. Cortiella

OCTAVA EDICIÓN

ISBN 84 3 1 0 2268 X

Copenhague - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988

Impreso en España - Printed in Spain





—Bueno — se excusó el director Frank, mientras una ligera sonrisa se dibujaba en su cara—, Incluso un director de colegio tiene derecho a estar de mal humor de vez en cuando.

La señora Frank levantó la vista de su libro de cuentas.

— No estoy muy segura de ello —comentó distraída.

Sus miradas se encontraron, y la sonrisa del director Frank era ya amplia.

— Ni siquiera me has preguntado el porqué de mi mal humor — dijo.

— No hace falta; creo que sé el motivo —dijo ella—. Tu mal humor empezó después de la llamada telefónica. Te dijeron algo sobre el Bosque Noerre, ¿verdad?

La sonrisa desapareció del rostro del director.

— De eso se trata —dijo excitado—. Es un asunto muy complicado. El que llamó fue el señor Dreyer, de la Gran Granja. Acababa de enterarse de que un grupo financiero ha comprado la parte nordeste de la arboleda para construir allí una colonia de chalets.

La señora Frank levantó las cejas, asombrada. Su gesto era de indignación.

— Creía que en toda esta parte, alrededor del lago Ege, estaba prohibido edificar —comentó—. La Sociedad Protectora de la Naturaleza se ha esforzado siempre en defender el paisaje que rodea

el lago.

El director se encogió de hombros.

— Yo también lo creía así —dijo—. No hace mucho me encontré con el joven abogado Beck en Sundkoebing. Es el presidente local de la Sociedad Protectora de la Naturaleza. Me contó que intentaban ampliar las Ordenanzas sobre defensa del paisaje en la zona del lago Ege para declararlo parque natural. Yo incluso creía que todo estaba arreglado ya.

«Hay que evitar que se edifiquen rascacielos por doquier. Los chalets de verano se extienden ya por toda la costa, y apenas quedan lugares sin urbanizar. Creo que ésta es una de las pocas comarcas en toda Selandia que no está cubierta de asfalto. Y, ahora, unos negociantes quieren convertir nuestra arboleda en una colonia veraniega. ¡Esto es demasiado!

El director paseaba muy excitado por la habitación. La señora Frank le seguía con los ojos.

— No gastes todas tus energías antes de saber qué hay de cierto en todo ello —dijo—. Aunque hayan comprado la arboleda, no es seguro que tengan planes de edificar, y en el caso de que los tuvieran, no creo que consigan el permiso para hacerlo tan cerca del lago Ege. Tú mismo has dicho hace un momento que la Sociedad Protectora de la Naturaleza quiere que se declare parque natural la zona vecina al lago.

El director se paró ante ella e hizo un gesto de desesperación con las manos. Pero siempre ocurre lo mismo. En cuanto existe un parque natural, empiezan a construir casitas en torno a él, haciendo propaganda de la paz y tranquilidad del lugar y qué sé yo. Pero te aseguro que, si esa gente piensa venir a estropear nuestra comarca, no nos encontrarán dormidos. Herbert Dreyer estaba tan excitado como yo por este asunto, y está dispuesto a todo.

La señora Frank no pudo ocultar una sonrisa.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó—. ¿Enfrentaros con ellos cuando vengan, con palos y horcas?

—No me importaría —dijo el director—. ¡No me importaría!

La señora Frank miró, asombrada, a su marido. Era raro verle tan excitado, aun cuando la causa fuera tan importante. No era su estilo portarse así. Había estado muy nervioso y preocupado últimamente, admitió la señora Frank, como si algo le molestara.

La joven señora siguió con la mirada a su esposo en su inquieto ir y venir por la habitación.

— Creí que tenías clase... — dijo por fin.

El director se paró para contestar:

— No. La señorita Brun dará la clase en mi lugar. Ya que está aquí, lo mejor será que empiece en seguida para que se acostumbre. ¿Qué te parece la señorita Brun?

La señora Frank se encogió de hombros, pero no contestó. El director se paró de nuevo ante ella y prosiguió:

— No contestas... ¿No te es simpática?

— No seas agresivo —sonrió la señora Frank—. Me parece una joven encantadora e inteligente y todo lo que tú quieras... Aunque quizás es demasiado joven. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —contestó, e inició de nuevo su ir y venir por la habitación.

Poco después, el director se detuvo al lado de la ventana, donde se quedó contemplando el maravilloso lago Ege. Hacia la izquierda estaba el Bosque del Oeste con su espesura de hayas, las viejas encinas y sus sombríos senderos. Más allá estaba el pantano, el promontorio con las ruinas y el Bosque Noerre con su arboleda de abetos, que se estiraban hacia el cielo contrastando con la redondez del bosque de hayas.

—¡No! —exclamó mientras se volvía hacia su mujer—. No podemos permitir que esos hombres de negocios destruyan el paisaje de nuestro lago Ege sólo por dinero. Debemos unirnos para conservar y defender estos tesoros naturales. ¡Valen más que el dinero!

Pasó la mano sobre sus ojos y luego buscó su pipa en el bolsillo de la chaqueta.

—Lo malo es —añadió con una breve sonrisa— que no me siento con grandes ánimos para luchar. No sé. Ultimamente me dejan indiferente muchas de las cosas que ocurren.

—No te preocupes — dijo la señora Frank para animarle —. Todos pasamos por épocas así. Hay momentos en que todo nos parece negro. Quizá debieras tomarte unas vitaminas.

El director rió.

—¿Vitaminas dices? Me gustaría saber cómo se hubiera forjado la historia del mundo si la gente se hubiese preocupado por su falta

de vitaminas. Quizá todo hubiera sido distinto... Pero te prometo una cosa, querida; no voy a preocuparme antes de tiempo.

—Es una buena promesa — sonrió la señora Frank —. En realidad, no tienes por qué estar triste. Todo nos va tan bien...

* * *

Si la señora Frank hubiera sospechado siquiera lo que en aquel mismo instante ocurría en la clase de Puck, no se hubiera mostrado tan optimista.

El ambiente del aula era tal, que podía ocurrir cualquier catástrofe. La nueva profesora, la señorita Brun, estaba en su mesa, mirando fijamente a sus alumnos con ojos de ira difícilmente contenida. Sus labios temblaban.

—¡Cállate de una vez! — gritó con rabia—. He dicho que no quiero interrupciones.

Sus palabras iban dirigidas a Puck, y, mientras le regañaba, la señalaba con un dedo. A Puck le molestaba que alguien la señalase en forma tan poco correcta.

—Yo no he dicho nada — contestó la muchacha, molesta.

—¡Y yo digo que sí hablaste! — insistió la señorita Brun.

—No fue ella — se oyó una voz.

—¿Quién fue?

—Yo —dijo Navío levantándose.

—No te metas en lo que no te importa — le espetó la señorita Brun—. Cuando quiera hablar contigo te lo haré saber.

—¡Pero...! —dijo Navío, cuyo genio empezaba a poder más que ella.

Puck puso su mano en el brazo de Navío para calmarla.

—¡Silencio! — chilló la señorita Brun.

La boca de Navío formaba una dura línea recta y sus ojos echaban chispas; pero calló y se sentó.

—Continuaremos — dijo la profesora, y abrió un libro . El próximo que se atreva a interrumpir será expulsado de la clase.

Un silencio glacial reinó en el aula, y la clase se reanudó. No se podía decir que la señorita Else Brun hubiera tenido éxito en el pensionado de Egeborg. Había ido como sustituta y fue recibida con cierta agresividad como cualquier sustituta en cualquier colegio.

No resulta fácil para una persona extraña e inexperta entrar en la jaula de fieras que con frecuencia suele ser un aula. Los alumnos

lo saben todo, y el pobre profesor no sabe nada; ni siquiera los nombres de los niños. El sustituto se encuentra frente a un clan de amigos, y es fácil equivocarse al juzgarlos.

Else Brun no tardó mucho en enfrentarse con Puck y sus amigas, y, aunque los alumnos en su interior tuvieron que admitir su parte de culpa, todos estaban indignados porque la señorita Brun no era justa.

Y esto es lo peor que le puede ocurrir a un profesor.

En aquellos instantes la clase guardaba un extraño silencio que hablaba por sí mismo.

Todos pensaban y sentían lo mismo. Sus pensamientos y sentimientos formaban como un muro de obstinación y testarudez entre la profesora y ellos.

Puck se dijo a sí misma que sería prudente tener cuidado, La señorita Brun la vigilaba especialmente. La muchacha no comprendía por qué la profesora la había escogido precisamente a ella como víctima; pero tenía la certeza de que Else Brun la había encontrado antipática ya desde el primer día.

Annelise Dreyer, que era la despreocupación personificada, no se dejó intimidar. Mientras Puck había comprendido que debía tratar de pasar inadvertida, Annelise olvidó pronto toda cautela.

De repente se acordó de lo que su padre, el propietario Herbert Dreyer, había dicho aquella misma mañana sobre la posible urbanización de la arboleda, y sintió la irreprimible necesidad de contarle a alguien la sensacional noticia. Así que se puso a escribir un papel para Puck, en el que le contaba lo que sabía. Luego hizo una bola y esperó el momento oportuno para lanzar la misiva a su amiga.

Puck comprendió por su gesto lo que se proponía Annelise, e intentó advertirle con muecas que no hiciera nada que irritase aún más a la señorita Brun. En vez de atrapar la bolita de papel, la desvió con la mano para evitar que cayese sobre su mesa.

Else Brun no había visto la maniobra de Annelise, pero se dio la vuelta en el momento en que Puck desviaba el papel, y, naturalmente, creyó que Puck se lo estaba lanzando a algún compañero de clase.

— ¡Levántate! — dijo rabiosa.

Puck se levantó.

— ¿Qué estabas haciendo?

— Nada.

— ¡Mientes! Estabas tirando una bola de papel.

— No — contestó Puck.

— Lo vi con mis propios ojos.

Annelise se levantó rápidamente.

— Fui yo —confesó.

El cuello de la profesora enrojeció de ira. Tenía la sensación de haber ido demasiado lejos.

—¡Siéntate y calla!

—Pero fui yo quien tiró el papel...

Else Brun se había levantado y avanzaba hacia Puck.

—¡Fuera! —dijo

—Pero... — se defendió Puck—. Yo no lo hice.

La señorita Brun vio la expresión de seguridad en los ojos de lamuchacha y se puso aún más furiosa. En aquel instante no le interesaba ser justa o no serlo; sólo quería ganar la batalla, pues por alguna desagradable razón no se sentía tan segura de su decisión como hubiera deseado. Sin embargo, ya no había otro camino.

—He dicho que salgas de clase —dijo con voz severa.

Puck hizo un gesto orgulloso con la cabeza y se fue hacia la puerta. Los demás la siguieron con la mirada. Nadie sabía qué decir.

Annelise estaba de pie junto a su mesa y, de repente, también ella marchó hacia la salida.

—A dónde vas?

—Me voy de la clase — contestó Annelise.

—No tienes permiso para salir. ¡Siéntate!

—Fui yo y no Puck quien tiró la bolita de papel —dijo Annelise, sintiendo que iba a llorar de pura rabia—. Si usted quiere que la culpable salga de la clase, entonces debo salir yo.

Dio media vuelta y salió dando un portazo a sus espaldas. Los demás alumnos estaban callados. El ambiente era glacial.

La señorita Brun volvió a su mesa y hojeó su libro. Hubiera deseado volver a vivir los últimos diez minutos y poder cambiar su táctica, pero ya era demasiado tarde.

—Continuemos — dijo—. Página cuarenta y tres.

Fuera, en el pasillo, Annelise dijo con rabia a su amiga:

—¡Vaya fiera! ¿Qué te parece?

—Me odia — dijo Puck dramatizando, es tonta. Eso es todo.

Oyeron pasos y volvieron la cabeza. El director Frank llegaba por el pasillo. Puck se fue hacia él.

—Señor director, quisiera...



Pero éste meneó la cabeza y dijo con sequedad:

—No dispongo de tiempo en estos momentos.

Las chicas le vieron alejarse con aire preocupado.

— Qué raro —murmuró Puck—. Siempre suele tener tiempo para hablar con nosotros.

—Incluso un director puede tener problemas —opinó Annelise—, y nosotras nos hemos liberado de una buena. ¿Qué ibas a decirle?

—Quería explicarle lo ocurrido —dijo Puck—. No hay derecho a que la señorita Brun me persiga, sólo porque le he caído antipática. No me gusta eso y no tengo por qué aguantarlo.

—Es verdad; sin embargo, creo que hemos tenido suerte con que el director pasara de largo. La cosa está bastante mal para nosotras. Propongo una reunión en mi casa esta tarde, cuando terminen las clases. Tú, Karen, Navio, Inger y yo. ¿De acuerdo? Así podréis ver los nuevos zapatos que me regalaron el otro día y mamá nos puede hacer una taza de té. ¿Qué nota me dijiste que tuvo Inger en la redacción? ¿Un ocho?

A pesar de la seriedad del momento, Puck no pudo menos que sonreír. Annelise no cambiaba: sus pensamientos brincaban como los saltamontes. Era una muchacha formidable.

* * *

La reunión en casa de Annelise fue un gran éxito, pues los

pasteles hechos por la señora Dreyer les gustaron a todas. También hubo acuerdo en que los nuevos zapatos de Annelise eran de los más elegantes entre los elegantes.

Sin embargo, el ambiente no era del todo alegre: los pensamientos giraban en torno a la señorita Brun y las dificultades que seguramente tendrían con ella en los días siguientes. El futuro no estaba muy claro. Aquél no era un lío de clase común y corriente. Tanto Puck como sus amigos lo sabían. Se trataba de algo más serio., aunque no conocían ni la causa ni cómo iba a evolucionar todo aquello.

—Tiene un genio endiablado —suspiró Puck meneando la cabeza.

—Son las palabras justas — declaró Navio belicosa —, pero incluso creo que tiene malos sentimientos.

— No exageres — sonrió Inger —. Si pudiéramos enterarnos de quién es... Cuando la vi por primera vez me pareció encantadora; sin embargo, había algo extraño e inexplicable en ella.

— La primera impresión nunca falla —dijo Karen con suficiencia.

— No estoy tan segura — rió Puck —. Creo recordar que a mí me odiabas a muerte cuando nos conocimos.

Su mirada se encontró con los ojos risueños de Karen.

— ¿Y quién te ha dicho que no sigo odiándote? — preguntó —. Bueno; bromas aparte, hay algo de verdad en eso de la primera impresión. Yo también admito que la señorita Brun me dejó perpleja. Es muy guapa y elegante; sin embargo, luego...

— O sea que también tu primera impresión de ella fue agradable, ¿verdad? —hizo notar Inger.

— No trates de psicoanalizarme — dijo Karen sonriendo.

Annelise estaba pensativa, con un dedo sobre la nariz.

— Quizá lo que ocurre es que la señorita Brun odia a la gente. ¿Creéis que las rayas estarán de moda el año que viene?

Sus amigas se rieron.

— ¿Qué pregunta contestamos primero? — preguntó Puck.

— La de las rayas —dijo Annelise—. Temo que no seáis capaces de resolver el «Problema Brun».

— Sin embargo, hay que resolverlo —propuso Inger—. No podemos permitir que esto se convierta en una guerra abierta.

¿Estamos de acuerdo en evitarla y buscar una solución?

Miró a Puck, y en su mirada había un ruego. Puck lo notó e hizo un gesto orgulloso con la cabeza.

— No es culpa mía que las cosas hayan llegado tan lejos.

— No, claro — aceptó Inger —. Sin embargo, uno siempre puede esforzarse un poco más incluso de lo que la propia conciencia manda. Yo sigo creyendo que ella tiene algún problema.

— Una tristeza sin nombre... — insinuó con desdén Navio.

— Es muy posible — dijo Inger en voz baja.

Como siempre, su serenidad hizo que las otras se sintieran menos seguras.

«Inger tiene un carácter estupendo —pensó Puck—. No levanta nunca la voz y ni da golpes en la mesa; sin embargo, la última palabra es siempre la suya.»

Pensando en todo ello, Puck decidió hacer un esfuerzo para encontrarse con la señorita Brun y procurar que mejorase la opinión que tenía de ella, aunque dudaba del éxito de aquella empresa.

Al día siguiente tenían clase de literatura danesa con la joven sustituía. El tema era «El ruiseñor», de Hans Christian Andersen. Era el cuento de Andersen preferido de Puck, y no tuvo dificultad para preparar la lección con esmero. Cuanto más estudiaba, más contenta y más convencida estaba de que podía mejorar sus relaciones con Else Brun. Si iba bien preparada, la profesora se ablandaría, sin duda, y tendría que admitir que la clase no era tan mala después de todo.

Puck entró en el aula con las mejores esperanzas. Había el desorden acostumbrado. Los muchachos, sobre todo, estaban muy revoltosos. Alboroto y Cavador, los dos temidos amigos, siempre dispuestos a armar algarabía y cometer travesuras, tenían una viva discusión sobre fútbol. Puck les sonrió mientras se sentaba y abría su libro de texto. La muchacha estaba llena de buenos propósitos.

—¡Estaba fuera de juego! —decía Alboroto—. Incluso el más idiota hubiese sido capaz de ver con toda claridad que aquella pelota estaba fuera de juego.

—Entonces ¿por qué no pitaron fuera de juego? — argüía Cavador.

—Porque el árbitro era un cegato.

—¡Bobadas!

—Dame un papel y te lo demostraré...

Y empezó a dibujar, explicando:

—¿Ves? Aquí estaba el extremo derecha, y aquí el delantero. La pelota vino así... ¿Ves?

—¡Pero eso no es verdad! El delantero estaba ahí y no aquí...

En aquel instante se abrió la puerta y apareció Else Brun. No todos la habían visto entrar.

Mientras dejaba correr su mirada por la clase, Puck la observaba llena de esperanzas; sin embargo, casi en seguida se sintió decepcionada al darse cuenta de la cara seria, casi severa, de la joven profesora.

— ¡Silencio! — dijo la señorita Brun, y su voz sonaba con dureza

—. Aquí hay un ruido horrible.

Dejó sus libros sobre la mesa.

— ¡Sentaos!

—... y pasó la pelota a uno de los extremos —dijo Cavador.

— ¡Silencio!

La señorita Brun golpeó la mesa repetidamente con su lápiz. Durante un instante su mirada se posó sobre Puck.

— ¿Qué toca hoy?

— *El ruiseñor* — contestó Puck.

— Espera a contestar hasta que te pregunte a ti — corrigió Else Brun—. Puedes señalar que lo sabes levantando la mano. Es igualmente eficaz.

Puck tuvo la sensación de que le echaban un cubo de agua helada sobre la cabeza. Se quedó con la mirada clavada en la mesa. La profesora abrió su libro.

— *El ruiseñor* —dijo con ironía—, esta obra tan sentimental. Bueno, a ver si acabamos con él lo más pronto posible.

— Karen, ¿de qué se trata en este cuento?

Karen empezó a contar. La señorita Brun escuchaba sin interés y, cuando Karen concluyó, preguntó:

— ¿Por qué escribió Andersen este cuento? ¿Qué intentaba expresar en él?

Puck levantó la mano. La mirada de la señorita Brun la pasó de largo.

— ¿Nadie más lo sabe?

— Yo hubiera pitado «penalty» — se oyó murmurar a Alboroto.

— ¡Tú, claro que sí! — opinó Cavador.

— ¡Silencio! Os he hecho una pregunta.

Nadie contestaba.

— ¿Así que nadie sabe por qué Andersen escribió *El ruiseñor*? — preguntó la señorita Brun.

— Yo sí —dijo Puck complaciente.

—Sí; pero a ti no te he preguntado —cortó la profesora, y añadió — Andersen escribió el cuento con un solo propósito: estaba molesto con los críticos de literatura, y quiso demostrar éstos se entusiasmaban con todo lo artificial y no apreciaban lo natural. El viejo escritor de cuentos de hadas era algo egocéntrico, y creía que él era el mejor autor de toda la literatura danesa.

«Como los críticos no siempre estaban de acuerdo con él, intentó vengarse de ellos escribiendo este cuento sobre el ruiseñor artificial y el natural, donde él está personificado en el verdadero ruiseñor que salva la vida del emperador».

«Es muy interesante adentrarse de vez en cuando por el mundo literario para darse cuenta de que los grandes escritores no eran ni tan grandes ni tan nobles como creíamos.»

—¿Alguien quiere preguntar algo?



A Puck no le gustó nada la explicación de la señorita. Cada vez que había leído *El ruiseñor* se había quedado impresionada, y no podía creer que aquel maravilloso cuento hubiera sido escrito sólo

con la intención de atacar a unos críticos literarios.

Levantó la mano, pero al mismo tiempo algo en su interior le advertía que lo mejor era callarse e intentar pasar inadvertida. Sin embargo, Puck era poco diplomática. Durante una fracción de segundo vio la advertencia en los ojos de Inger y reaccionó con una mirada voluntariosa, como queriendo decir: «A mí no me vais a hacer callar.»

Inger comprendió la situación e intentó salvarla levantando también la mano. Pero era demasiado tarde. La señorita Brun, con un gesto de cabeza, había dado la palabra a Puck.

— ¿Qué quieres preguntar?

— Yo tenía la idea — empezó Puck — de que Andersen escribió *El ruiseñor* inspirado por un encuentro con la cantante sueca Jenny Lind.

La muchacha se dio cuenta de que la profesora buscaba nerviosa una respuesta.

— Se dicen tantas cosas... —contestó evasiva la señorita Brun—. Sin embargo, no estoy segura de que Andersen hubiera conocido ya a Jenny Lind cuando escribió el cuento.

— Sí que la conocía — insistió Puck —, porque lo escribió en otoño de 1844 y se sabe que entonces ya conocía al «ruiseñor sueco».

La señorita Brun hizo una mueca. Puck se dio cuenta de que la conversación la irritaba.

—No estoy segura de ello. Se dicen tantas cosas. También se dice que no ha habido ningún escritor tan noble y bueno como H.C. Andersen, aunque en realidad era una persona irritante.

—Pero el famoso catedrático y crítico de literatura profesor Hans Brix, que es una autoridad en el tema, dice que *el ruiseñor* fue escrito por la inspiración del encuentro entre Andersen y Jenny Lind — repitió Puck obstinada.

La señorita Brun empezaba a enfadarse de verdad.

—¿Te gusta llevar la contraria, ¿verdad? — preguntó con desdén.

Puck meneó la cabeza:

—No, señorita. Pero he leído *El ruiseñor* muchas veces, y me parece un maravilloso cuento de hadas.

—No intento impedir que sigas leyéndolo, mientras guardes tus

opiniones para ti misma —cortó la señorita Brun.

Un murmullo de indignación se oyó en la clase. Esto era ir demasiado lejos y Puck sintió que la rabia la dominaba. No se pudo contener y dijo:

—Creía que ésta era una clase de literatura danesa. Estamos acostumbrados a discutir las obras que estudiamos. Y porque usted no sepa que Andersen escribió este cuento inspirado por Jenny Lind, no tengo que pagar yo las consecuencias.

Puck sabía que estaba mal contestar así. Sabía que le había faltado al respeto a la profesora y que se había pasado de la raya; pero aunque la expulsasen del colegio, no hubiera sido capaz de callarse.

—¡Fuera! — dijo la señorita Brun —. No quiero verte más durante esta clase. Te quedarás castigada después una hora.

—Pero...

—¡Largo!

Puck se levantó y recogió sus libros. Un ambiente glacial reinó en el aula cuando se fue hacia la puerta. Notó que todos los ojos estaban fijos en ella. También vio la cara de Navio y la expresión de simpatía de su amiga. Luego salió y cerró la puerta a su espalda.

Estaba indignada por lo ocurrido. Indignada y rabiosa. Por otro lado, sabía muy bien que la señorita ganaría el *pleito* si iba a quejarse al director. Era ya demasiado tarde para intentar mejorar las relaciones entre la profesora y la clase.



En aquel instante, Puck vio salir al director Frank de una, de las aulas. Se apretó contra la pared con la esperanza de que éste no la viera, pero iba directo hacia ella. Tenía las manos metidas en los bolsillos, parecía muy pensativo, y no la vio hasta pasar por su lado. Se paró asombrado.

— ¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué haces tú aquí en el pasillo?

Puck no tuvo otro remedio que decir la verdad:

— La señorita Brun me ha mandado salir.

— ¿Y bien? —el director frunció las cejas—. Ayer también fuiste expulsada de clase, ¿verdad?

Puck se puso colorada y asintió con un gesto de cabeza.

— Es muy triste —comentó el director—. ¿No podéis tratar bien a una sustituta?

Al principio, Puck no supo qué contestar. Tenía ganas de contarle lo ocurrido al director, pero al mismo tiempo se sintió abandonada por todos.

No confiaba en que el señor Frank la comprendiera. Ella sabía que su conducta dejaba mucho que desear. ¿Cómo iba a explicar al señor Frank que todo se debía al desdén en el tono de voz de la profesora y a su agresividad para con ella?

—Será mejor que hablemos de esto con la profesora — dijo el director Frank.

Llamó a la puerta del aula y la abrió. Los alumnos se pusieron en pie.

—Podéis sentaros.

También la señorita Brun se había levantado. Puck la miró a la cara y le pareció descubrir en ella cierto nerviosismo.

—Me gustaría hablarle, señorita Brun — dijo el director.

La aludida salió al pasillo. El director hizo salir también a Puck y cerró la puerta.

—Quisiera saber qué ocurre aquí — empezó un poco vacilante el director.

Su mirada se posó sobre Puck un momento, y luego sacó su pipa mientras escuchaba la explicación de la profesora.

Con creciente indignación, Puck oía su versión de lo ocurrido. Lo contó todo, salvo sus propios sarcásticos comentarios, que en realidad habían sido la causa del lío. La señorita concluyó su explicación diciendo:

—La he castigado con una hora de deberes al terminar las clases normales. Con ello espero lograr la tranquilidad de la clase. Lamento muchísimo que usted haya sido molestado con esto.

Puck conocía lo suficiente al director como para darse cuenta de que la explicación de la profesora no le había satisfecho. El director Frank era un gran psicólogo y confiaba plenamente en sus

muchachos. Vivía y respiraba para sus alumnos y era su bienestar lo que más le importaba; pero, por otro lado, tampoco podía desautorizar a un profesor. El director Frank se limitó a comentar:

—Bueno, espero que vuestro comportamiento sea mejor en el futuro. No voy a mezclarme más en este asunto.

Saludó con una inclinación de cabeza a la señorita Brun, dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Puck le vio marchar y se sintió defraudada. En su interior había esperado alguna observación del director que la hubiera respaldado en aquel estúpido asunto. Pero no había tenido ni una sola palabra amable para con ella, y Puck no comprendía el porqué. Era como si el director hubiese cambiado completamente.

«Los adultos son como un batallón de enemigos que se apoyan mutuamente, y siempre será así», se dijo Puck, mientras una ola de indignación la dominaba.

Con los ojos llenos de lágrimas permaneció en la penumbra del pasillo y se sintió triste y desolada.

Empezó a hacer planes que más le hubiera valido no intentar siquiera, pero su rabia y angustia los hizo crecer y transformarse en algo peligroso.



Capítulo II

—«Qué aburrida es un aula — pensó Puck—. Paredes pintadas de un color liso, lámparas tristes en el techo, mesas y sillas gastadas, la pizarra a medio limpiar y, en medio de todo esto, yo contemplando una pintura del rey Christian IV en Kolberger Hide.

¡Vaya!»

Y todo iba mal. ¿Qué pasaría si ella huía de allí? Todos parecían estar en contra de ella, y Puck necesitaba quedarse a solas..., pero al aire libre.

Se levantó y fue hacia la puerta. Luego vaciló. ¿Qué pasaría si se marchaba? Algo en su interior le decía que se quedase, pero no quiso hacer caso. Avanzó un par de pasos más. De pronto oyó que alguien se acercaba por el pasillo. Puck corrió hacia su mesa y se sentó.

Estaba segura de que sería Else Brun, y en su cara apareció una expresión de obstinación y rabia. No creería la profesora que iba a encontrarla derrotada y pidiéndole perdón. Todo lo contrario. Ella iba a demostrarle...

La puerta se abrió. Allí estaba la señora Frank, que la contemplaba llena de asombro. Era muy poco frecuente que la esposa del director entrase en un aula.

— ¡Vaya! —dijo la recién llegada—. ¿Tú aquí, Puck?

A Puck le pareció notar cierta inseguridad y confusión en su voz.

—«Ella sabe muy bien lo que ha ocurrido», pensó la muchacha.

— ¿Estás castigada? —dijo la señora Frank cerrando la puerta.

Puck asintió y hubo una pequeña pausa. Notó que la señora Frank llevaba un vestido nuevo.

—«Es muy elegante», pensó.

— ¿Podemos hacer algo? —preguntó la esposa del director.

— No... —contestó Puck—. No creo.

— ¿Por qué estás castigada?

— ¿No lo sabe usted ya?

Puck la miró a los ojos, pero la señora Frank apartó la vista y no contestó. Puck pensó obstinada:

—«Ahora también ella miente.»

— Tenía un presentimiento —fue toda la contestación de la señora—; pero, ¿estás segura de que no hay nada que yo pueda hacer? Antes solíamos hablar de nuestros problemas, ¿no?

— Sí, pero...

Lo extraño era que Puck sentía deseos de confiarse a la señora Frank, pedirle consejo y seguirlo. Siempre había tenido plena confianza en la esposa del director; sin embargo, en aquel momento todo era distinto.

—Se trata de la señorita Brun, ¿no?

Puck asintió.

—¿No os entendéis bien?

—Me persigue.

—¿Por qué?

—No tengo idea. Está de mal humor y...

—Quizás ella también tiene problemas —murmuró la señora Frank.

Puck se sobresaltó. Era como oír hablar a Inger.

—Pero ¿qué tienen que ver sus problemas con nosotras? —preguntó Puck.

—Nuestros semejantes nos deben importar siempre —contestó la señora Frank—. Tenemos que buscar una solución. Quiero decir..., ¿y si tú dieras el primer paso?

Puck movió la cabeza con energía:

—Ya lo intenté.

—A veces hay que hacer más de un intento para llegar a comprender a las personas —sonrió la señora Frank—. Cada uno de nosotros tenemos problemas que nadie conoce.

Puck no se dejó ablandar:

—Ella también debe intentar reconciliarse con nosotros —dijo con testarudez.

— Quizá lo está intentando — propuso la señora Frank con dulzura.

Puck estaba convencida de que se trataba de una conspiración contra ella. Los adultos se apoyaban siempre. Clavó los ojos en la mesa y oyó decir a la señora Frank:

— No te comprendo hoy. Suelen ser más sensata.

La palabra «sensata» fue la gota que hizo derramar el vaso.

— Ése es precisamente el problema — exclamó Puck —. Nosotros debemos comportarnos siempre con sensatez. Debemos ser comprensivos y amantes del prójimo, amables e inteligentes, y saber dominar nuestros sentimientos desde la mañana hasta la noche. No me gusta la señorita Brun, y yo no le gusto a ella; así están las cosas, y yo pierdo. Estoy aquí encerrada mientras mis amigos juegan. Esto es injusto. Ella no debía tener derecho a encerrarme, y estoy segura de que, si el director se hubiera molestado en escuchar mi versión de los hechos, no se lo hubiera permitido. Yo sé que he

perdido, y no hay nada que hacer.

— Eres muy intransigente — fue todo el comentario de la señora Frank —. Lamento mucho que no quieras hablar conmigo de todo esto; quizá será mejor dejarlo para otro día.

Puck siguió mirando obstinada a su mesa. Oyó que la señora Frank se levantaba, pero no se movió. Oyó que la puerta se cerraba y en aquel mismo instante lamentó todo lo que había dicho, pero ya era demasiado tarde. Sentía ganas de ocultar la cara en sus manos y llorar; sin embargo, se dijo a sí misma:

—«No les des el gusto de verte llorar.»

Un violento deseo de libertad se apoderó de ella y de nuevo miró por la ventana. Fuera brillaba el sol. Allí estaba la puerta y, al otro lado, la libertad.

Se decidió rápidamente.

Cuando salió al pasillo miró en derredor, pero no vio a nadie. Con todo sigilo llegó a la explanada ante el edificio principal. Oyó alegres voces por la parte del lago, pero no había nadie en la explanada.

Se fue corriendo por el sendero y llegó hasta el portal de salida. Allí estaba su bicicleta. Por fortuna se había olvidado de meterla en el sótano.

Montó rápidamente y pedaleó con todas sus fuerzas. Poco después estaba en la carretera.

Sólo pensaba en una cosa: alejarse. Lo que pudiera ocurrir más tarde no le importaba.

Iba en dirección a Oesterby, pero al pasar por los huertos tuvo una repentina inspiración y giró hacia el norte. Había un pequeño sendero entre la valla de los huertos y los campos de la «Granja del Este», que continuaba por la ribera del lago Ege. Sabía que encontraría paz en aquel lugar. Nadie pensaría en buscarla allí.

Disminuyó la velocidad y miró hacia el lago. Debían de ser Alboroto y Cavador los que remaban en aquel bote cerca de la Isla del Caballero Volmer. Puck les siguió con la vista hasta verles desaparecer tras el promontorio.

De nuevo pedaleó con fuerza y tomó el camino hacia la Granja del Este». No llevaba ningún rumbo en especial. Sólo quería alejarse y, cuando llegó al camino asfaltado, continuó en dirección norte, hasta llegar a la orilla del lago. ¡Qué paisaje! Se paró un momento

para contemplar el lago y el Bosque del Oeste.

Luego siguió su camino y poco después se encontró en la arboleda. Colocó su bicicleta contra un tronco y empezó a adentrarse entre los abetos.

—«¡Qué bien se está aquí!», pensó.

Y poco a poco se sintió mejor. Sus oscuros pensamientos se disiparon y su conciencia se tranquilizó, al menos de momento. La naturaleza y ella eran amigas; Puck no llevaba su mote porque sí.

En aquel instante vio al pintor.

Estaba ante su caballete, pintando un lienzo enorme, en medio de un claro del bosque. Parecía absorto en su trabajo y Puck se acercó sigilosamente para ver cómo interpretaba la maravillosa naturaleza.

Pero para su gran sorpresa, vio que la pintura era abstracta. Había algunos triángulos de color verde oscuro y manchas amarillas que, haciendo un esfuerzo de imaginación, podían parecer manchas de sol.

Puck se quedó vacilante, sin atreverse a avanzar. No quería molestar pero sentía gran curiosidad.

—«Me gusta su pintura —se dijo a sí misma—, aunque no tenga nada que ver con esta arboleda.»

No conocía al pintor ni le había visto nunca. No pertenecía a la clase de gente que uno olvida fácilmente. Tenía el cabello de color rojo vivo, que parecía una aureola de cobre en torno a su cabeza.

—Me gustaría saber —pensó Puck—, cuándo vio este tipo por última vez un peine.»

Llevaba un jersey color verde oscuro, con roturas en los codos, y sus pantalones eran de pana marrón. A poca distancia había una moto. En aquel momento se sentó en un taburete y Puck notó que llevaba un bastón en la mano izquierda, que plantó en el suelo después de haberse sentado. Tenía otro bastón al lado. Había algo en sus movimientos que indicaba que aquel hombre se movía con dificultad.

Puck avanzó un par de pasos y en aquel instante el pintor se dio cuenta de su presencia y giró la cabeza.

— ¡Hola!

— Buenas tardes —contestó Puck, reservada.

Él frunció la nariz. No era guapo, pero parecía simpático. Puck,

al igual que sus compañeras de colegio, habían sido advertidas de no hablar con desconocidos y de tener mucho cuidado con los extraños. Sin embargo, aquellos dos bastones daban a entender que se trataba de un inválido,..., y quizá por ello de un ser inofensivo.

Puck procuró no obstante acercarse lo justo para estar segura de poder tener ventaja si era necesario huir.

— ¿Encuentras alguna semejanza? —preguntó el pintor, señalando el lienzo.

— No — contestó Puck —. En absoluto.

—



Pensó que quizás era poco cortés por su parte ser tan honrada; pero, por otro lado, él le había preguntado su opinión.

—Claro que se parece —rió el pintor—, lo que ocurre es que tú no te das cuenta. ¿Quién eres? ¿Vives por estos alrededores?

—Sí, en el pensionado.

—Ya veo —dijo como si su información le interesara—. Va veo.

Se levantó con dificultad y tomó sus bastones.

—Tengo problemas con éstas —dijo señalando sus piernas . Pero poco a poco van mejorando. ¿Quieres decirme que tienes en contra de mi pintura?

Puck se acercó diciendo:

—No tengo nada en contra. Usted me preguntó si se parecía, y yo no veo que se parezca al bosque; además, me intriga mucho que usted pinte aquí si de todos modos no pretende pintar el bosque.

El desconocido dejó sus bastones en el suelo, sacó una pipa de su bolsillo y empezó a llenarla.

—Pues sí que se parece —dijo—. Yo me siento aquí y me pongo a contemplar los árboles, la luz y los colores, luego los interpreto así. Es mi manera de pintar.

—Eso es arte abstracto, ¿verdad?... Quiero decir... Hemos

aprendido una palabra difícil para definirlo... No figura... No sé qué.

— No figurativo — rió el pintor —. Pero mis pinturas no creo que sean no figurativas. Yo me inspiro en la naturaleza, y creo que eso les ocurre a todos. ¿Conoces las pinturas de Preben Hornung? Él se pasea por los puertos contemplando los reflejos de las grúas en el agua, y de allí salen sus pinturas: líneas, ritmos y colores. «Algo así me ocurre a mí. Lo que yo quiero expresar con mi pintura es el ambiente de este bosque: lo que yo sentía mientras miraba en aquella dirección, y cuando la gente lo contemple, me gustaría que sintiesen exactamente lo mismo que yo cuando lo pinté. ¿Es difícil para ti comprenderlo?

— No — contestó Puck sonriendo —. Me parece una buena explicación. Sin embargo...

— ¿Cómo te llamas?

—Bente... Los demás me llaman Puck.

— Yo me llamo Jes —dijo el pintor—; Jes Jensen.

— He visto su nombre en alguna parte — recordó Puck — quizás en los periódicos.

— Sí, seguramente — suspiró el pintor —. No hace mucho que hablaron de mí los periódicos; pero no por mis cuadros, sino a causa de un accidente de automóvil. Por eso voy con bastones, pero estoy mejorando.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó Puck.

Él se puso serio.

— Pues, muchas cosas — dijo —. La velocidad es un fenómeno con el cual uno no debe jugar. Mucha gente cree que, porque un coche pueda alcanzar los ciento veinte kilómetros por hora, uno tiene la obligación de ir a ciento veinte. Yo también lo creía, pero he aprendido que estaba equivocado. Alquilé un coche para dar un paseo con mi novia, y pisé el acelerador a fondo..

— ¿Le gustaba la velocidad? — preguntó Puck.

— No — dijo Jes meneando la cabeza —, no creo que fuera eso. Las autoridades se esfuerzan en detener a la gente o quitarles el carnet de conducir si lo hacen bajo la influencia del alcohol; pero yo puedo asegurarte que hay otra cosa tan mala como el alcohol: los nervios. No se debe llevar un coche si los nervios están alterados.

»No me importa contarte lo que pasó. Mi novia y yo reñimos. Si

la culpa fue suya o mía es igual, pero yo me enfurecí tanto que toda mi rabia la descargué sobre el acelerador. Y el resultado ya lo conoces. Por fortuna, ella resultó ilesa; sólo yo quedé mal herido. Pero...

Puck no dijo nada. Esperaba que él continuase. Jes se pasó la mano por los ojos y prosiguió:

— Como puedes imaginar, aquello fue el fin del noviazgo.

Puck tenía ganas de preguntarle algo más. Encontraba muy simpático al joven pintor pelirrojo, y al mismo tiempo sentía lástima por él, pero en aquel mismo instante oyó una ruda voz a sus espaldas y levantó la vista: entre los abetos había un hombre vestido con una chaqueta de lana inglesa muy elegante. En la cabeza llevaba un sombrero de cazador.

— ¿Qué hace usted aquí?

— Pintar — contestó Jes.

— Esto es propiedad privada. ¡Debe usted marcharse!

— ¿A quién molesto yo pintando? — preguntó Jes Jensen, enfadado más por el tono de voz que empleaba aquel desconocido que por sus palabras.

Puck le comprendió, era la misma sensación que ella experimentaba cuando la señorita Brun le hablaba.

— «La señorita Brun — pensó—. ¡Vaya, por Dios! ¿Qué hora debe de ser?»

— Largo de aquí, ¿o prefiere que le eche yo personalmente — dijo el hombre con insolencia.

— Con lo raquítico que es usted, no me echaría muy lejos — comentó Jes.

El otro se fue hacia él. Puck lanzó un grito, pero era demasiado tarde para evitarlo. El hombre había dado un empujón al pintor y éste cayó al suelo. Al parecer el hombre de la chaqueta inglesa no se había dado cuenta de los dos bastones que yacían en el suelo, ni de que había empujado a un inválido.

— ¡Que esto le sirva de advertencia! — dijo —. ¡Recoja las cosas y lárguese de aquí!

Miró a Puck, pero no le dijo nada. Dio media vuelta y se fue hacia la carretera.

— ¡Qué bruto! — exclamó Jes —. Ven a echarme una mano, Puck.

Con ayuda de la muchacha, el pintor se puso en pie, se sacudió

la tierra de su ropa y miró en dirección a la carretera.

— ¿Adonde se fue? ¿Le conoces?

— No le había visto nunca — dijo Puck —. No tengo ni idea de quién pueda ser.

— Debe de ser el dueño de este bosque — opinó el pintor.

— No, no lo creo — contestó Puck nerviosa.

— Bueno, lo mismo da. Lo mejor será que me marche a casa. No podría pintar más hoy. ¡Qué rabia!

— Yo también me voy. Si alguien debe irse a casa pronto, ese alguien soy yo. Me he escapado.

— ¿De dónde? — preguntó el pintor mirándola asombrado.

— De un castigo. Tenemos una profesora nueva, una tonta...

— Y tú huiste de ella — sonrió Jes Jensen.

— Sí — Puck hizo un orgulloso gesto con la cabeza.

El pintor sonrió. Pasó la mano por sus mechones rojos y dijo:

— Me pareces algo revoltosa.

— No lo crea — dijo Puck —. Fue un castigo injusto. Por eso...

— ¿Cómo es ella?

Puck intentó describir a Else Brun.

— Es joven y creo que muy bonita.

— ¿Morena?

— No; rubia.

— ¿Y la nariz?

— Respingona.

— ¿De qué color son sus ojos?

— Son azulverdosos... Y fríos como el hielo.

Él asintió con la cabeza:

— Fríos como el hielo... Sí...

— ¿La conoce usted? —preguntó Puck asombrada.

— ¿Y a ti no te gusta, Puck? —preguntó en vez de contestar.

Puck se encogió de hombros:

— Me hubiera gustado mucho serle simpática — dijo —, pero me odia. Me ha odiado desde el primer día en que nos conocimos, y no sé por qué. A mí me pareció muy simpática cuando la vi. Hemos hablado con mis amigas de esto de la primera impresión; pero casi no nos dio tiempo de tener impresión alguna: ella empezó a atacarnos en seguida.

— ¿Cómo es? ¿Fría, arrogante y severa?

— Exactamente.

De nuevo el pintor asintió y Puck preguntó de nuevo:

— ¿La conoce usted?

— Conozco su tipo — dijo —. Mi novia era como ella, quiero decir la que fue mi novia...

— Pero, ¿cómo pudo abandonarle, estando usted en el hospital?

Mientras recogía sus cosas de pintar, Jes contestó:

— Creo que todo había terminado entre nosotros poco antes del accidente, y quizá tenía razón. No se puede esperar que todo en este mundo vaya según nuestros deseos. Pasa lo mismo que con este cuadro. Tú dijiste que no se parecía en nada al bosque; sin embargo, yo veo el bosque así. Si otras personas ven el cuadro como tu, es un riesgo que debo correr. Quizá venga algún crítico a la exposición que tampoco vea lo que yo y me haga una mala crítica. Así es el mundo.



Había recogido ya todas sus cosas y Puck le tendió uno de los bastones.

— Me voy a la ciudad — dijo —. Celebro haberte conocido. Pareces una chica sensata.

— ¿A qué ciudad? ¿Dónde vive usted?

— En el hotel de Oesterby. Seguramente volveremos a vernos. Adiós, Puck.

Ésta le vio partir en su moto. Luego montó pensativa en su bicicleta para regresar al pensionado. Cuanto más se acercaba a Egeborg, peor se encontraba. La conciencia le remordía. Había hecho todo lo contrario de lo que debía haber hecho, pero ya era

demasiado tarde para cambiar nada. Todo lo que podía hacer era confiar en su suerte. Se dijo a sí misma que se había portado muy mal, casi como un ladrón.

Dejó la bicicleta en el sótano y se fue sigilosamente hacia el edificio principal, mirando a izquierda y derecha. De nuevo estuvo de suerte. No vio a ninguno de los profesores.

Algunos alumnos de los pequeños corrían por la explanada, pero ellos no podían saber nada.

Puck llegó hasta la puerta principal del colegio y entró en el vestíbulo. También alcanzó sin novedad la escalera que llevaba hasta el primer piso. Poco después estaría a salvo en el «Trébol de Cuatro Hojas».

En aquel instante se abrió la puerta del comedor y Else Brun salió al vestíbulo.

— Ya estás de vuelta, ¿eh?

Su voz sonaba como un latigazo. Puck se quedó paralizada en el primer escalón. Sentía que se estaba poniendo roja como un tomate.

— ¿Dónde has estado?

Puck dio media vuelta. La joven profesora cruzaba el vestíbulo. Estaba furiosa. Sus ojos verdiazules echaban fuego y su voz temblaba.

— Fui a dar un paseo en bicicleta — se oyó decir Puck a sí misma.

— ¡No tenías permiso para abandonar el colegio!

—Lo sé — admitió Puck.

Le parecía que no valía la pena explicar nada. Lo mejor sería bajar la cabeza y esperar a que la tormenta pasase. Había violado el reglamento y no tenía excusa posible.

— ¡Me quejaré al director! —dijo la señorita Brun—. ¡No pienso tolerar tu conducta!

—¡Oh, no! —exclamó Puck.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la profesora, pero sus ojos permanecieron duros y fríos como antes.

— ¡Vaya! — dijo con desdén —. No te portarás con tanta insolencia delante del director.

— No es eso —dijo Puck persuasiva—, sino que...

Renunció. Hubiese sido inútil explicarle nada a la señorita Brun. De todos modos, no sería capaz de comprenderla ni de creerla.

En aquel instante se abrió la puerta del despacho del director. Puck sintió correr el miedo por su cuerpo como una corriente glacial; pero no era el director quien salía, sino la señora Frank. Miró a una y a la otra, y pareció comprender la situación en el acto.

— ¿Está el director? —preguntó la señorita Brun.

— No —contestó lentamente la señora Frank—. Mi marido está en la «Gran Granja».

— Tengo que hablar con él sobre un asunto de disciplina —informó la profesora.

— ¿Puedo ayudarla yo?

— ¿Usted? No lo creo —dijo la señorita Brun, arrogante.

—Quizá sí —objetó la señora Frank—. Quizá sí. ¿Por qué no me lo cuenta todo?

La señorita Brun señaló con la cabeza a Puck:

— La dejé castigada. El director estaba delante. Se portó mal durante la clase. Pero resulta que se escapó.

— Eso no está nada bien —dijo la señora Frank y, volviéndose hacia Puck, añadió —: ¿Por qué?

Todo lo que Puck pudo contestar fue:

— Lo siento mucho.

— ¡Sí, seguro! —interrumpió la voz de la profesora—. ¡Es muy fácil de decir!

— ¿Y qué deseaba usted? —preguntó la señora Frank.

—Ésta no lo siente nada. Lo dice porque teme ser castigada.

— Espero que no —dijo la señora Frank, tranquila—. Lo mejor será que pasen al despacho.

La señorita Brun entró vacilando tras la esposa del director. Ésta les señaló una silla a cada una y dijo:

— No solemos tener crisis de disciplina en el pensionado de Egeborg. Preferimos hablar de los problemas. Necesitamos paz y orden, y en eso estamos de acuerdo todos. Tampoco solemos usar la coacción ni la fuerza, y todos respetamos las leyes y reglamentos. ¿Adonde fuiste, Puck?

— A la arboleda del Bosque Noerre —contestó Puck en voz baja.

— ¡Ya! —dijo la señora Frank—. Esa arboleda parece estar muy de actualidad.

Puck la miró llena de asombro.

— A causa de ella mi marido ha tenido que ir a la «Gran Granja» —añadió la señora Frank—. Quería hablar con el propietario Dreyer. Dicen que una sociedad urbanizadora ha comprado la arboleda para parcelarla y edificar chalets. Y esto no nos gusta nada.

Puck, que conocía muy bien a la señora Frank, sabía que ésta intentaba dar intencionadamente otro giro a la conversación, con la esperanza de que una vez calmados los ánimos todo sería más fácil.

— Me gustaría volver a hablar del asunto en cuanto llegue el director — dijo Else Brun.

— Estoy segura de que no habrá ningún inconveniente —dijo la señora Frank y su voz no mostró gran interés por el asunto—. Es horrible lo que ocurre con la arboleda. A nosotros nos gusta mucho la naturaleza, señorita Brun. A usted también le fascinará cuando haya estado durante algún tiempo entre nosotros, y entonces también usted encontrará catastrófico que alguien intente estropear esa belleza natural.

— Sí, sí, lo comprendo — dijo la joven profesora confusa.

De repente, Puck comprendió lo que la señora Frank intentaba y sintió una ola de simpatía hacia la inteligente mujer, siempre tan leal, siempre poniéndose al lado de los alumnos. En aquellos momentos se encontraba en una posición poco envidiable. No podía quitar la razón a una profesora. Puck había quebrantado el reglamento y no podía esperar que nadie la apoyase. Pero había algo más importante que tener o no la razón: lograr mantener el buen tono del pensionado, y que el clima de confianza y comprensión que siempre había reinado allí no se perdiese.

— Sí; nos encanta la naturaleza — dijo la señora Frank.

Puck se reprochó a sí misma el haberse atrevido a sospechar siquiera que la señora Frank formara parte de un complot en contra de los alumnos. Y se arrepintió de haberse mostrado tan fría y mal educada cuando la esposa del director entró en el aula para hablar con ella.

— Nos gusta todo lo natural, y no queremos que nadie venga con nuevos proyectos — dijo la esposa del director con una leve sonrisa—. Bueno, yo hablo sin parar... ¿No podríamos poner fin a este asunto? Puck, pídele disculpas a la señorita Brun. Se las debes.

Puck sonrió. Era una sonrisa llena de gratitud. Estaba dispuesta

a todo, pero en aquel momento la señorita Brun perdió los estribos.

— ¡Ya comprendo!... —dijo, exaltada—. ¡Comprendo muy bien lo que usted pretende!

— No sabe usted cómo me alegro — sonrió cordialmente la esposa del director —. Pídele perdón, Puck.

Puck se levantó. Pero también la señorita Brun se había levantado.

— ¡No quiero ninguna disculpa! —dijo casi gritando—. Este asunto es demasiado serio para tomarlo a broma. Voy a hablar con el director, como era mi intención al principio.

— Pero, mi marido... —empezó la señora Frank—. No interprete mal mi actitud, señorita Brun; estoy a su lado. La disciplina ha sido quebrantada igual que el reglamento. El asunto es serio. Sin embargo, de vez en cuando es mejor terminar un asunto poniéndose de acuerdo.

Y miró a la señorita Brun con una sonrisa dulce. Puck estaba lista para pedir disculpas. Pensaba que si la profesora estrechaba su mano tendida hacia ella todo iría bien, no sólo para ellas, sino para todos en el pensionado de Egeborg. Pero la señorita Brun se limitó a menear la cabeza con un gesto orgulloso.



—Me gustaría saber — dijo con tono desdeñoso — si es usted o su marido quien dirige este colegio.

Puck miró rápidamente a la señora Frank. Pensó que se enfadaría. Pero estaba tan tranquila como antes. Sosteniendo la mirada de la señorita Brun, dijo en voz baja pero con firmeza:

— Mi marido...; si no se trata de asuntos culinarios.



CAPÍTULO III

—¿Se negó a recibir tus disculpas? — preguntó Inger.

— Lo que oyes —dijo Puck.

— Es tonta de remate —opinó Navio.

— Y ¿qué pasará ahora?

— Se quejaría al director —dijo Puck, desesperanzada.

— ¿Y qué?

—Ojalá lo supiera. Lo siento por el señor Frank.

— No te preocupes —opinó Karen—. Su esposa se lo contará todo.

— No lo creo — opinó Inger —. No suele mezclarse en cosas así. Puck estaba mirando por la ventana.

— Seguramente me expulsarán — dijo, triste.

— ¡Qué va! —dijo Inger decidida—. A ti, nunca.

— Pero si la señorita Brun pide un castigo fuerte...

— Quizá se calme — dijo Inger, pensativa.

Puck meneó la cabeza:

— No lo creo — fue todo su comentario.

Luego hubo una larga pausa. Ninguna de las amigas supo cómo enfrentarse con aquella situación.

— Ojalá supiera qué es lo que le ocurre — dijo por fin Annelise.

— Odia a las personas — comentó Karen.

— No sé si odia a la gente; quizá sólo les tiene miedo —dijo Inger.

— Creo que debemos renunciar a ayudar a la señorita Brun — dijo Puck —. Tenemos suficiente con ayudarnos a nosotras mismas.

— Ahora sé lo que debo hacer — dijo Navio, levantándose decidida —. ¡Voy a hablar con ella!

Aquello sonaba muy dramático. Las otras la miraban sin comprender.

— No lo hagas — dijo por fin Puck —. Se enfadará más.

— ¿Por qué? Debe haber alguna forma de ablandarla.

Y, antes de que Puck y sus amigas pudieran hacer nada para evitarlo, Navio salió de la habitación. Bajó corriendo las escaleras hasta la explanada y cruzó el gran terreno de césped en dirección al edificio de;l profesorado..

No sabía lo que iba a decir, pero estaba decidida a salvar a Puck de la catástrofe que al parecer la amenazaba. Pronto se encontró ante la puerta de la señorita Brun. Llamó. Una voz amable dijo desde el interior:

— Adelante.

Y Navio abrió la puerta. A la luz de la lámpara baja, la señorita Brun parecía la chica más bonita del mundo, se dijo Navio. Entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

— ¿Le interrumpo, señorita Brun?

— Sí, pero no te preocupes —sonrió la profesora, y metió una carta en su bolso—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Navio se acercó a ella:

— Me gustaría tanto hablar con usted..., sobre Puck.

— ¡Ya!

Todo el encanto desapareció. La voz de la señorita Brun volvió a ser la que Navio conocía en clase. Sus ojos miraban con dureza.

— Todos estamos muy tristes por lo ocurrido — dijo Navio en tono suplicante—. No sabemos cómo buscar una solución, y nos gustaría tanto que todo se arreglara. ¿No podríamos hablar sobre ello?

La señorita Brun estaba tiesa, apoyada en el respaldo de su silla, demasiado tiesa, pensó Navio. Cuando giró la cabeza, toda su gracia de movimientos de antes había desaparecido como por encanto.

— Lo siento — dijo mientras contemplaba su mano —; no creo que tengamos nada de que hablar. Todo se debe a una crisis de disciplina, y tenemos que llevar el asunto hasta el final. Tan pronto

regrese el señor director, pienso decírselo; luego le tocará a él decidir. Yo no puedo hacer nada.

Pero Navio no se dejó intimidar:

— ¿No podría evitar usted el hablar con el director — preguntó —, si toda la clase admite haberse equivocado y estamos dispuestos a colaborar para que todo marche bien en el futuro?

— Es inútil — dijo Else Brun —. He intentado confiar en vosotros, sin resultado. Encuentro estupendo que seas tan buena compañera e intentes salvar a tu amiga, pero hay límites para lo que yo puedo tolerar. Bente se ha portado con tanta insolencia que debe ser castigada.

Navio quiso explicar, pero había tanto que explicar... Aquello era un pensionado. Sus padres se encontraban lejos. Sólo tenían a los demás alumnos para ayudarse y, naturalmente, a los profesores, si ellos querían colaborar. Sólo se necesitaba de un mínimo de buena voluntad para que todo marchara bien. En un último intento, dijo:

—No sé si usted nos comprende; sin embargo, nosotros nos esforzamos en comprenderla a usted. Hemos hablado de que quizás usted tenga algún problema que desconocemos, pero sólo queríamos decirle...

La profesora levantó su mano un par de centímetros de la mesa y la dejó caer con un golpe seco. Se levantó.

— Gracias, hija — dijo, y su voz era una mezcla de desdén y frialdad —. No creo necesario continuar esta conversación. Puedes marcharte. Seguramente aún te quedan algunos deberes por hacer.

Navio se encontraba aturdida cuando salió al pasillo. En su cabeza bullían los pensamientos y su corazón latía con fuerza. ¿Qué ambiente tan extraño reinaba aquellos días en el pensionado de Egeborg?, se dijo. ¿Dónde estaba la confianza, la alegría, la voluntad de resolver los problemas?

La joven profesora estaba como embrujada. Hacía sólo unos momentos tenía todo el aspecto de un hada buena y luego, de pronto, se había transformado en un bloque de hielo. Bonita, fría e inaccesible.

Navio sintió su derrota como un fuerte escozor. Regresó al edificio principal. Estaba oscureciendo. Había luz en el despacho del director. Navio caminaba despacio, pensativa y desolada. ¿Que

les diría a sus amigas? ¿Cómo iba a explicarles su conversación con Else Brun? Ojalá hubiera encontrado la palabra justa para resolver todo aquel asunto. ¿Luz en el despacho del director? ¿Estaría la señora Frank dentro, explicándole todo a su marido? No; era imposible. La señora Frank era justa. Siempre trataba de mejorar los problemas, nunca de empeorarlos.

Navio se paró un momento para contemplar las estrellas entre las copas de los árboles.

Luego escuchó pasos a su espalda y, cuando volvió la cabeza, vio a la señorita Brun que en aquel momento estaba cruzando el gran césped.

Navio continuó su camino, pero andando tan lentamente que la profesora le dio alcance.

Quedaron una al lado de la otra. Else Brun no dijo nada. Caminaron en silencio por el gran jardín y subieron la escalera juntas. Navio le abrió la puerta. En aquel momento llegaba el director al pensionado.

Se quedaron mirándole desde la penumbra, mientras avanzaba hacia ellas por el sendero de gravilla. La puerta estaba abierta de par en par. La luz que salía del vestíbulo iluminó al director Frank, y le saludaron.

— ¡Ah, es usted! — dijo al reconocerla.

Su mirada parecía ausente y su cara estaba seria. En apariencia, se encontraba en otro mundo. Navio le conocía bien. Cuando tenía algún problema, el director Frank no se dejaba distraer. Entraron en el vestíbulo. La señorita Brun carraspeó:

— Quisiera hablar con usted, señor director — dijo.

Él la miró con una cara llena de confusión.

— ¿Sí? — dijo—. Más tarde, señorita Brun, más tarde.

— Es muy importante.

— Bien —dijo el director—. ¿Dice que es importante?

Estaba aún en su propio mundo; sin embargo, Navio estaba segura de que Else Brun lograría sacarle de él y hacerle intervenir en los problemas que a todos les preocupaban.

— Sí, es muy importante — oyó decir a la señorita Brun.

— ¿Sí? Pues entonces hablaremos mañana. Tengo algo que me urge resolver —dijo el director—. Lo siento muchísimo, pero... Supongo que puede esperar hasta mañana, ¿no es cierto?

Saludó con un gesto de cabeza y entró en su oficina. La puerta se cerró tras él. Else Brun se quedó mirando la puerta cerrada. De pronto se acordó de la presencia de Navio, la cual hubiera deseado ser tragada por la tierra.

Había ocurrido lo peor. La muchacha había sido testigo de la derrota de la profesora ante el director del colegio. Navio se sintió confusa y triste, y comprendió las consecuencias que iba a tener lo ocurrido. En Oriente se habla de «perder la cara» como algo muy importante. Else Brun acababa de «perder la cara» al ser rechazada por el director, y ella. Navio, había estado presente.

En un último y desesperado intento de salvar la situación, dijo, casi implorando:

—Señorita Brun, ¿no quiere usted hablar conmigo? Estoy segura de que todo se podría arreglar.

Pero la profesora no se dejó ablandar.

— Esto me parece una conspiración — dijo con tono agrio—. Pero te prometo que voy a seguir hasta el fin.

— Pero ¿por qué no quiere usted subir conmigo a hablar con Puck y las otras chicas? —intentó de nuevo Navio—. Todas lo sentimos mucho. Puck desea disculparse con usted. No volverá a ocurrir lo del otro día, señorita Brun.

La profesora había abierto ya la puerta principal y estaba bajando la escalinata exterior. En su despacho, el director paseaba agitado, mientras le explicaba a su esposa:

— ¿Qué te parece si el colegio comprase la arboleda?

— Y ¿de dónde sacarías el dinero? —preguntó la señora Frank.

— Primero, escúchame —dijo él impaciente—. Si el colegio pudiese comprar la arboleda, evitaríamos la colonia veraniega.

— Luego viene lo más importante: el dinero — sonrió la señora.

— Sí, eso es — aceptó el director y se paró en medio de la habitación—. ¿De dónde sacaríamos el dinero? ¿Qué podemos hacer?

— En realidad, tenemos muchos gastos ya —opinó la señora Frank—. Las últimas reparaciones en los edificios subieron más de lo que habían calculado. Todo está muy caro. Además, los profesores pedirán un aumento de sueldo seguramente antes del día uno. Temo mucho que no haya suficiente dinero como para comprar *un* bosque.

— Quizá podríamos unimos —dijo el director—. Acabo de hablar con Herbert Dreyer y él también está dispuesto a invertir dinero en el asunto. Creo que hablaré con el abogado Beck de todo esto. Él podrá ayudarnos.

El director tomó el teléfono y marcó un número. El resultado de aquella conversación fue que al día siguiente el director Frank tomó el tren para Sundkoebing. En el tren siguiente, también Puck se fue a Sundkoebing, para hacerles una visita a sus tíos, el veterinario Moeller y su mujer. Aquélla fue la causa de que la primera persona a quien Puck vio cuando tomó el tren de regreso, a las seis y media de la tarde, fuera el director del pensionado de Egeborg.

La muchacha no sabía si la señorita Brun había hablado ya con él por eso hizo lo que pudo por ocultarse. Primero, en el vagón de los empleados del ferrocarril, detrás de una cortina, hasta verle pasar, y luego en un vagón de segunda clase.

Pero todo fue en vano. El director se había metido en un compartimiento para no fumadores y, cuando Puck salió al pasillo para contemplar el paisaje, también él apareció con su pipa y la bolsa de tabaco en la mano.

Puck intentó escabullirse, pero demasiado tarde. El director sonrió ampliamente y dijo:

— ¡Vaya! ¡Qué sorpresa! No sabía que ibas en este tren.

Su voz sonaba alegre, y Puck dedujo que el director aún no había hablado con la profesora.

— He ido a la ciudad para hablar con un abogado — le contó el director, mientras encendía su pipa—. Se llama Beck, y es un hombre simpático. Tenemos problemas serios. ¿Has oído hablar de lo de la arboleda?

Y, sin esperar respuesta, empezó a explicarle que una sociedad urbanizadora había comprado un trozo de terreno cerca del lago Ege para edificar una colonia veraniega.

— Fui a ver al abogado Beck para hablar del asunto; es un hombre muy sensato — dijo el director Frank —. Además, es el presidente local de la Sociedad Protectora de la Naturaleza, y debe defender nuestros intereses. No me dio muchas esperanzas. Dijo que la urbanizadora tenía ya sus planes y que difícilmente los cambiaría. Yo quisiera comprar la arboleda, si el precio fuera razonable; pero el abogado dice que el terreno va a ser parcelado y

el precio subirá mucho, más de lo que nosotros podemos pagar. Un tal Mortensen, abogado de Copenhague, es el presidente de la sociedad.

El director quedó pensativo, y luego añadió:

— Lo que más me extraña es que la Sociedad Protectora de la Naturaleza ha propuesto que sea declarada no edificable la loma que atraviesa la arboleda; sin embargo aún queda un buen pedazo donde pueden edificar.

— ¿Y no podrían declarar parque natural toda la arboleda? — preguntó Puck.

El director comentó pensativo:

— Eso mismo le dije al abogado, pero Beck no lo cree posible. Sin embargo, no me explico por qué no puede hacerse.



También sería una solución formar un consorcio entre los habitantes de la comarca para comprarla y defenderla —propuso Puck—. Aún debe de quedar cierto idealismo entre estas gentes.

— Es una brillante idea, Puck — exclamó el director tras unos segundos de reflexión—. Pensaré en ello. Entre todos podría conseguirse suficiente dinero.

* * *

— Sólo piensa en la arboleda — dijo Puck, cuando contaba a sus amigas en el «Trébol de Cuatro Hojas» su encuentro en el tren—. No sabe nada de lo ocurrido aquí. No creo que ella haya tenido oportunidad de hablarle aún.

— Lo hará hoy — dijo Karen.

— Quizás ha cambiado de opinión — sugirió Inger.

— ¡Qué noble sería! — exclamó Annelise, sarcástica.

Puck meneó la cabeza y Navio comentó:

— Cada vez estoy más segura de que Inger está en lo cierto. A

esa mujer le pasa algo.

—Y ¿qué crees tú que le pasa? —preguntó Karen—. ¿Asuntos amorosos?

— Es muy posible — admitió Navio.

— ¿Una chica tan guapa como ella?

— Claro. Y con el genio que tiene —dijo Inger—. ¿Por qué no iba a tener problemas?

Esta conversación tenía lugar al día siguiente de la pequeña excursión de Puck a Sundkoebing.

— Estabas contándonos algo sobre la arboleda — dijo de pronto Inger—. ¿Hay algo más sobre ese asunto?

Puck se quedó pensativa.

— No sé — dijo —. El director está muy preocupado por esa causa. También a mí me fastidiaría ver la arboleda convertida en un barrio de casitas. Le propuse hablar con los granjeros de la comarca y formar un consorcio para comprar la arboleda, y mi idea le pareció buena, pero no sabe quién es el actual dueño. Un tal abogado Mortensen lo representa, pero nadie le conoce. El negocio ha sido rápido. Todo ha sucedido en cuestión de pocos días. Si aquí se hubiera sabido que estaba en venta, seguro que el hacendado habría comprado la arboleda.

— Estoy segura de que también a mi padre le hubiera interesado comprarla, de haber sabido que estaba en venta —comentó Annelise—. Esto me hace recordar que tiene que comprarme un abrigo nuevo para este invierno; el que tengo parece un trapo.

— ¿Quién era el dueño anterior de la arboleda? —preguntó Inger.

— Según dijo el director — explicó Puck —, era un señor de Copenhague que la había heredado hace ya muchos años. Nadie había pensado que algún día podía venderla. Pero, en menos que canta un gallo, ha sido firmado el nuevo título de propiedad.



— Pero ha de ser posible saber quién era ese dueño — opinó Karen.

— Sólo se sabe que lo vendió a una sociedad urbanizadora que está representada por un abogado :—contestó Puck—. Todo esto es muy misterioso. Sin embargo, tenemos nuestros propios problemas. ¿Qué creéis que piensa hacer hoy la señorita Brun?

Tras un breve silencio, prosiguió:

— Estoy preparada para lo peor. He pensado mucho en todo esto, después de hablar con el director ayer, y creo haber encontrado una solución. Todo depende de cómo se porte la señorita Brun.

— Chicas —anunció Inger—. Nos llama el deber.

Las muchachas se levantaron y bajaron corriendo las escaleras. La clase de la señorita Brun se inició en paz y tranquilidad.

— Es como la calma antes de una tormenta — murmuró Karen.

Puck estaba callada y seria. Cavador y Alboroto hablaban de uno de sus temas favoritos: la navegación.

La señorita Brun estaba más pacífica que durante las anteriores clases. Entró incluso con una sonrisa y empezó la lección con unos ánimos que sorprendieron a sus alumnos. Cuando le tocó el turno a Puck, se mostró tan amable que todos la miraron perplejos.

— ¿Puedes nombrarme uno de los adversarios de H. C. Andersen?

— Henrik Hertz — contestó Puck sin vacilar.

— Sí. No estás equivocada del todo —dijo la profesora e insinuó algo que parecía una sonrisa—. ¿Qué tenía Hertz contra Andersen?

— Opinaba que Andersen descuidaba el lenguaje — dijo Puck.

Quiso sentarse, pero la señorita Brun la detuvo diciendo:

— No hemos terminado aún. ¿Conocía Andersen a algún escritor extranjero famoso?

— A Charles Dickens —contestó la muchacha con seguridad.

— ¿Dónde se conocieron?

— Andersen visitó a Dickens en Londres, y creo que también se escribían.

La señorita Brun tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

— ¿Sabes si hubo algún otro escritor danés que visitara a un colega mundialmente famoso? —preguntó de nuevo.

Puck frunció las cejas pensativa, pero no encontró respuesta.

— Debías saberlo —dijo la señorita Brun, impaciente.

Esto confundió aún más a Puck.

— Oehlenschlaeger —informó la profesora—. ¿A quién visitó Oehlenschlaeger?

Puck no lo sabía. Inger levantó la mano.

— Que lo diga Inger.

— A Goethe —contestó la aludida.

— No lo hemos estudiado aún —dijo Navio rápida.

— No —aceptó la señorita Brun—. Ya me doy cuenta.

Y apuntó algo en su librito de notas. De pronto el ambiente se tornó tenso y de mal agüero. La profesora cerró el librito y cruzó los brazos sobre la mesa contemplando la clase.

— He estado pensando en quejarme al director —dijo lentamente y con tanta frialdad en la voz que Puck bajó la cabeza. La señorita hizo una pausa estudiada y luego continuó—: Pero no lo haré con una condición: que no tenga más dificultades con vosotros.

Era como si un viento glacial entrara en la clase. Los alumnos permanecían tiesos en sus sillas. No estaban acostumbrados a las amenazas.

— En la primera ocasión que tenga algo de qué quejarme —prosiguió—, iré a hablar con el director y no sera agradable para ninguno de vosotros. Conocéis de sobra el asunto que tenemos pendiente en estos momentos. Me gustaría poder olvidarlo, pero esto sólo será posible si toda la clase cambia su conducta. ¡Ya he aguantado bastante!

Inger y Alboroto intercambiaron una mirada. No había duda: todos los alumnos de la clase sentían lo mismo. Aquello era indigno,

no se podía coaccionar el compañerismo de esa manera. Hubo una pequeña pausa y Puck se levantó.

— ¿Querías algo? — preguntó la señorita Brun que ya creía tener la victoria en la mano.

— Le agradecería que fuera usted a quejarse al director del asunto pendiente — dijo Puck serena.

— ¡¿Lo agradecerías?! —preguntó sorprendida la profesora, que no había esperado aquel desenlace.

— Sí —contestó Puck con firmeza—, se lo agradecería, pues no veo por qué mis amigos han de soportar por mi culpa sus amenazas.

Un suspiro colectivo se oyó en el aula. El alivio y el temor se podían leer en los rostros. En aquellos momentos se podía esperar cualquier cosa.

La señorita Brun se levantó. Estaba lívida.

— ¿Quieres decir que os he amenazado? —preguntó.

— Sí — dijo Puck cuyos labios temblaban, pero cuya voz era firme —, y no es justo...

Incluso Navio se asustó: nunca había ocurrido nada semejante.

— ¿Cómo te atreves? —exclamó la profesora—. ¡Fuera de aquí!

Puck se quedó donde estaba.

— He tomado una decisión —dijo mirando a la profesora directamente a los ojos—. No puede usted amenazarnos, y no será usted quien se queje al director, sino yo.

Y se fue hacia la puerta. Todos la siguieron con los ojos. La señorita Brun se había quedado de pie al lado de su mesa. Puck puso su mano sobre la manija de la cerradura.

— Espera.

Era la voz de la profesora. Puck se detuvo.

— Siéntate en tu sitio —dijo Else Brun, y de pronto su voz sonó cansada.

Puck la contempló llena de asombro. La señorita Brun se sentó e hizo un gesto con la mano hacia el asiento de Puck, mientras decía casi suplicándole:

— Siéntate, por favor.

Puck vaciló, pero su mirada se cruzó con la de Inger. Ésta, como siempre, había comprendido la situación: se le pedía que tuviera calma. Puck regresó lentamente a su mesa y se sentó. Un silencio de tumba remaba en la clase.

— Olvidemos todo lo ocurrido — propuso la profesora.

Sacó un pañuelo y se secó los ojos. Los alumnos la miraban sorprendidos. ¿Era posible? ¿Había estado a punto de llorar?

* * *

Fue una victoria fenomenal, según decían Alboroto y Cavador.

— No me explico cómo fuiste tan valiente —comentó Cavador.

— Tenía mucho miedo —admitió Puck, que apenas podía sonreír—. ¿Qué ocurrirá ahora?

— Celebraremos una reunión para hablar de esto — dijo Alboroto —. De hoy en adelante, no debemos hacer nada que los adultos nos puedan criticar. ¿Qué podemos hacer por la señorita Brun? Ella admitió su derrota y quien se vence a sí mismo es superior a...

— ¿A qué? —preguntó Cavador.

Alboroto hizo un gesto de desesperación.

— Tu sabiduría es algo mediocre — dijo.

Puck paseaba por el parque con sus amigas.

— No logro comprender nada —dijo—. ¿Creéis que de veras va a olvidarlo todo? No iréis a decirme que, de pronto, me *encontró* simpática, sólo porque la puse entre la espada y la pared, ¿verdad?

— Aún no logro comprender cómo te atreviste — dijo Navio.

— Tampoco yo —contestó Puck—. No sé cómo empezó pero, cuando me encontré de pronto en aquella situación, no pude hacer otra cosa. Había pensado mucho en este asunto y cada vez veía con más claridad que ella terminaría yendo a quejarse al director, así que decidí adelantarme. Pensé que actuaba injustamente y recordé lo que dijo la señora Frank el otro día, cuando intentó explicarle nuestro sistema de convivencia en el pensionado. Es cierto que debemos comportarnos bien respecto a los otros, pero no por miedo. Nunca se debe hacer nada por miedo.

—Yo hago muchas cosas sólo por miedo —dijo Karen.

— No te creo — rió Puck —. Cuando Else Brun empezó a mezclar las cosas y a amenazaros a todos, coaccionándoos a portaros bien para salvarme a mí, pensé que ya habíamos aguantado lo suficiente.

— Todo esto es muy interesante —intervino Inger—, pero aún queda otra cuestión: ¿qué vamos a hacer? En realidad, no podemos elegir: debemos hacer que las cosas vayan bien en clase de la

señorita Brun, y si no podemos portarnos como angelitos, todo será inútil.

— Incluso yo pienso mejorar mi conducta — dijo Annelise.

— Si tú cambias, todo es posible —sonrió Inger—. ¿Qué más nos falta por tratar?

— No recuerdo nada más —dijo Puck—, sólo sé que en cuanto terminen las clases pienso dar un paseo en bicicleta. Quiero pensar con tranquilidad en la arboleda que tanto preocupa al director, y además necesito alejarme de todo esto para respirar aire limpio. ¿Alguien quiere acompañarme?

— No tengo tiempo —dijo Inger—. Voy atrasada en la redacción.

— Yo iré contigo — dijo Navio —. Iremos las dos.

Sólo faltaba una clase y ésta transcurrió en paz y tranquilidad. Luego Puck y Navio corrieron a dejar sus libros y a ponerse un abrigo. Cuando bajaron al vestíbulo se encontraron con el director Frank. Estaba nervioso y parecía tener prisa.

Dirigiéndose a Puck, le dijo:

— Tu idea de formar una especie de sociedad entre la gente de la comarca está en marcha. Acabo de hablar con algunos de los granjeros, pero no demuestran mucho interés. No obstante, he convencido al abogado Beck para que asista a una reunión aquí, en el pensionado.

Sin decir más, el director les saludó con amabilidad y desapareció en su despacho. Las muchachas le contemplaron sonrientes. Fueron por sus bicicletas y se pusieron en camino hacia el norte. Pedaleaban en silencio. Al final, Puck dijo:

— Me gustaría encontrar otra vez al pintor.

Poco después su deseo se cumplía. Jes Jensen no se había atrevido a adentrarse en el bosque, pero había colocado su caballete en la loma. Mientras contemplaba el panorama sobre el lago Ege, su pincel cubría de colores extraños y maravillosos el lienzo.

Cuando vio a Puck la saludó con la mano.



— ¡Ven a ver si encuentras el parecido! — gritó.

Las muchachas dejaron sus bicicletas y subieron la pendiente. Durante un rato contemplaron el cuadro con atención.

— No veo la ruina — comentó por fin Navio.

— Es porque no está — rió el pintor.

Las muchachas callaron para seguir mirando. Al final, Navio preguntó:

— ¿Hay alguien que compre estos cuadros?

El pintor se puso a reír a carcajadas.

— Eso espero, eso espero. La esperanza es lo último que se pierde. Hace poco, un señor de Copenhague vio algunas pinturas mías en una sala de arte, y se ofreció, para financiarme una gran exposición. —Y dirigiéndose a Puck prosiguió—: Como ves, sólo uso ya un bastón y únicamente me falta una cosa para ser el hombre más feliz del mundo.

Puck no dudó que Jes Jensen se refería a su novia.

— ¿Ha vuelto a ver al hombre que le empujó el otro día? — preguntó para desviar sus pensamientos.

El pintor meneó la cabeza:

— No, y puede estar contento de que así sea — dijo —. Ahora que sólo uso un bastón puedo resultar un adversario peligroso para él. No le he olvidado. Fue una cobardía atacar a un hombre indefenso.



—Está muy bien todo lo que estás haciendo por la arboleda — dijo la señora Frank y su voz sonó cansada—; sin embargo, también hay problemas en el colegio.

— ¿Sí? — dijo el director, mientras revolvía entre sus papeles, y luego levantó la vista con una expresión confusa—. ¿Cuáles son esos problemas?

— ¿Lo ves? — exclamó su esposa impaciente —. No sabes en absoluto lo que ocurre a tu alrededor. ¿Sabes que la nueva sustituta tiene grandes dificultades?

— ¿Te refieres a la señorita Brun?

— Sí, tiene problemas con los alumnos. La clase de Puck, por ejemplo, está enemistada con la señorita Brun.

— No lo comprendo... No tenía ni idea... ¿Qué podríamos hacer al respecto? No me ha dicho nada.

— Quizá no quiere verte mezclado, y prefiere arreglárselas sola, si puede — opinó la señora Frank —. Creo que debías dedicarte menos a la arboleda y concentrarte un poco en los asuntos del colegio.

— Pero ya lo hago —se defendió el director—. No me gusta que digas que descuido mi trabajo.

— No he querido decir eso; pero te encuentro tan distraído... Habla con la señorita Brun, por favor; sólo para que, se dé cuenta de que el director se interesa por su bienestar.

— Naturalmente, pero ¿cuándo? Vamos a ver... ¿Esta noche? Esta noche tenemos reunión sobre la arboleda. Pero..., podríamos

invitarla a tomar el té. Yo creo que se siente sola. Es nueva, y los otros profesores no creo que se preocupen por ella.

— Pero vienen el abogado Beck y el propietario Dreyer...

— Sí, ya lo sé; pero a ella le convendrá conocer a gente nueva. Además, creo que lo mejor será hacer como si no me hubiera enterado de sus problemas.

El director salió. La puerta se cerró tras él. La señora Frank se quedó sola moviendo sonriente la cabeza.

* * *

El director Frank y su esposa estaban junto a la ventana esperando a sus visitantes.

Se oyó el ruido de un motor que se acercaba y poco después apareció ante el edificio principal un elegante coche deportivo.

— Allí viene el abogado — anunció el director Frank.

— Muy elegante — murmuró su esposa en tono desdeñoso.

Cuando salieron a recibirle, Herbert Dreyer llegaba caminando por el sendero del jardín y parecía de muy buen humor.

En el «Trébol de Cuatro Hojas», las cuatro amigas estaban estudiando. Puck levantó la cabeza de sus libros y preguntó:

— ¿Os habéis enterado de la reunión de esta noche en las habitaciones del director? Yo le propuse que lo hiciera, y en realidad debía haberme invitado. Vi que la señora Frank estaba preparando una mesa para un té sensacional.

— Hace un momento llegó un coche.

— Es el del abogado de Sundkoebing. Tiene un «M.G.» deportivo. ¡Vaya coche! Estoy segura de que corre por lo menos a ciento cuarenta kilómetros a la hora.

— ¿Cómo es el abogado?

Puck movió la cabeza:

— No lo sé, pero oí que mis tíos de Sundkoebing hablaban de él. Es de Copenhague y algunos están muy impresionados por sus modales. Sin embargo, a mis tíos no les gusta.

* * *

En el salón del director había empezado la reunión. El abogado Beck estaba sentado en un rincón del sofá, el director Frank y el propietario Dreyer en sendos sillones.

La señora Frank estaba leyendo un libro y miraba a hurtadillas al nuevo huésped. Se dijo una vez más que no le gustaba: era

demasiado hábil, demasiado agradable, muy rebuscado en el hablar y demasiado elegante. Aunque, pensó tratando de ser justa, ocurre a veces que la primera impresión engaña.

— Si pudiéramos comprar toda la arboleda, resolveríamos el problema —dijo Herbert Dreyer—. Pero, ¿sabe usted si quieren venderla?

Beck se encogió de hombros, pero no contestó.

— ¿Tienen permiso para edificar? —preguntó el director.

— Sí, no hay duda respecto a ello —contestó Beck presuroso.

— Y ¿qué pasa con el terreno declarado «zona verde», donde no se puede edificar?

— Bueno... —empezó el abogado y de nuevo se encogió de hombros—. Está declarado «zona verde» *hasta* la arboleda.

— Pero ¿por qué demonios se pararon allí? —gruñó Dreyer.

— Es muy complicado —contestó Beck—. Depende de tantas cosas...

— ¡Ya! — exclamó Dreyer escéptico, exhalando una gran nube de humo—. Hay tantas dificultades cada vez que uno quiere hacer algo, que más vale dejarlo. Hay que firmar montones de papeles e ir de una oficina a otra. Este país se convertirá pronto en una inmensa oficina donde habrá que vivir corriendo de una ventanilla a otra. Antes lo importante era saber hacer algo sobre agricultura, negocios, industria o artesanía; pero hoy para tener éxito es más importante saberse las leyes y los trucos de la burocracia.

Beck se inclinó con una amplia sonrisa:

— Muchas gracias — dijo.

— No lo decía como un cumplido precisamente —rió Dreyer—; pensaba sólo en las dificultades que se le ponen a una persona normal que sólo conoce su propio oficio. El mundo de las oficinas está lleno de problemas para él.

— Por eso invité al abogado Beck esta noche — dijo el director, que tenía la sensación de que la conversación tomaba un giro peligroso —. Lo que nos importa en estos momentos es que la naturaleza no sea destruida y por eso queremos intentar salvar todo lo que se pueda. ¿No se podría declarar parque natural toda la zona hasta el otro lado de la arboleda?

— Sería un asunto muy costoso —opinó Beck.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Else Brun. Los

caballeros se levantaron.

— Ha sido usted muy amable en venir — dijo el director Frank con cordialidad—. Incluso podrá usted ayudarnos en nuestros problemas. Estábamos hablando de la protección a la naturaleza en nuestra comarca. Espero que lo encuentre interesante.

—Siéntese a mi lado —invitó Soeren Beck—. ¿Un cigarrillo?

— Gracias.

—Bien —dijo el director Frank—; cuando terminemos con este asunto, por lo menos conocerá usted la comarca y la gente que vive aquí. Por ciento: ¿conoce usted al propietario Dreyer?

— No... —dijo Else Brun.

— Soy el padre de Annelise —dijo Herbert Dreyer—. Con eso creo que tiene usted suficiente.

El director se apresuró a cambiar el tema.

* * *

— Creo que se marchan ya — dijo Annelise.

— Me parece pronto — dijo Puck.

Desde el vestíbulo se oyó la voz de Herbert Dreyer.

— Ha sido una velada estupenda. Creo que debemos seguir con este asunto.

Y mientras salían a la escalinata, Else Brun se volvió hacia Soeren Beck.

— ¡Qué coche tan maravilloso tiene usted! — dijo.

— Me alegro de que le guste. ¿Quiere dar un paseo conmigo?

— No, hoy no; muchas gracias. Tengo trabajo.

Se acercaron al coche y él la tomó del brazo diciendo:

— Venga usted conmigo. Le prometo devolverla sana y salva.

Ella intentó liberarse y se le cayó el bolso. El contenido se esparció por el suelo.

— Perdóneme — dijo Beck Permítame ayudarle.

La señora Frank se disculpó:

— Olvidé apagar la estufa eléctrica. — Y entró en el pensionado.

— ¡Vaya coche! —exclamó el director—. Quien tuviera uno así.

Se despidieron. Soeren Beck musitó a Else Brun:

— ¿Puedo llamarla por teléfono?

— Claro que sí — dijo ella sonriendo.

El joven abogado subió al coche y lo puso en marcha. El director se despidió de la profesora y subió la escalera. Else Brun se quedó

un momento siguiendo el coche con la mirada



hasta que las luces rojas desaparecieron entre los árboles. Luego se fue caminando hacia el edificio del profesorado.

* * *

En el «Trébol de Cuatro Hojas» Puck recordó de repente:

— ¡Vaya! He olvidado de nuevo meter mi bicicleta en el sótano.

— Creo que harás mejor en meterla en su sitio — dijo Inger—. Al director no le gusta ver bicicletas por todas partes.

Puck salió a la escalera y escuchó. En apariencia, todo estaba en silencio. Bajó los escalones procurando no hacer ruido, abrió la puerta principal y salió.

Poco después tenía su bicicleta en el sótano. Cuando regresó vio algo blanco sobre la gravilla del sendero, delante de la escalera de piedra. Se agachó y lo recogió.

Era una carta. Se quedó un momento indecisa sin saber qué hacer con ella. ¿De quién podía ser?

Una vez dentro, logró subir las escaleras sin que nadie la viera y se fue hasta una de las lámparas. Desdobló la hoja de papel y leyó:

Querida Else:

No voy a ocultarte mi decepción por lo ocurrido; sin embargo, sigo esperando que todo vuelva a ser como antes. Me he sentido muy confundido y sin saber qué hacer. La última vez que nos vimos tuve la impresión de que era imposible llegar a una solución; pero desde entonces he vuelto a tener esperanzas.

No estoy muy lejos de ti y deseo verte. No sé si te interesa saber que mi recuperación es cada vez más rápida, e incluso en el aspecto económico tengo motivos para sentirme optimista. Un hombre importante ha mostrado interés por mi pintura y ha prometido invertir

dinero en una exposición.

Como ves, espero lo mejor. Pero sobre todo deseo que tú y yo nos encontremos de nuevo.

Jes

Puck dobló la cuartilla y durante un rato se quedó pensativa. Lo que había leído abría nuevas perspectivas que la hicieron cambiar de opinión sobre muchas cosas.

Decidió no decir nada a sus compañeras sobre un hallazgo, ocultó la carta en su mano antes de entrar en el «Trébol de Cuatro Hojas».

* * *

— ¿Así que no se atrevió usted a salir conmigo estando el director delante? — rió Soeren Beck, burlón.

— No fue por eso — protestó Else Brun —. Tenía mucho trabajo. Además, tampoco suelo salir con personas que no conozco.

— Pero ya nos conocemos bien — dijo él.

— No estoy muy segura.

La profesora se comportaba con cierta reserva; sin embargo; no podía negar que disfrutaba con aquel paseo en el elegante coche deportivo.



Él la había llamado y la había invitado. Ella había aceptado, siguiendo una inspiración repentina.

Se habían encontrado en el camino para no dar lugar a habladurías, y Beck se había reído de ella diciendo:

— ¿No le ha pedido el director que sea la secretaria de la nueva asociación para la conservación de la arboleda?

— Sí, claro — admitió Else Brun —, no obstante...

— Y yo soy el consejero jurídico de la misma asociación; por tanto, es muy natural que hablemos sobre nuestros asuntos. Además — añadió —, tenía ganas de volver a verla.

Ella no contestó. Había cerrado los ojos y dejaba que la brisa

acariciase su rostro mientras pensaba en todo lo ocurrido durante las últimas semanas.

En su interior, una voz seguía repitiendo el mismo nombre, un nombre que ella deseaba olvidar pero que no quería desaparecer de su memoria. Había decidido terminar para siempre; pero era inútil. Deseaba emprender una nueva vida, olvidar a Jes y planear un futuro sin él.

«¿Por qué me sentí atraída hacia él?», se preguntó a sí misma.

Un pintor fracasado, con ideas descabelladas y sin modales. Su madre había estado en lo cierto. Ahora lo veía claro. Ella pertenecía a una familia acomodada y burguesa, con amistades fijas, veladas tranquilas frente a la televisión, funciones de teatro en fechas fijas, calendarios con los días de cumpleaños que debía recordar, etcétera, etcétera, y nunca discusiones violentas ni opiniones extremistas. Y Jes estaba hecho para esa vida burguesa como un elefante para una cristalería.

Ella amaba el orden; en cambio él no tenía ni idea de lo que significaba tal palabra. Sin embargo, era una persona maravillosa y ella le quería mucho...

Se corrigió: Le *había* querido mucho.

Abrió los ojos y miró a hurtadillas a Soeren Beck. Era guapo, admitió, muy guapo. Había algo en su manera de ser que impresionaba. Una cierta elegancia y soberbia que quizá no despertaba simpatía, pero que la impresionaba.

En cambio. Jes... Y la carta... ¿Dónde había dejado la carta? Recordó haberla metido en el bolso después de leerla, pero ya no estaba allí.

Sonrió a Soeren Beck:

— ¿Dónde está la arboleda que tanto preocupa al director Frank?—preguntó.

— Podríamos verla — propuso él — y luego ir al hotel de Oesterby a cenar. ¿Qué le parece?

— Pero... Yo debo regresar pronto al pensionado.

— Deje ya de portarse como una colegiala — rió mientras su pie pisaba a fondo el acelerador.

— ¡Por favor —suplicó ella—, no corra tanto, odio la velocidad!

* * *

Puck estaba dando uno de sus solitarios paseos en bicicleta,

cuando encontró al pintor en el pequeño promontorio cercano a las ruinas. Estaba sentado sobre la hierba, contemplando con triste expresión el lago Ege. A su lado estaba plantado el caballete. Puck se dio cuenta de que no había trabajado mucho aquel día.

— ¡Hola! —saludó Puck—. Según parece, no tiene usted muchas ganas de trabajar hoy, ¿eh?

— Es inútil, Puck —contestó Jes, abúlico—. No me sale.

— ¿Por qué? — preguntó Puck para animarle, mientras se sentaba a su lado—. Usted vale mucho, y cree en su arte. Además, pronto hará su exposición y puede convertirse en un pintor famoso.

— Y ¿para qué sirve ser un pintor famoso si no me sale bien el trabajo? Estoy pintando desde esta mañana y tú misma puedes ver el resultado: algunas rayas y manchas sin inspiración.

— ¿De veras ha estado usted aquí desde esta mañana?

— Sí — asintió Jes —. Vine en bicicleta.

— ¿Se encuentra mejor de la pierna?

— Sí, bastante mejor, si bien necesito aún los bastones, pero confío en que será por poco tiempo. Me sentí tentado a probar nuevos paisajes y vine aquí pasando por el colegio y el bosque. Esto es maravilloso, ¿no te parece?

— Pero ¿qué hizo usted en todo ese tiempo? —preguntó Puck.

— Pues, no lo sé. He estado pensando y me he puesto de mal humor. Luego me puse a contemplar los pájaros. Tengo unos prismáticos. ¿Quieres mirar con ellos?

Eran unos prismáticos estupendos y Puck miró a través de ellos el hermoso paisaje del lago Ege.

— Debería usted tratar de terminar el cuadro — dijo Puck.

— Me gustaría —suspiró el pintor—, pero no puedo. Estoy tan triste que el trabajo no me sale. Me dan ganas de tirarlo todo y volver a la ciudad.

— ¿Está usted triste por lo de su novia?

— Sí — asintió Jes y de pronto miró fijamente a Puck —. ¿Ha llegado una nueva sustitúa a vuestro colegio?

— Sí — contestó Puck —, hace algún tiempo.

¿Cómo se llama?

— Else Brun — dijo Puck en voz baja.

— ¿Es profesora tuya? —preguntó Jes.

— Sí —contestó Puck, sorprendida—. Creí que ya lo sabía usted.

— Sabía que ella trabajaba en el pensionado de Egeborg; sin embargo, no la relacioné contigo. Creí que sólo daba clases a los pequeños. ¿Te gusta? ¿Verdad que es preciosa?

Puck no supo qué contestar, pero por fin dijo vacilando:

— Es muy bonita.

— ¡Bonita! — exclamó el pintor —. Ésa no es la palabra. Es un ángel.

Puck casi no pudo ocultar una sonrisa. Ella no llamaría nunca «ángel» a Else Brun. Había momentos en que «bruja» sería el calificativo más adecuado.

— Debe de ser muy popular, ¿verdad? —dijo el pintor entusiasmado.

Puck decidió poner las cartas boca arriba:

— Si quiere usted saber la verdad — dijo —, nuestras relaciones con la señorita Brun son algo tirantes. Ha causado problemas desde el primer día y, con franqueza, me ha perseguido desde el momento en que nos vimos. No me puede tragar.

— Eso es imposible — dijo Jes convencido —; tú eres el tipo de chica que a Else le encanta.

— Creo que está usted equivocado —contestó Puck con una leve sonrisa.

No le gustaba quitarle las ilusiones al simpático joven. Tenía ya tantas preocupaciones... Pero, por otro lado, él le había preguntado su opinión, y ella había contestado con toda honradez.

Jes Jensen se levantó y empezó a explicar sus relaciones con la señorita Brun. Puck miraba a través de los prismáticos. No le gustaba nada aquella conversación.

Pensativa, contemplaba la otra orilla del lago Ege. Hacia el norte vio un pequeño descapotable pararse ante la arboleda, luego vio que bajaba una pareja. Se sobresaltó al reconocer a Else Brun. El hombre le pareció conocido, pero estaba de espaldas. No podía ver su cara. De pronto el hombre dio media vuelta y Puck se sobresaltó. Le había reconocido... Era el mismo que había empujado a Jes Jensen días pasados. De repente, Puck comprendió la horrible verdad.



¿Qué estás mirando? —preguntó el pintor, irritado—. Estoy contándote mis problemas, y tú no me escuchas.

Puck levantó la vista.

— Lo siento — dijo —, pero le estaba escuchando. He oído cada palabra, y le comprendo muy bien. Me appena no poder ayudarle. Me gustaría ir a contárselo todo a la señorita Brun, pero creo que yo sería la única persona a quien no querría escuchar. ¿Está usted seguro de que ella rompió el noviazgo definitivamente? — añadió.

Él se paró delante de ella.

— ¿Seguro? —preguntó—. No, no estoy seguro de nada. Si por lo menos supiera si hay otro hombre en su vida...

Puck sentía la tentación de volver a mirar por los prismáticos, pero no se atrevía. No quería lastimarlo. La estaba contemplando y sus ojos estaban muy tristes. Puck se levantó.

— Bueno —dijo—, creo que debo regresar al colegio. Es la hora de estudio, y si llego tarde...

Miró de reojo los prismáticos y añadió:

— Siento mucho no poder ayudarle.

— Nadie puede ayudarme — dijo el joven pintor con dureza—. Con el tiempo, olvidaré todo este asunto... espero.

Dio unos pasos y luego se volvió hacia ella.

— Dame los prismáticos — dijo —. Antes había unos patos en medio del lago...

Puck estuvo a punto de dárselos, pero cambió de parecer.

— ¿Me deja mirar a mí primero?

— Sí, claro — dijo Jes, algo irritado.

De nuevo enfocó los prismáticos en dirección a la arboleda. La pareja estaba contemplando el lago.

En aquel instante el hombre puso su brazo alrededor de los hombros de ella, pero Else Brun se liberó. De nuevo el hombre quiso tomarla del brazo, y ella retrocedió. Él la siguió.

— Dame los prismáticos — dijo Jes.

Y sin esperar respuesta se los quitó y se puso a mirar. Puck le observaba mientras sentía un escalofrío de miedo. Vio al pintor ponerse rígido; sus labios se movían en silencio. De pronto sonrió, y Puck le oyó murmurar:

— Bien, Else. Así me gusta —y se volvió hacia Puck para preguntar —: Lo viste, ¿verdad?

Puck asintió.

— ¿Sabes quién es él?

Puck meneó la cabeza, negando.

— ¡Qué rabia! —dijo Jes Jensen—. Tenemos que averiguarlo.

De pronto la voz del pintor sonaba alegre, pensó Puck.



CAPÍTULO V

Puck miró a sus amigas.

— ¿Qué os parece? — preguntó.

Inger, Karen, Navio y Annelise estaban sentadas en torno a ella escuchando su relato. La carta estaba sobre la mesa delante de ellas: *Querida Else...*

Annelise señaló las palabras con el dedo.

— Imaginaos... —dijo—. Alguien la llama «querida».

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Inger—. Estamos reunidas

para tratar de resolver el problema.

Puck se encogió de hombros.

— Estoy, confusa —admitió—; sin embargo, sigo pensando que podemos hacer algo en favor de Jes Jensen...

— ...y la señorita Brun —añadió, pensativa, Navio.

— Sí, y la señorita Brun —dijo Puck vacilante—. Pero no podemos ir a hablarle claro, ¿verdad? ¿Y quién será el tipo del descapotable? Es un tipo antipático. ¿Quién será?

— Algún «don juan» de Copenhague —opinó Navio—. ¿Dijiste que ella no quería saber nada de él?

Puck asintió.

— ¿Sabes algo más?

— No, el pintor los vio con los prismáticos, y parecía contento.

— Chicas —dijo Inger—. Creo que lo mejor será preocuparnos de nuestros propios asuntos.

— ¡Qué aburrida eres! —exclamó Annelise.

Hubo una pequeña pausa.

— Voy a hacerle una visita a Jes Jensen —afirmó Puck—. ¿Quién quiere acompañarme?

— Yo —contestaron Navio y Annelise al unísono.

— Tened cuidado —advirtió Inger—. No hay que meterse en los asuntos amorosos de los demás.

— Podríamos proponerle hacer una exposición en el colegio —dijo de pronto Annelise—. Quizá lográramos reunir dinero. El director necesita mucho dinero si quiere comprar esa arboleda.

— Es una buena idea —asintió Inger—. Habla con el pintor, y luego podemos proponérselo al director. No es seguro que se pueda realizar.

— ¡Qué pesimista eres! —fueron las últimas palabras de Annelise, antes de que la puerta se cerrara detrás de las tres amigas.

Poco después estaban en camino.

— ¿Estás segura de encontrarle en el hotel?

— Sí —contestó Puck—. Me dijo que esperaba la visita de un señor de Copenhague que quería organizarle una exposición. También dijo que pensaba escribir unas cartas y trabajar en un dibujo. Tenía planeado quedarse en su habitación casi todo el día.

* * *

— Sí —dijo el camarero—. El señor Jensen está en el comedor.

— Bueno, entonces le esperaremos.

Puck miró de reojo por la puerta del comedor. El pintor estaba comiendo junto a un ventanal, con un señor mayor de cabello gris y un impresionante bigote.

— Están hablando sobre una exposición —afirmó el camarero, orgulloso de estar enterado.

— Quizá sería mejor regresar — propuso Navio.

— Nos quedaremos un rato — decidió Puck —. Podemos tomar un refresco mientras esperamos. Nos sentaremos en el salón.

— Hay muchas revistas — dijo el camarero—. Ahora os traeré los refrescos.

Las muchachas se instalaron en torno a una mesa. Desde allí, y por la puerta de cristales, vigilaban al pintor.

— No pueden estar almorzando todo el día —opinó Puck. De pronto exclamó, asustada —. ¡Vaya! Hemos olvidado hacer los problemas de matemáticas.

— Es verdad. Habrá que regresar en seguida — dijo Annelise.

— ¿Por que? —dijo Navio—. Podemos llamar a alguien para que nos los dicte por teléfono, y entre las tres los resolveremos en un periquete.

— Pero ¿a quién? No podemos llamar al colegio.

— Pues llamaremos a alguno de los externos que viven en Oesterby: Marianne, por ejemplo. También podíamos ir a su casa.

— ¿Y que el pintor se marche mientras tanto?

— Ya lo arreglaré yo — dijo Navio.

Se fue hacia la cabina telefónica, pero el camarero la detuvo.

— Ese teléfono no funciona. Puedes tomar aquel que está sobre el mostrador, si no tardas mucho.

—No creo — dijo Navio —. Sólo necesito una información.

Marcó el número de Marianne.

— Oye —dijo—. ¿Tienes por ahí los problemas para mañana?

— Sí — contestó Marianne —, pero no sé dónde. Voy a ver.

En el comedor, el hombre del bigote se había levantado.

— Voy a hacer una llamada telefónica —dijo consultando su reloj—. Perdona usted, no tardaré mucho.

— No se preocupe — dijo Jes Jensen, que se encontraba muy animado, porque la conversación con el abogado Mortensen había resultado fructífera.

En el mostrador, Navio estaba esperando hasta que se puso de nuevo Marianne.

— No los encuentro — dijo despreocupada —, tendrás que armarte de paciencia.

Navio miró al camarero, pero él parecía tener tiempo de sobra.

— Esperaré un poco más — dijo Navio.

Era muy normal en Marianne. Era muy descuidada. Navio contemplaba los vasos y las botellas del mostrador. De repente escuchó un ruido en el teléfono. Debía haber pasado algo con la línea. Navio estaba a punto de contestar, cuando oyó la sonora voz de un hombre:

— ¿Centralita? Quiero el número 164 de Sundkoebing,

De nuevo hubo un ruido, y una voz de señora contestó:

— Oficina del abogado Beck. Diga.

— Soy el abogado Mortensen de Copenhague, deseo hablar con el señor Beck.

— Un momento — dijo la señora.

Navio estuvo a punto de colgar el auricular. Aquél no era asunto suyo; pero su curiosidad venció.

— Beck al habla.

— Soy Mortensen.

— Me alegro de que hayas llamado. ¿Vienes para acá? ¿Dónde estás?

— En realidad había pensado volver a Copenhague. Estoy en Oesterby, hablando con aquel pintor del cual te hablé. Puede representar mucho dinero para nosotros..No obstante, quisiera saber qué ocurre con lo de la arboleda. ¿Va todo bien?

— No muy bien — dijo Beck —. Tenemos en contra a algunos habitantes de la comarca. Quieren fundar una sociedad para comprarnos la arboleda.

— Les costará cara — rió Mortensen.

— Bien, pero quizá logren reunir el dinero. Hay un par de hacendados ricos metidos en el asunto.

Navio no sentía ningún deseo de colgar; por el contrario, escuchaba con toda atención, deseando que Marianne tardase en ponerse al teléfono.

— Pero lo de la «zona verde» va bien, ¿verdad? Sacaremos mucho más dinero de las parcelas, si se puede decir que están

situadas al lado de un parque natural.

— Sí, claro... Así lo espero.

— ¿Sólo lo esperas? —dijo Mortensen con dureza en la voz—. No es suficiente esperar; hay que estar seguro.

— Hago lo que puedo — dijo el otro.

— Hay que evitar que el Ayuntamiento solicite que la arboleda sea declarada terreno no edificable.

— Eso no ocurrirá — rió Beck —. No olvides que yo soy el presidente local de la Sociedad Protectora de la Naturaleza.

— Está bien, pero esa gente de la comarca debe de tener un abogado — preguntó Mortensen precavido.

— Sí, *cuentan conmigo* — rió de nuevo Beck.

— ¡No me digas!

En aquel instante sonó otra voz en el teléfono:

— Los encontré — decía Marianne.

Sin hacer caso de su amiga, Navio se apresuró a colgar y regresó corriendo a la sala donde le aguardaban las otras. Su cara estaba radiante.

— ¡Vaya noticias traigo!

Miró de reojo al comedor. Mortensen aún no había regresado.

— Tenemos que marcharnos en seguida — dijo impaciente —. Tengo algo importantísimo que contaros.

Habían llegado hasta la granja del reverendo antes de que Navio empezara su relato. Las otras estaban a punto de reventar de curiosidad, pero Navio quería alejarse del hotel para estar segura de no ser escuchada por nadie. Cuando concluyó su historia, Puck dijo:

— ¡No puede ser verdad! El presidente local de la Sociedad Protectora de la Naturaleza no puede hacer eso. ¡No es posible que una persona sea tan vil!

— Pero él cubre sus turbios manejos tras el abogado Mortensen.

— Eso aún empeora las cosas. ¿Quién es en realidad ese tal Beck?

— ¿No será el mismo que empujó a Jes Jensen? —preguntó Annelise—. Aquello ocurrió en la arboleda.

— Eso es verdad. También debía de ser él quien llevó a pasear en su coche a la señorita Brun.

— Eso suena demasiado fantástico — opinó Puck —. El hombre del coche debía de ser un viejo conocido suyo de Copenhague. ¿Qué

hacemos?

— Tenemos que contárselo todo al director Frank.

— No nos creará —dijo Navio.

— Tiene que creernos —dijo Puck—. Además, da igual si nos cree o no, mientras contemos la verdad. Navio, tendrás que recordar palabra por palabra todo lo que oíste, sin olvidar nada.

— Y ¿qué me dices de los problemas de matemáticas?

— Deja ya de pensar en los problemas —dijo Puck—. Esto es mucho más importante.

* * *

En el hotel, el abogado Mortensen se reclinó en el respaldo de su silla y miró sonriendo a Jes Jensen. Preguntó:

— ¿Conoce usted al director Frank del pensionado de Egeborg?

— No, pero conozco una de las profesoras de allí. ¿Por qué?

— Me gustaría hablar con el director — dijo Mortensen —. Parece un hombre emprendedor. ¿Podríamos ir a verle juntos?

— No sé — dijo Jes vacilante —. Quizá sí.

Estaba dibujando con un bolígrafo en una servilleta de papel. Era un rostro de mujer. Mortensen contempló el dibujo.

— Es muy guapa — dijo aprobador.

— Sí — suspiró Jes —, es guapísima.

* * *

Else Brun se estaba mirando al espejo. Hizo una mueca y murmuró:

— Eres una tonta.

Luego se volvió hacia la mesa y recogió unos libros. Debía corregir los trabajos de sus alumnos, y aquella tarea le preocupaba. Todo le preocupaba. ¡Aquellos alumnos! Eran demasiado para ella.

— ¿Qué es lo que pasa? —se preguntó por centésima vez—. ¿Son ellos o eres tú?

Le era difícil dominarse a sí misma. Tenía los nervios de punta, y no necesitaba mucho para perder los estribos. Aquellos muchachos le crispaban los nervios. Eran tan arrogantes, tan inquietos e indisciplinados. Sobre todo Puck... Else Brun miró por la ventana. Comprendía muy bien que había cometido una estupidez al escoger como víctima a la alumna más popular de la clase; sin embargo, aquella chiquilla era inaguantable... ¿O no? Else Brun sonrió. Había algo encantador en ella, debía reconocerlo. Lo que pasaba era que

todo había empezado tan mal...

— Else — se dijo una vez más, camino de la puerta —, tienes que dominarte.

En el fondo, sabía muy bien qué era lo que andaba mal.

Al llegar al edificio principal la llamaron por teléfono. Tomó el auricular.

— Soy Soeren Beck — sonó una voz alegre.

— Ya — dijo Else Brun —. ¿Qué hay?

— Estaba pensando en cuándo podríamos vernos de nuevo.

— Pues... No lo sé.

Y decía la verdad. No sabía qué hacer.

— Hay una reunión en el colegio hoy. Podríamos vemos después.

— No sé... —repitió Else.

— Bueno, para entonces seguramente lo sabrá — contestó el abogado.

— Tengo muchísimo trabajo —vaciló ella.

— Ya habla de nuevo la colegiada bien educada — rió Beck, luego suplicó —: Else, tengo que verla...

Else Brun se encontró confusa y nerviosa después de la conversación. Su cabeza bullía de inquietud. Jes... ¡Ojalá le hubiera contestado a aquella carta. Dentro de poco llegaría Soeren Beck y tenía que tomar una decisión.

* * *

Tres muchachas con caras serias caminaban a lo largo del cortafuegos por detrás de la casa del guardabosques.

— Ya lo he contado cuatro veces —decía Navio—, y vosotras seguís diciendo que no suena convincente. ¿Qué queréis que haga? ¿Contar una mentira como una casa?

— No, pero todo depende de que el director te preste atención —contestó Annelise—. Está tan distraído estos días.

— Nos escuchará — aseguró Puck —. Si quiero que Navio vuelva a contarlo, es para estar segura de que su relato es correcto.

Por la carretera pasó un coche deportivo color crema.

— ¡Ése es! —exclamó Puck, y se puso a correr hacia la carretera. De pronto se paró y abrió desmesuradamente los ojos.

— ¡Cielos! ¿Qué hora es?

— ¡Vaya lío! —hipó, asustada, Navio—. Llegaremos tarde.

* * *

Se pararon ante el edificio principal del colegio.

— Pase lo que pase, tenemos que hablar con el director —dijo Puck.

Subían corriendo las escaleras, cuando Else Brun apareció.

— ¿Dónde habéis estado? —preguntó con voz severa.

— Fuimos a dar un paseo en bicicleta — dijo Puck —. Sentimos mucho llegar tarde.

—¿Tarde? — exclamó la profesora consultando su reloj —. Hace ya media hora que debíais haber estado aquí.

— Sí, pero se nos olvidó mirar el reloj.

— ¿Dónde habéis estado? —preguntó la señorita Brun, furiosa.

— Fuimos a dar un paseo en bicicleta.

—¿A dónde?

Aquello tenía todo el aspecto de un interrogatorio policial, y las muchachas se sentían tratadas como si fueran criminales.

Puck suspiró hondo en un intento de dominarse.

— Como le dije, lo sentimos mucho, señorita —dijo con tanta dignidad como le fue posible.

— ¿Váis a decirme dónde estuvisteis? ¿Hablasteis con alguien?

— Fuimos a Oesterby — dijo Navio.

— No te preguntó a ti. ¿Qué estabais haciendo en Oesterby?

— Fuimos a... —empezó Puck, y luego se calló. Era imposible explicarlo, sobre todo a la señorita Brun—. Fuimos a dar un paseo. Eso es todo — dijo por fin.

— ¡Mientes! — dijo la profesora.

La acusación dio en el blanco. Estaba mintiendo, era cierto, pero ¿por qué? Ojalá los mayores se dieran cuenta de que, de vez en cuando, surgían cosas que no se podían decir, que era imposible decir.

— ¿A quién fuisteis a ver?

— A nadie —dijo Puck, pero todo ella delataba la mentira.

— ¡Dilo ahora mismo!

— ¿No es suficiente para usted saber que fuimos a dar un paseo?

— preguntó Puck desolada—. Hemos pedido disculpas. ¿Qué quiere usted que hagamos? ¡No somos criminales!

— No quiero que me hables en ese tono — dijo la profesora—, y no intentes corregirme a mí. Pienso ir a quejarme al director.

— ¡Ojalá lo hiciera! — exclamó Puck, y su voz se había vuelto aguda.

Navio puso su mano en el brazo de Puck, pero ésta se liberó, diciendo:

— Gracias, Navio, puedo arreglármelas sola. Vamos a ver al director — añadió, dirigiéndose a la señorita Brun —. De todos modos, tenía un asunto que tratar con él, algo mucho más importante. Puede que hayamos tenido nuestras buenas razones para dar el paseo en bicicleta, y no tengamos por qué contárselo a usted.

La señorita Brun la contempló asombrada.

— Tú no vas a hablar con el director, sino yo — dijo —. Puedes esperar en tu cuarto mientras tanto. Luego hablaremos.

Dio media vuelta y se fue hacia la escalera. Puck hizo un movimiento para seguirla, pero Navio pudo agarrarla del brazo a tiempo. Con una expresión de tormenta, Puck se fue al «Trébol de Cuatro Hojas» seguida de sus amigas. Inger y Karen la miraban con caras asustadas.

Puck se sentó en su silla.

— ¡Vaya lío! — dijo, y de pronto su voz sonó triste y vacía. Toda su valentía le había abandonado—. ¿Qué os parece si me pongo a llorar mientras espero?

Inger se levantó y se fue hacia ella. Sonrió mientras ponía su brazo alrededor de los hombros de su amiga.

— Adelante, Puck —dijo—. ¡A la lucha! No hay que dudar cuando suenan las trompetas:

«Allons, enfants de la patrie...»

* * *

El director Frank estaba en su despacho rodeado de papeles y su cara expresaba consternación. Serio miró a la señorita Brun, y dijo:

— Será mejor que hable con ella.

— Se lo agradecería mucho — dijo Else Brun.

El director tomó su pipa, pero volvió a dejarla.

— Ha escogido un mal momento — dijo —. Vamos a tener una reunión sobre la arboleda. Estoy esperando al propietario Drever, al hacendado Holm y al abogado Beck. Pueden venir de un momento a otro, pero...

—No necesita mucho tiempo — dijo Else Brun —. Si usted no le habla ahora, creerá que ha ganado la batalla. He tenido problemas con esa chica desde el primer día.

— ¡No me diga! —exclamó el señor Frank mientras miraba de reojo sus papeles y pensaba:

«Ojalá termine pronto todo eso. El asunto de la arboleda ha de ser arreglado hoy y la reunión es mucho más importante que el hecho de que una profesora no sepa imponer su autoridad frente a una colegiala. Y, además, se trata de Puck, de quien fue la idea de formar la sociedad para comprar la arboleda. ¡Qué extraño! ¿Qué tendrá en contra de ella esta señorita? Siempre hay problemas con los sustitutos. Carecen de experiencia. Eso es lo malo.»



El director consultó su reloj.

— ¿No puede esperar?

— Se lo ruego, señor director.

— Está bien — dijo el director Frank —; cuéntemelo otra vez.

No había prestado demasiada atención cuando la profesora había expuesto su queja.

— ¿Dice usted que llegó tarde? ¿Qué me dice de sus amigas?

— No contestaron mal — dijo la señorita Brun.

— ¿No? —dijo el director pensativo—. Quizás usted no habló con las otras dos.

— ¿Qué quiere usted decir? —preguntó la profesora con voz aguda.

— Quiero decir que, si usted interrogó sólo a Puck, sólo ella tenía oportunidad de contestar mal. Vamos, señorita Brun, ¿no podemos olvidar el asunto? Me parece demasiado trivial.

— Si usted piensa olvidarlo, yo me despido —contesto Else Brun.

— No lo tome así — se apresuró a decir el director —. Vaya a buscar a la chica.

En el «Trébol de Cuatro Hojas», Puck había tenido tiempo de recobrar los ánimos y repasar los acontecimientos.

— Lo malo es — dijo —, que Navio no puede bajar conmigo para hablar con el director, y es ella quien debería explicarlo todo.

— Tendrás que hacerlo tú misma — dijo Navio impaciente.

— Pareces olvidar que bajo para ser regañada — opuso Puck.

— ¡Adelante, Puck! —animó Inger.

Puck dio un golpe en la mesa.

— ¡Ya lo tengo! —exclamó—. Hablaré de entrada sobre la arboleda. Ésa será mi oportunidad.

La puerta se abrió. Era Else Brun.

— Tienes que bajar al despacho del director —ordenó como si fuera un guardián de prisiones.

Puck se levantó y pasó por delante de ella con pasos rápidos y firmes. Saltaba bajando las escaleras.

El director estaba sentado tras su mesa de trabajo. Puck vio los documentos y luego le miró directamente a él. Parecía muy enfadado.

— La señorita Brun se ha quejado. Has llegado tarde y...

— ¿Sabe usted por qué llegué tarde? — interrumpió Puck.

La repentina e inesperada pregunta confundió al director. Puck se agarró a aquella oportunidad. Vio la mirada de Else Brun, y oyó que decía, indignada:

— Oye, ¿quieres...?

Pero Puck no dejó que la interrumpiera.

— Llegamos tarde — dijo impaciente — porque descubrimos algo sumamente importante. Se trata de la arboleda, de los terrenos

no edificables, parcelaciones y todo eso.

— Pero ¿qué dices? —exclamó el director Frank, y se inclinó hacia adelante—. ¿Por qué no viniste en seguida a contármelo?

— Pensábamos subir primero a hacer los deberes.

— Estupendo —dijo el director, y luego pareció acordarse—. Llegasteis tarde, muy tarde, y contestaste mal.

Puck meneó la cabeza.

— ¿Sabe usted quién es el hombre que está detrás de todo esto; el que arregló el plan de comprar la arboleda y estropear la comarca edificando casitas?

— No —exclamó el señor Frank—. ¿Lo sabes tú?

— Sí —dijo Puck con un gesto orgulloso—. ¡Es el abogado Beck, de Sundkoebing!

La señorita Brun gritó casi histérica:

— ¡Qué barbaridad! — dijo —. ¿Quién te ha contado semejante estupidez?

— Yo no lo oí, pero Navio sí — dijo Puck con seguridad—. Cuando llamaba por teléfono en el hotel de Oesterby, hubo un cruce en la línea. Un hombre hablaba con el abogado Beck, y Navio pudo escuchar toda la conversación. Son ellos: ese hombre y Beck, quienes han comprado la arboleda. Sé la conversación de memoria porque Navio la ha repetido varias veces.

Un descapotable se había parado ante el edificio principal.

— ¡Vaya por Dios! — exclamó el señor Frank.

La esposa del director entró en el despacho.



Puck miró de reojo a Else Brun. La profesora estaba colorada como un tomate; sin embargo, la expresión de ira había desaparecido para dar paso a la confusión.

— ¿Y de qué hablaron? —preguntó el director—. Date prisa, no

nos queda mucho tiempo.

Puck se lo contó rápidamente. El director la escuchaba lleno de asombro. En aquel instante llamaron a la puerta, y el abogado Beck entró. El director le saludó, pero su actitud hacia el recién llegado era muy reservada. Poco después llegaron Herbert Dreyer y el hacendado Holm.

— ¿Llegamos puntuales? —preguntó Dreyer frotándose las manos.

Soeren Beck se aproximó a Else Brun, pero ella le dio la espalda. Los dedos del director tamborileaban sobre la mesa, Holm, al notar la tensión del ambiente, preguntó:

— ¿Llegamos en mal momento quizá?

El director Frank se sobrepuso con visible esfuerzo.

No, no —dijo—. Ha ocurrido algo imprevisto... He sabido algo y la cosa está muy complicada... Siéntense, por favor, Puck, no te vayas —añadió, cuando la chiquilla hacía intención de salir.

Todos callaban. Puck miró a la señora Frank y vio sus ojos llenos de interrogantes, pero le era imposible explicar con muecas lo ocurrido.

El director Frank carraspeó y se volvió hacia el abogado Beck. Habló lentamente e hizo un esfuerzo para mantenerse en calma.

— Señor abogado —dijo—, conocemos los nombres de los dueños de la arboleda.

— ¿Qué me dice? —exclamó Beck sonrojándose ligeramente, luego sacó un cigarrillo y lo encendió. Sus manos temblaban.

— No voy a negar que la información me ha dejado estupefacto —continuó el director.

— ¿Por qué? —preguntó Beck, confuso.

— Porque usted es uno de ellos.

Beck se apoyó en el respaldo de su silla y rió, pero su risa era poco natural, fingida.

— ¿Cree de verdad esa tontería? —preguntó.

— No es cuestión de creer —dijo Frank—. Lo sé.

El abogado Beck se levantó de un salto.

— ¿Piensa usted que voy a aguantar sus acusaciones? —exclamó—. Ya he oído suficiente.

Intentó marcharse, pero en aquel instante llamaron. La puerta se abrió y entonces fue Puck quien se sobresaltó.

Allí estaba el hombre del bigote gris y, tras él, Jes Jensen. La muchacha miró rápidamente a Else Brun, y vio que una sonrisa cordial y de alivio iluminaba la cara de la joven profesora.

«Es muy guapa», pensó Puck, y era aquélla la primera vez que pensaba así.

* * *

— En aquel momento — contaba Puck más tarde en el «Trébol de Cuatro Hojas»—, se produjo una gran confusión. El abogado Mortensen había llegado para hacer un trato y, sin darse cuenta, se metió con los ojos cerrados en las fauces del león. No tenía ni idea de la reunión sobre la arboleda, y aún menos de que todo había sido descubierto. Tampoco imaginaba que iba a encontrarse con Beck en el despacho del director. Quedó tan confundido, que dijo: «Hola, Soeren.» Y tu padre, Annelise, dijo rápidamente: «¡Usted nos había dicho que no conocía al abogado Mortensen!»

Puck hizo una pausa, y continuó:

— El abogado Beck quedó tan humillado que parecía un gusano buscando su agujero. Poco después, el propietario Dreyer, el hacendado Holm y el director Frank habían comprado la arboleda; pero creo que fueron el propietario y el hacendado quienes pagaron más dinero. Yo no me metí en el asunto.

— Buena idea —comentó Navio—. Según creo, te queda sólo una corona de tu asignación mensual. Pero ¿qué ocurrió luego?

— Que el abogado Mortensen se enfadó muchísimo y empezó a quejarse de que no sabía si podría invertir dinero en la exposición de Jes Jensen; pero de nuevo tu padre fue rápido, y dijo: «Entonces, la organizaremos nosotros.» Aquellas palabras hicieron cambiar totalmente al abogado Mortensen, que parecía un besugo. «Yo le conocí primero», casi gritó. «Admitido —dijo tu padre—, pero creí que usted se negaba a hacer la exposición.» «No dije tal cosa —gritó Mortensen—. Yo sé cumplir un trato.» Pero en aquel instante fue Jes Jensen quien tomó la palabra.

Puck hizo una pausa, y sus amigas la animaron curiosas:

— Cuenta, cuenta. Queremos saber el desenlace de la historia.

— Necesito tiempo para respirar —dijo Puck—, pero ya va: Jes Jensen carraspeó, se puso derecho y dijo, con expresión arrogante: «Yo no estoy tan seguro de que usted sea el indicado para patrocinar mi exposición, después de todo lo que acabo de oír de

usted. Un artista debe proteger su buen nombre. No puede asociarse con cualquiera.» Mortensen parecía un hombre acabado. «Pero yo le ofrecí un buen negocio», dijo con voz lastimera. La señorita Brun estaba muy impresionada y contenta. «Estoy dispuesto a darle un cinco por ciento más de lo acordado», dijo el abogado Mortensen. «¿Un cinco? ¿Cree usted que estoy dispuesto a vender mi buen nombre por un cinco por ciento?», contestó Jes tensen. «Diez», propuso Mortensen.

Aquello se convirtió en una subasta. Llegaron a un veinticinco por ciento más de lo que habían acordado, y luego Jes se volvió hacia el señor Dreyer para preguntarle qué le parecía. Éste estaba a punto de reventar de risa, pero asintió, y se sonó la nariz para disimular. Jes Jensen estaba eufórico. Aquello era un acuerdo ante testigos. Nunca he visto un chantaje así. ¡Cómo se lo merecía el abogado Mortensen!

— Ojalá hubiéramos podido presenciar la escena — suspiró Annelise.

— Dime —preguntó Navio llena de esperanza—. ¿No le pegó Jes Jensen una bofetada al abogado aquel?

— Estuvo a punto de hacerlo — dijo Puck —. Cuando el abogado Beck hizo un último intento de ponerse arrogante, se encontró cara a cara con el pintor. ¡Madre mía, cómo se asustó! Jes dijo: «¿Qué tiene que decir de todo esto, señor ventajista? Ahora voy sin bastones y no le será fácil derribarme.» Y mientras decía esto se crecía, y el abogado parecía encogerse. Luego Jes puso su puño ante la nariz del otro, diciendo: «Si yo fuera usted, me comportaría como un niño bueno.» Fue un instante que no desearía haberme perdido por todo el dinero que tengo...

—Una corona pelada — intercaló Navio.

— Teníais que haber visto a Else Brun. Estaba tan orgullosa de Jes...

— ¿Y qué más? — preguntó Annelise.

— Nada más. Hemos ganado la batalla y eso es lo que importa.

Inger se había acercado a la ventana y miró hacia fuera. En el parque paseaban Else Brun y Jes Jensen. Él le había rodeado los hombros con el brazo y toda ella era una amplia sonrisa de felicidad. Inger avisó a sus compañeras para que se acercaran a la ventana.

— ¡Felicidades, felicidades! — gritó Puck a la pareja.

— Gracias — contestó Else Brun, que saludó con la mano y mandó un beso a la chiquilla.

— ¡Vaya, vaya! — exclamó Puck —. Si no lo veo no lo creo.

— Opino que podemos estar tranquilas respecto a ella y a su clase.

— Se irá pronto — opinó Inger —. Esto terminará en boda.

— Bien —dijo Puck, y cerró la ventana—. Aún nos quedan los problemas de matemáticas.



Capítulo VI

De repente, el día parecía cambiar. Grandes nubes plomizas se juntaban en una danza diabólica y se transformaban en enormes montañas oscuras que cubrían toda la comarca.

Habían estado esperando la tormenta. Al final, incluso la habían deseado, ya que el calor se había hecho insoportable. Estaban en sus

camas sin poder dormir a pesar del cansancio.

Eran casi las doce cuando sonaron los primeros truenos, y los rayos transformaron la noche casi en día. Un nuevo relámpago, y otro..., y otro... Luego llegó la lluvia. Se oyó un ruido de catarata, y el agua cayó torrencialmente. En las casas de Oesterby las luces se encendieron y fueron cerradas las ventanas.

Sólo una casa quedaba a oscuras. Nadie en Oesterby conocía a su dueño. La gente decía que había llegado de Copenhague, pero, en concreto, nadie sabía nada. Era un tipo raro, y su presencia en el pueblo dio lugar a habladurías entre las gentes. Se había instalado en una pequeña casita, la más pobre y destartada de la ciudad, que se encontraba a unos veinte metros de la Caja de Ahorros de Oesterby.

La casita había estado vacía durante un par de años, tras la muerte del viejo Cristóbal. Alguien sabía que quien la había alquilado era de un abogado de la capital, pero tampoco eso era muy seguro. Luego había llegado aquel hombre y se había instalado allí.

El nuevo inquilino se llamaba Jens Hansen. Eso dijo al menos.

Cuando alguien le preguntaba qué iba a hacer allí, sólo recibía una contestación a medias:

«Tengo algo que debo terminar», decía.

Sin embargo, no explicaba qué era ese «algo». Le vieron en la casa trabajar con sierras y martillos, y después de algún tiempo corrió el rumor de que Jens Hansen era inventor.

«El inventor» le llamaron. El policía del pueblo le había saludado en varias ocasiones, y sólo hablaba bien de él. Jens Hansen era una persona de pocas palabras; sin embargo, no había nada raro en ello. Según comentó el policía local con el tendero:

— Por el momento no está prohibido que una persona sea callada.

Luego dejaron en paz al «Inventor». De vez en cuando recibía visita, pero tampoco había nada extraño en ello. No se levantaba temprano, sino todo lo contrario. Parecía trabajar mejor de noche, porque había luz en sus ventanas hasta muy tarde, pero las espesas cortinas no dejaban ver lo que ocurría dentro de la casa, y nunca sonaron ni gritos, ni risas en el interior. Jens Hansen era, al parecer, un hombre tranquilo.

Al final los vecinos se acostumbraron a su presencia. No hacía daño a nadie ni se metía con los vecinos, y éstos acabaron por dejarle en paz.

Sólo una persona, después de algún tiempo, hizo un comentario muy extraño en el economato, pero fue rechazado como pura habladuría: el viejo Kristian Olsen, que vivía a las afueras del pueblo, afirmó que una noche, cuando regresaba a su casa, había visto a Jens Hansen salir al jardín con una carretilla.

No hubiera habido nada extraño en ello, a no ser por la hora y porque había sacado la carretilla por la puerta trasera de la casa.

— Seguramente quería meterla en el cobertizo — opinó el tendero.

— Puede ser, pero había algo en ella — insistió Olsen.

Los demás le miraron con escepticismo.

— ¡Os lo aseguro! —repitió Olsen—. ¡Os digo la verdad! Salió por la puerta trasera con la carretilla cargada de algo.

— ¿Y qué llevaba en ella? —preguntó uno de los presentes.

— No lo sé, no pude verlo bien.

— Y tú, ¿de dónde venías? — preguntó otro.

— Pues... había ido a dar un paseo... —vaciló Olsen.

Uno de los jóvenes estalló en risas:

— Supongo que volvías del bar, ¿verdad?

Kristian Olsen se sonrojó.

— ¿Y qué? —preguntó furioso—. ¡Uno tiene derecho a tomar café!

— Claro, pero cuando se echa aguardiente en el café es fácil ver fantasmas.

Con eso terminó la discusión. Kristian Olsen estaba rabioso porque nadie se interesó ya por su relato, ni a nadie le importaba lo que estuviera haciendo el forastero.

Por eso nadie en Oesterby se enteró de lo que el «Inventor» y sus misteriosos visitantes habían planeado.

Ante las mismísimas narices de todo el pueblo habían cavado un túnel desde el sótano de la casita hasta el edificio de la Caja de Ahorros, y la tierra la habían esparcido por el huerto y el jardín. Kristian Olsen había estado en lo cierto, pero como Jens Hansen se dedicaba a cultivar hortalizas en su terreno y a cuidar su jardín, a nadie le llamó la atención la tierra removida y fresca.

Hay algo amable en un hombre que se pasa el día trabajando la tierra. Es una ocupación que da confianza a las gentes. Cuando los vecinos pasaban por la calle, saludaban con amabilidad al alto y un poco encorvado hombre de la barba negra. El «Inventor» había sido aceptado por la gente de la comarca como uno de los suyos.

La noche de la tormenta el «Inventor» se encontraba en la cocina de la casita con dos hombres.

Acariciaba su barba negra, apoyado en el respaldo de su silla. Fumaba una pequeña pipa y parecía muy contento.

— Todo está saliendo mejor de lo que se podía esperar —decía—. Hemos terminado el túnel. Todo está listo. Pronto tendremos la tormenta encima.

Los otros dos hombres eran muy distintos uno del otro. El más viejo tenía una cara grande y roja, en la que dominaba una nariz de gavilán. Sus cejas eran grises y abundantes, y llevaba un bigote descuidado. Vestía un jersey azul de marinero y un gorro negro.

El joven era rubio y de ojos azules. Vestía camisa a cuadros y pantalones vaqueros y calzaba zapatos de lona. Estaba sentado sobre un cajón, y encendía un cigarrillo. Con una amplia sonrisa dijo al hombre de la barba:

— Tengo que admitir, Benny, que en mi vida he conocido a nadie con tanta suerte como tú. Todo lo que planeas nos sale estupendamente bien. Hemos terminado el trabajo en el plazo fijado y ahora nos viene a ayudar esta tormenta, que facilitará mucho el trabajo.

Benny, el hombre de la barba, sonrió.

— Se llevarán una gran sorpresa en el pueblo cuando descubran lo que en realidad «inventé».

Los otros se rieron. El hombre de la nariz prominente dijo:

— Ahora sólo se trata de no ser descubiertos.

— Estate tranquilo, «Pescador» — dijo el joven —. Nadie sospechará de ti; nadie te ha visto llegar y nadie te verá partir. No hemos corrido ningún riesgo. Apuesto lo que quieras a que nadie en este pueblo sabe que estamos aquí.

— Claro que no — dijo Benny —. Nuestro plan es perfecto.

Se levantó, fue hasta la ventana y miró fuera.

— Por mí, ya puede comenzar la tormenta — comentó.

El llamado «Pescador» sonrió a medias.

— ¿Por qué no nos ofreces el famoso «Café de tormenta»? — preguntó.

— Pronto tendremos dinero de sobra para comprarlo — opinó Benny—, pero primero hay que trabajar.

En aquel momento sonaron los primeros truenos y la tormenta comenzó a descargar sobre el pueblo. Benny apagó la lámpara y apartó una cortina.

— ¡Fabuloso! — dijo frotándose las manos —. No podía irnos mejor. Podéis estar bien seguros de que esta tormenta durará. Tenemos tiempo más que suficiente para realizar nuestro trabajito.

Dieron media vuelta para bajar al sótano, pero en aquel instante un relámpago seguido de un fortísimo trueno les hizo comprender que un rayo había caído cerca de allí.

— Ha debido de ser en el pueblo mismo — dijo el «Pescador».

— Tanto mejor — contestó Benny, seco —. A no ser que haya un incendio, porque en tal caso toda la gente estará en la calle.

— ¿Con un tiempo así? Está lloviendo a cántaros y no habrá ningún incendio. ¡Vamos!

El «Pescador» parecía vacilar, y Benny le increpó irritado:

— ¿A qué esperas?

— Me parece —dijo vacilante—, que todo nos está saliendo demasiado bien. Tenemos demasiada suerte.

Benny se enderezó. El joven, que tenía una gran cicatriz en la cara, soltó una carcajada.

—¡Vaya! Este tipo es supersticioso.

El «Pescador» contestó, algo molesto:

— Creo que todos somos supersticiosos. ¿Tú no, Per?

Benny, que ya había bajado la mitad de los escalones del sótano, hizo un gesto impaciente:

— Hablando con franqueza, no nos has servido de mucho — dijo áspero —. Creí que sería una ventaja contar con un hombre de la comarca; sin embargo, tu comportamiento me resulta sospechoso.

El «Pescador» se restregó las manos con gesto nervioso.

— No he hecho nada malo —dijo—. Prometí ayudarte y he cumplido mi parte del trato. ¿Supongo que no piensas prescindir de mí cuando nos hayamos apoderado del dinero? ¿No pensarás...?

— ¡Qué tonterías dices! — interrumpió Benny.

— No es hora de pelearse — intervino Per —. Acabemos el ti

abajo mientras dura la tormenta.

Aunque su voz sonaba despreocupada y optimista, también él estaba nervioso por la mutua desconfianza de sus dos compañeros. Añadió:

— Todo está listo...

— Casi todo — dijo Benny.

— Pero ¿qué falta ahora?

— Un escondite para el dinero.

Un nuevo trueno ahogó sus voces.

— Es lo que yo llevo diciendo desde hace tiempo. Nos hace falta un automóvil. Además, tú, Benny, dijiste que te encargarías de encontrar un buen escondite —acusó Per.

Los ojos pequeños y astutos del «Pescador» miraron en la penumbra de uno a otro. Un relámpago iluminó la habitación, pero no duró lo suficiente como para descubrir su sonrisa alevosa.

— Yo tengo un escondite estupendo —dijo.

— Está bien — contestó Benny —. Esperemos que nos sirva. Lo mejor será quedarnos en la comarca un par de días más. No debemos ir demasiado lejos. Cuando todo sea descubierto, la policía creará que nos hemos fugado. Nos buscarán por todo el país, menos aquí. Entretanto esconderemos el dinero.

—Sería mejor que yo me alejase un poco más —opinó Per.

— No hay inconveniente —aceptó rápidamente Benny.

Aquella contestación hizo ponerse en guardia a Per.

— No estarás tramando algo, ¿verdad? —exclamó, furioso—. Estás ansioso por verme marchar. ¿Quieres todo el dinero para ti?

— ¡No me vengas con historias! Un acuerdo es un acuerdo; además, ninguno de nosotros se quedará con el dinero. Lo vamos a esconder tan pronto esté en nuestras manos. Basta ya de discusiones. Vamos.

Los tres hombres desaparecieron en el sótano. La tormenta estaba en su punto culminante. Poco después volvieron a aparecer, y Benny dijo:

— Ahora esperaremos al siguiente relámpago y haremos estallar la carga cuando suene el trueno. Cuenta tres segundos entre relámpago y trueno. Per, tenemos la tormenta sobre nuestras cabezas.

— ¡Ahora! — se oyó la voz de Benny cuando se vio el resplandor

de un gran relámpago.

* * *

La lluvia caía torrencialmente y bajaba por las calles formando pequeños lagos, donde las cloacas no podían tragar toda el agua. En huertos y campos las plantas eran aplastadas contra el suelo por la fuerza del chaparrón. El lago Ege no se veía en la oscuridad.

Cuando el rayo cayó en Oesterby, por fortuna no alcanzó ninguna casa, sino a uno de los viejos árboles del jardín del reverendo. Una rama enorme se desplomó sobre el tejado del edificio causando desperfectos. Nadie pensaba en la casita del «Inventor» ni en su inquilino. Cada uno tenía suficiente con sus problemas. Las mujeres tenían miedo. Los niños estaban quietos con grandes ojos asustados, mirando fijamente a sus mayores. Sonaron nuevos truenos.

— Ha caído otro rayo — dijo una mujer.

— No lo creo — contestó su marido para tranquilizarla.

— Sí, te digo que sí; pero esta vez el ruido era distinto y la tierra pareció temblar.

—Estás equivocada —insistió el hombre—. Sólo fue...

Un nuevo trueno ahogó su explicación. Se fue hasta la ventana y apartó un poco las cortinas.

— Ten cuidado — dijo su mujer —. Si miras cuando salta un relámpago puedes quedarte ciego.

— Tendré cuidado — contestó el hombre, pero no se apartó de la ventana. Seguía mirando fijamente hacia afuera y a poco murmuró—: Es muy extraño que alguien se atreva a salir con semejante tormenta.

— Quizás hay fuego en algún sitio —comentó la mujer.

— No lo creo. Está terminando la tormenta. Ahora pasa más tiempo entre relámpago y trueno. Se aleja hacia el Este.

— Estoy segura de que cayó un rayo — insistió su mujer—. Tú mismo dijiste que veías correr a alguien por la calle.

—



Un nuevo relámpago cruzó el cielo y el hombre cerró la cortina.

— Es cierto. Había alguien por allá fuera — dijo, pensativo —. Vi unas sombras corriendo.

* * *

El timbre del pasillo empezó a sonar. Navio fue la primera en saltar de la cama.

— ¡Vaya energía! —rió Inger—. ¿No tienes sueño? Mira cómo duermen Puck y Karen.

— Tengo ganas de ver cómo ha quedado el mundo después del diluvio — rió Navio, y apartó las cortinas de la ventana—. Hace un tiempo espléndido — exclamó, entusiasmada—, y un sol fantástico. ¡Arriba, chicas!

— ¿Y la tierra?... ¿Cómo está la tierra? —murmuró Puck medio dormida.

— Toda mojada..., incluso el lago — rió Navio.

Habían pasado una noche muy intranquila. Todos en el colegio habían estado despiertos durante la tormenta. Hubiera sido inútil pedirles que se quedasen en sus habitaciones. El director Frank había dicho que en ese caso lo mejor sería tener a los alumnos reunidos, y gran parte de la noche la pasaron en el gran comedor.

El director dijo a su esposa:

— ¿Sería demasiado pedirte que hagas «café de tormenta»? ¿Qué te parece?

La señora Frank sonrió y contestó que no sería del todo imposible si algunas muchachas estaban dispuestas a ayudarla.

Los alumnos encontraban la situación muy emocionante. La lluvia había impedido que los profesores salieran del edificio donde vivían y el director y su mujer se encontraban a solas con todos los chicos. Pero todo salió bien. Varias muchachas se apresuraron a

ayudar y pronto estuvieron todos tomando café en un ambiente festivo.

Era muy tarde cuando por fin se acostaron. Mientras daba las buenas noches desde la puerta de su despacho, el director anunció:

—Lo mejor será suprimir mañana la primera clase.

Algunos muchachos empezaron a alborotar, contentos, pero entonces sonó una voz aguda de chica que cortó en seco sus gritos:

— Pero ¡mañana es fiesta!

— Ya, claro —rió el director Frank—. Creo que me estoy volviendo un viejo distraído. Pero, fiesta o no fiesta, mañana nos levantaremos todos una hora más tarde. ¿De acuerdo?

* * *

— Deberíais levantaros — dijo Navio desde la ventana —. Hace un tiempo fabuloso y es una pena haber dormido tanto. ¡Arriba, Puck y Karen! ¿Habéis olvidado lo que tenemos que hacer hoy?

— ¡Ah, sí! — bostezó Puck —. La gran idea del profesor Strandvold. Quizá sea divertido. Una salida de observación. Alboroto y Cavador sólo hablan de eso desde hace un par de días.

— ¿A qué hora salimos? — preguntó Karen.

— Sobre las nueve, pero creo que los chicos ya salieron — comentó Navio—. Vamos.

Puck puso los pies fuera de la cama y se estiró.

— Una salida de observación — murmuró, y se rascó el cogote —. Espero que no resulte lo mismo de siempre: flores, pájaros y árboles derribados por el viento.

— Seguramente ocurrirá algo emocionante —opinó Navio de muy buen humor—. Siempre pasa algo formidablemente palpitante donde estamos nosotras.

Y no estaba equivocada.

Alboroto y Cavador, los dos inseparables amigos, habían salido ya. La idea del profesor de gimnasia había sido recibida con entusiasmo tanto por los profesores como por los alumnos. Para éstos era un juego emocionante salir en pequeños grupos y seguir rutas fijas por la comarca para luego dar cuenta de sus observaciones al regreso.

Era un buen sistema de enseñanza. No es suficiente aprenderse los libros de texto, hay que saber entender la Naturaleza, saber cómo usar los ojos y oídos e interpretar lo vivido. A Alboroto y

Cavador les habían señalado una ruta que desde el pensionado iba por la carretera hacia el Este pasando por la «Gran Granja» y Oesterby, y luego hacia el Norte, por delante de la «Granja del Este», para regresar al colegio.

Llevaban papel y lápiz para poder tomar apuntes de todo cuanto les pareciera interesante.

Momentos después, los chicos caminaban por la carretera.

— ¡Vaya truenos los de esta noche! — comentó Alboroto —. Las tormentas me gustan mucho.

— Sí, son emocionantes —opinó Cavador—. Fue una lástima haberme quedado sin película en mi cámara fotográfica, sino hubiera hecho un par de fotos de los relámpagos.

— Habrá que ser muy rápido para hacer esa clase de fotos — dio por seguro Alboroto, que no se interesaba gran cosa por la fotografía.

— Nada de eso —rió Cavador—. Pones la máquina en la ventana, dejas abierto el obturador y, como todo está oscuro, puedes esperar, sin miedo a que se vea la película, hasta que llega un relámpago. Luego cierras el obturador y ya está.

—¡Fantástico! —dijo su amigo, distraído.

Caminaban bajo un sol espléndido.

— Hemos tenido suerte con el tiempo. Si la lluvia de anoche se hubiera retrasado...

— Nada en la tierra se retrasa tanto como tú, viejo amigo. Bueno, ¿qué podemos escribir?

— Podemos empezar con el paisaje; cómo es después de una tormenta. Vamos a ver. Hay charcos en el campo y en la carretera. Las cunetas están llenas de agua. Fíjate cuántas ventanas rotas en los invernaderos del señor Piil. A mí me da la impresión de que toda la comarca estuviera como nueva, como si hubiera sido barnizada durante la noche.

— Apúntalo. Eso suena muy bien. Y tienes razón; todo está brillante como si el paisaje fuera nuevo.

Alboroto apuntaba con detalle aquellas impresiones. Cavador miraba por encima del hombro de su amigo.

— ¿Y qué más?

— Vamos a ver — dijo Cavador echando una ojeada en torno suyo —. Allí viene una moto, pero quizá no nos interese. Va a

velocidad considerable. Me extraña que alguien se atreva a conducir así, estando la carretera en tan mal estado después de la lluvia.



La moto llegaba del lado de Oesterby. Cuando se acercaba a los chicos, el hombre que iba en ella se tapó con el sombrero parte de la cara y, cuando se acercó aún más, levantó el brazo izquierdo como para ocultar el rostro. Debido al barro del camino, era difícil conducir con una mano sola, y la moto se tambaleó violentamente, pero el desconocido logró mantener el equilibrio.

— ¿Qué demonios le pasa a ese tipo? —comentó Cavadór.

En aquel momento la moto patinó y cayó en la cuneta.

— ¡Vamos! —ordenó Alboroto—. Tenemos que ayudarlo.

Los chicos empezaron a correr hacia el accidentado, pero mientras corrían vieron que el hombre se levantaba rápidamente e intentaba poner en marcha el motor. Cuando estaban a unos diez metros de él, Cavadór le gritó:

— ¿Podemos ayudarlo en algo?

Durante un instante, el tipo aquel se volvió hacia ellos. Se había puesto ya el sombrero perdido en el momento de caerse y, con un movimiento rápido, volvió a taparse la cara como para esconder su identidad. Gritando algo en tono de enfadado, cogió una piedra del suelo y levantó el brazo con gesto amenazador.

— ¡Atrás! ¡No os acerquéis!

Los muchachos se pararon perplejos. Sólo habían tenido intención de ayudarlo. ¿Por qué les amenazaba, pues? Y mientras ellos se quedaban sin saber qué hacer, el desconocido montó en la

moto y poco después había desaparecido.

— ¡Sopla! —exclamó Cavador—. Ya tenemos algo que contar. ¡Qué reacción más extraña! Debe de estar loco.

— Quizá creyó que íbamos a asaltarle.

— No digas bobadas, ¿por qué iba a creer semejante cosa? En cuanto nos vio se tapó la cara con el sombrero. Tenía miedo de ser reconocido. ¿Tienes idea de quién puede ser?

— Ninguna. No le había visto nunca. ¿Te has dado cuenta de que había algo extraño en esa moto? ¿Qué puede ser?

— Ahora sabremos si somos buenos observadores —sonrió Cavador—. Para eso hemos salido hoy. ¿Qué había de extraño en esa moto? Ya sé en qué estás pensando.

— ¿En qué?

— No llevaba matrícula.

— En otras palabras: una moto robada.

— Bueno, eso no podemos saberlo. Puede ser suya y no haber tenido tiempo de matricularla.

Quizá toda la explicación está allí. No hay que ver melodramas por todos lados. Quizás ha comprado la moto, y aunque no la ha registrado aún, no ha sabido resistir la tentación de salir a probarla. Salió bien del accidente y nosotros no podemos hacer nada más. Vamos, tenemos que seguir.

Sin embargo, los muchachos no pudieron apartar de su pensamiento lo ocurrido, y poco después se enteraron de algo más. Cuando llegaron a Oesterby, pasaron por el taller de reparaciones de Erik Joergensen y vieron a Vespa en la puerta. Parecía disgustada.

— ¡Hola! —saludó Alboroto—. ¿Qué te pasa?

Vespa contestó el saludo con un gesto, pero no dijo nada.

— ¿Estás de mal humor? —preguntó Cavador.

Vespa, la sobrina del dueño del taller, meneó la cabeza.

— Mucho peor —dijo—. El mundo está lleno de ladrones, y un gamberro me ha robado una moto.

— ¿Qué?...

— Lo que oyes. La teníamos para arreglar. Era un cacharro formidable, y ha desaparecido. Esta mañana al llegar encontramos forzada la puerta del taller y la moto había volado.

— Quizá sea la misma que vimos hace un rato en la carretera —

dijo Alboroto, y contó a Vespa lo ocurrido. La muchacha escuchó con las cejas fruncidas, y Alboroto concluyó:

— ¿Crees que es ésa la que os robaron?

— Tú lo has dicho, guapo — contestó Vespa.

— Pero, ¿esa moto no llevaba matrícula!

— Claro —dijo la chica—. La quitamos para arreglar el guardabarros.

— Ahora comprendo por qué ese tipo intentó taparse la cara — dijo Cavador —. Se dio un buen golpe al caer y debió de hacerse mucho daño.

— Algo más le hubiera hecho yo si llega a tropezarse conmigo — dijo Vespa cerrando los puños.

Alboroto y Cavador sonrieron al pensar que aquella chiquilla podía cumplir su amenaza, maestra como era en lucha japonesa.

—Tenemos que seguir nuestro camino. ¡Suerte con la búsqueda, Vespa! Si vemos algo te tendremos informada.

Los muchachos tenían ya muchas cosas apuntadas. En el pueblo pudieron añadir algo sobre la rama grande que durante la noche había caído sobre el techo de la rectoría y causado grandes desperfectos. Pero aún les faltaba lo más dramático.

Alboroto y Cavador subieron por la calle principal de Oesterby y pasaron por delante de la Caja de Ahorros. No era un gran edificio, pues se trataba de una simple sucursal. Un par de escalones llevaban hasta la puerta de las oficinas, y en el sótano estaban las cajas de caudales y el archivo.

Cuando los chicos llegaban ante la puerta, el encargado de la sucursal, el señor Larsen, salía corriendo. Llevaba el pelo alborotado y la chaqueta sin abotonar.

— ¡Socorro! —gritaba—. ¡Policía, socorro!

Los chicos corrieron hacia él.

— ¿Qué le ocurre? ¿Podemos ayudarle en algo?

El señor Larsen les miró, confuso y fuera de sí, mientras seguía gritando:

— ¡Han robado!... ¡Ladrones!... ¡Un atentado!... ¡Han volado nuestras cajas de caudales! ¡Todo el dinero ha desaparecido! ¡Hay que avisar a la policía! ¡De prisa!...

Sin esperar a los muchachos, siguió su carrera por la calle. Alboroto y Cavador le vieron desaparecer tras la primera esquina.

Luego se miraron y asintieron con la cabeza como si, sin hablar, estuvieran de acuerdo en lo que iban a hacer. Entraron corriendo en la casa.

Una joven empleada estaba tras el mostrador. Parecía casi tan excitada como el mismo encargado, pero sólo casi.

— ¿Qué se os ofrece?

— ¿Dónde se encuentra la caja? —preguntó Alboroto, que había entrado el primero.

La joven señaló con un dedo.

— En el sótano, pero no podéis bajar.

Pero, antes de que ella pudiera impedirselo, Alboroto había bajado ya la escalera.

— ¡Espera! —gritó ella—. ¡No puedes bajar, he dicho!

Y se apresuró a bajar ella también para hacerle salir.

— No tienes nada que hacer aquí —dijo.

En aquel momento se oyeron voces desde fuera. Eran el encargado y el policía del pueblo. El señor Larsen intentaba explicar lo sucedido. Los muchachos optaron por alejarse. Una vez fuera, Alboroto dijo a Cavador:

— Logré ver algo. Han hecho un túnel hasta el sótano de la Caja de Ahorros.

— ¡Qué me dices! —exclamó Cavador—. No puede ser.

— Palabra de honor.

— Pero ¿desde dónde han cavado ese túnel?

— Tiene que ser desde esa casita. Vamos a investigar.

La pequeña construcción estaba al lado de la Caja de Ahorros. Miraron por las ventanas. Parecía desierta. Entraron en el jardín y Alboroto intentó abrir la puerta trasera. Para su gran sorpresa no estaba cerrada.

Se volvió hacia Cavador con una expresión interrogativa y, como éste asintió, los dos muchachos entraron en el edificio.

No había apenas muebles: un par de camas plegables, una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa de la cocina había un pan, medio paquete de mantequilla y algunas botellas vacías.

Alboroto y Cavador se metieron por la trampa que llevaba al sótano. Sí, allí estaba el túnel que habían utilizado los ladrones. Era increíble que hubieran podido lograrlo.

— ¿No estaremos entrometiéndonos en el trabajo de la policía?

—preguntó de pronto Cavador.

— No lo creas — contestó Alboroto, que no estaba muy dispuesto a pensar en la policía. Sentía la emoción de la aventura y se puso a registrar toda la casa, a pesar de los escrúpulos de su amigo.

— Aquí tenemos una pista — dijo de repente y se volvió hacia Cavador con un papel de periódico viejo y arrugado.

— No es más que un periódico.

— Ya lo sé, pero mira esto.

Desarrugó el papel. Era un aviso de la policía: la Brigada Criminal de Copenhague buscaba a Per Nielsen, de veintidós años, acusado de robo. También había una foto del delincuente. Un joven guapo, moreno y sonriente. Parecía muy pacífico y despreocupado. Tenía una gran cicatriz sobre un ojo.



Alboroto plegó cuidadosamente el papel y se lo metió en el bolsillo.

— Espera —exclamó Cavador—. No puedes llevarte las pruebas del delito. Dentro de un momento llegará la policía y entonces, ¿qué?

— No pueden sacar nada de ese papel — aseguró Alboroto.

— Claro que pueden. Seguramente ha sido ese Nielsen el autor del robo.

— Si eso es cierto — dijo Alboroto y sus ojos brillaban —, sería fabuloso que tú y yo pudiéramos descubrirlo, ¿verdad? Además, un cachito de papel como éste no serviría de nada a la policía.

— Como quieras —dijo Cavador—. Sin embargo, no me gusta nada esto.

Alboroto no le hizo caso y su único comentario fue un alegre:

— ¡Viejo amigo! Tú y yo vamos a jugar a detectives.



—Ya conocéis vuestra ruta a seguir, ¿verdad? —preguntó el profesor de gimnasia.

— Sí — dijeron Puck, Navio e Inger al unísono.

— En realidad, Inger debía haber acompañado a Lone, pero algo imprevisto nos ha obligado a cambiar nuestros planes. Vuestro camino va hacia el este, bordeando el lago Ege, para pasar luego por la casa del guardabosques y después por el Bosque del Oeste. Haced buen uso de vuestros ojos. Hay mucho que ver. Y saludad de mi parte al arqueólogo Kjaer si os tropezáis con él.

— Descuide usted — dijo Navio.

Y las tres amigas iniciaron su marcha de observación.

— Será muy divertido saber lo que está haciendo ese arqueólogo — dijo Inger —. Dicen que vale mucho.

— Parecía muy simpático cuando tomamos anoche el «café de tormenta»; pero, de vez en cuando, su expresión era triste, como si algo le preocupase.

— Ya me di cuenta — dijo Inger —. Tiene motivos para estarlo.

El huésped del «café de tormenta», Erik Kjaer, había sido compañero de estudios del director Frank. Trabajaba en el Museo Arqueológico y había llegado a Egeborg para realizar unas excavaciones en el pantano, al oeste del lago Ege.

— Y ¿qué espera encontrar allí?

— Las ruinas de un castillo — dijo Navio —. Lo dijo durante la cena. Sería una buena idea que la Asociación de Alumnos le pidiese

que diera una conferencia.

— Si habláis tanto, no encontraréis nada que anotar en el bloc de observaciones —advirtió Inger, pero casi en el mismo instante añadió—: Sí, sí... Tiene motivos para estar triste.

— ¿Sabes algo al respecto? —preguntó Puck curiosa.

— Mucho —contestó Inger—. Tiene disgustos con su novia.

— ¡No me digas! Cuenta, cuenta. ¿Cómo lo sabes tú?

— Me lo dijo mi tía. Es amiga de la madre de Erik Kjaer. Bueno, en realidad todo es horriblemente romántico. El romance se podría titular: «Amor y ciencia». El arqueólogo estaba prometido con una chica muy elegante llamada Inga Petersen, hija del ministro Joergen Petersen. Pero el noviazgo se vino abajo, poco antes de venir Erik Kjaer para acá.

— ¿Por qué se enfadaron? —preguntó Navio,

— Incompatibilidad de caracteres —contestó Inger sonriendo—. ¿Os habéis fijado en aquella urraca? Anótalo, Puck, y mirad aquellos patos sobre el lago. Algo hay que hacer. No podemos ir charlando sin mirar siquiera a nuestro alrededor.

— Tienes toda la razón —dijo Puck mientras apuntaba—. ¿Ves? Ya tienes apuntados tus patitos, Inger; pero aún no terminaste de contarnos lo que decías sobre Inga Petersen. Me parece haber leído algo sobre ella.

— Es muy probable. Se escribe mucho de esa chica en los periódicos. Creo que ésa fue una de las razones por las que se rompió el noviazgo.

— Cuenta, cuenta —dijo Navio—. Puck puede anotar que en aquella casa hacen hoy colada. Se os había escapado, ¿verdad? Había un montón de ropa tendida en la parte trasera de la casa.

— Escribo —contestó Puck con resignación—, pero no me entero de nada. Mira, por allí corre una ardilla. ¿Apunto?

— Todo cuenta —dijo Inger—, hasta una ardilla. Además, veo un par de ciervos ahí en el claro del bosque...

— Para ser exactas, son cuatro. Creo que Strandvold estará orgulloso de nosotras. Pero, cuenta, Inger, ¿qué más sabes?

— Inga Petersen es una chica guapa, rubia, muy elegante, y ha viajado mucho por todos los países, Además, también es arqueólogo.

— Hubo un artículo sobre ella en una revista, recientemente —

interrumpió Puck—. Había estado en Grecia con su padre. Había una foto del gordo ministro en las escaleras del avión y a su lado estaba su hija. Parecía una estrella de cine.

— Sí —atirmó Inger—. Además, dicen que es muy inteligente y eso es precisamente lo malo. Erik Kjaer fue su profesor en la Universidad, pero ella tiene sus propias ideas. Mi tía me contó toda la historia...

— Pero ella la sabe por la madre de Erik Kjaer, no lo olvides — interrumpió Navio, haciéndose la sabihonda —. Seguramente la señora Kjaer no reconoce las faltas de su maravilloso hijo. Ya se sabe; las suegras...

— Mirad —dijo Puck, señalando al lago—. ¿Qué es eso que flota en el agua?

Las otras dirigieron la vista hacia el lugar indicado por su amiga.

— Yo no veo nada — dijo Navio.

— Pues algo se movía — aseguró Puck —, algo oscuro. Debí de ser algún pez o un tronco... ¿Qué más sabes sobre Inga Petersen?

— Pues, primero pasó que ella comenzó a destacar tanto que al señor Kjaer le molestó. Luego vino una colega inglesa para hacer unos estudios en el Museo Arqueológico de Copenhague con Erik Kjaer, y estuvo viviendo en casa de él.

— Pero eso es muy natural. Los científicos de todo el mundo forman una especie de hermandad, ¿no?

— Eso fue exactamente lo que pasó, y Erik Kjaer, naturalmente, se portó como todo un caballero. Pero Inga Petersen se enfadó — dijo Inger.

— Si esa inglesa era tan bien parecida como Inga Petersen — dijo Puck —, comprendo que tuviera celos.

— No, no lo creas. Todo fue una tontería. Inga no tenía motivo para sentirse celosa. No obstante, hubo un malentendido. La inglesa se fue y Erik Kjaer se vino aquí. Inga Petersen quiso acompañarle, pero él se negó. Quería trabajar en paz en sus convicciones. No puedo decir en qué consistía, pero Kjaer no estaba de acuerdo con ella. Además, creo que la chica se mostró algo impertinente porque su padre, el ministro, es quien concede el dinero para las excavaciones.

— Eso es muy ruin — comentó Navio.

— Sí —admitió Inger—; pero, como dijimos antes, sólo

conocemos los hechos por la versión de la madre de él, y esto sólo es la mitad de la verdad.

— Sí —sonrió Puck—. Allí tenemos al señor Kjaer. ¿Vamos a hablar con él?

El arqueólogo estaba en el pantano con sus ayudantes. Llevaban botas de goma y sus pantalones estaban manchados de lodo. Las muchachas estuvieron mirando durante un rato antes de que Kjaer descubriera su presencia. Cuando las vio, saludó con el brazo y se dirigió hacia ellas con una larga pala en la mano.

— Ya me dijo el señor Frank que vendríais — sonrió amablemente el arqueólogo—. Estáis haciendo una salida de observación, ¿verdad?

— Sí, señor... —contestaron las recién llegadas.

— Pues, entonces, voy a daros un buen tema. ¿Sabéis lo que estamos haciendo aquí?

Les gustaba aquel joven científico. Tanto su manera de hablar sin afectación, como sus modales agradables, le hacían muy simpático.

— Buscan un castillo, ¿verdad? —preguntó Navio.

— Dudo mucho que encontremos un castillo — dijo el arqueólogo—. No obstante, esperamos encontrar una calzada; ya sabéis, un antiguo camino empedrado.

— ¿En el pantano?

— Sí. Creo que encontraremos una calzada con puente de piedra y todo. Se han descubierto varias en este país; por ejemplo, en la costa norte.

— Pero —preguntó Puck—, ¿adonde conducía ese camino? ¿Al agua?

— Sí, eso es — rió Kjaer —. Venid, y os lo explicaré todo.

Fueron a sentarse bajo un gran árbol, donde el arqueólogo y sus ayudantes habían dejado sus equipos. Kjaer extendió un par de abrigos para que no se mojasen con la humedad de la hierba, encendió un cigarrillo y exhaló una gran nube de humo.

— Veamos —comenzó—. Allí, en medio del lago, está la isla del Caballero Volmer. Seguramente sabéis más sobre esa isla que yo. Y allá se encuentra el promontorio con las ruinas de un viejo castillo, aunque eso no tiene nada que ver con el trabajo que estamos haciendo aquí. Mi teoría es que hace muchos años, el pantano y el

lago Ege formaban un solo lago. Además, se han hecho varios hallazgos en la isla del Caballero Volmer, los cuales demuestran que allí hubo un castillo igual que el de Borremose. Si eso es cierto, encontraremos restos de una presa o de un camino que llega hasta la isla.

— Ese castillo de Borremose ¿qué es en realidad? —preguntó Navio.

— Es más fácil de explicar una vez visto — dijo el joven arqueólogo—. Deberíais ir allá alguna vez. Está en la parte sur del pantano de Borre, cerca de Aars, en la parte oeste de Himmerland. El castillo de Borremose era un castillo refugio de la primera época de la Edad de Hierro. Está situado en una colina y ocupa un espacio de ciento cincuenta por ciento ochenta metros. Hay una fosa y un terraplén alrededor de todo el castillo, y desde tierra firme se llegaba a él por un vado y luego por un camino de piedra hasta la isla.

— ¿Cómo se puede saber todo eso, así como la forma en que vivía la gente y en qué época? —preguntó Navio.

— Hay muchos medios para saberlo — dijo Erik Kjaer —. Los arqueólogos somos una especie de detectives. Encontramos una pista aquí y otra allá, sumamos dos y dos para ver si el resultado es cuatro. Y suele serlo. Por ejemplo, puedo decir que, cuando excavaban el terraplén del castillo de Borremose, se encontró una capa de tierra con trozos de cerámica y otros restos de cultura. Por la espesura de tales capas se supo si el castillo había estado sitiado o si había vivido gente allí durante una larga época. La tierra ácida del terraplén había hecho desaparecer huesos y metales, pero se encontraron vasijas de barro, restos de madera, cuerdas, telas y otras cosas. Quizás os interese saber que, entre lo encontrado, estaba el trozo de tela más antigua hallada en Dinamarca.

— ¿Cuántos años vivió la gente allí? —preguntó Puck.

— En el primer siglo después de Cristo, según nuestros descubrimientos, hubo una ciudad entera en la colina. Se han encontrado restos de más de diez casas y la más grande medía unos veinte metros de largo por seis de ancho. Estaban situadas a lo largo de una calle empedrada. Hoy en día todo el castillo de Borremose ha sido declarado de interés nacional. Fue un hallazgo verdaderamente interesante. Tenéis que prometerme que iréis a

verlo.

— Así, ¿usted espera encontrar un camino como aquél en este pantano? —preguntó Inger.

— Si.

— Y ¿qué me dice del lago? ¿Es posible que exista un camino de piedra en el fondo del lago Ege?

Kjaer frunció las cejas y tardó en contestar.

— Algunos así lo creen — dijo al final —; sin embargo, yo no comparto su opinión.

Su voz y la expresión de su cara mostraban que la pregunta de Inger le había hecho pensar en cosas desagradables. Puck y su amiga intercambiaron una rápida mirada. Seguramente aquello tenía algo que ver con la rubia señorita Inga y el noviazgo fracasado. Hubo una embarazosa pausa, luego Kjaer dijo:

—No, lo más probable sería que el camino, si es que existe, se encuentre aquí en el pantano, y que existiera un vado en el lago. Todo cambia con el tiempo. Donde hoy hay un lago antes hubo tierra firme, y otras veces ocurre lo contrario.

— ¿Cuánto tiempo piensa usted excavar aquí? — preguntó Navio.

— Eso depende del dinero — dijo Kjaer con cara sombría—. El Estado no se ha mostrado muy espléndido, pero contamos con algunos donativos privados. He pedido más dinero al Ministerio y si nos lo conceden pensamos continuar las excavaciones con más intensidad el año que viene. Es muy limitado lo que tres hombres pueden hacer, pero no disponemos de más medios este año. Mis ayudantes, esos chicos que están allí, son estudiantes que trabajan por amor a la arqueología. Sólo les pagamos los gastos. Viven en una tienda de campaña y se hacen la comida ellos mismos.

Puck estaba contemplando la isla del Caballero Volmer mientras escuchaba las palabras de Erik Kjaer. De pronto se sobresaltó. Otra vez le pareció ver algo oscuro moviéndose en medio del lago, y luego desapareció.

Se tranquilizó pensando que debía de ser algún tronco medio podrido flotando entre dos aguas. En aquel instante se oyeron gritos procedentes del pantano. Uno de los estudiantes gesticulaba violentamente. Luego se puso a correr hacia el lugar donde el arqueólogo y las muchachas estaban sentados.

Parecía muy excitado cuando les dijo, muy nervioso:

— ¡Señor Kjaer, señor Kjaer! ¡Ya no hay ninguna duda! ¡Existe una serpiente de mar en el lago Ege!

* * *

— ¿Una serpiente marina, Emil? ¿Estás bromeando? No pretenderás hacerme creer eso, ¿verdad? —exclamó Erik Kjaer.

Pero el joven ayudante no se inmutó. Parecía muy seguro de sí mismo y señaló hacia el lago.

— Allí... Bueno, ya no se ve, pero estoy tan seguro de haberla visto como de que le veo a usted. Salió del agua cerca de aquel bote.

En efecto, en medio del lago había un bote, y un pescador vigilaba su caña inmóvil.

— ¿Y allí había una serpiente marina? —preguntó sonriendo Erik Kjaer—. En tal caso, el pescador la hubiera visto.

— No, porque el pescador le daba la espalda.

— Bueno; cuéntenos despacio lo que viste — dijo Kjaer impaciente —. Siéntate y fuma un cigarrillo. Eso ayuda a calmar los nervios.

El estudiante sonrió y, tras saludar con amabilidad a las muchachas, se sentó.

— No les pasa nada a mis nervios — dijo —. Ayer comentamos también el hecho. Recuérdelo. Vi claramente algo que de pronto salía del agua y volvía a desaparecer. Estoy seguro.

— Sí, ya sé que dijiste algo al respecto; sin embargo, me incliné a dudarlo. ¿Estás seguro de no necesitar gafas?

— Tampoco les pasa nada a mis ojos.

— Cuéntenos, pues, cómo era la serpiente de mar — le dijo Erik Kjaer—. ¿Tenía manchas, era multicolor o a cuadros? ¿Cómo era?

— Puede usted reírse —dijo Emil—; sin embargo, la serpiente estaba allí. Era negra o quizá de un gris oscuro, y su piel, lisa y brillante.

— ¿Cuántos metros medía?

— Es imposible decirlo. Salió unos segundos y desapareció.

Puck escuchaba atentamente. También ella había visto «aquello», pero pensaba que debía haber una explicación menos fantástica que la de una serpiente de mar.

— ¿No cree usted que podría ser un tronco de árbol? —preguntó

—. Con frecuencia se ven algunos flotando en la superficie.

— Si se trata de un tronco, ¿dónde está ahora? —preguntó el joven.

Puck se encogió de hombros:

— Puede estar tan empapado que flote entre dos aguas, cerca de la superficie, y sólo cuando sopla el viento aparece por unos instantes.

—Yo no tengo ninguna duda —dijo Emil, rascándose la cabeza.

— ¿De veras crees en monstruos marinos, Emil?

— Tanto como creer en su existencia, no — dijo con sonrisa guasona —. Pero soy un experto en el tema. He leído mucho sobre serpientes de mar y lo sé todo sobre el monstruo del lago Ness. Podría presentarme a un concurso y ganarlo si me preguntaran sobre el tema.

— ¿Por qué no lo haces, y luego nos das el dinero para las excavaciones? Nos iría muy bien.

— ¿Cuándo se vio por primera vez el monstruo en el lago Ness?

— preguntó Inger.

— El lago Ness — explicó Emil en gracioso tono doctoral — es el más grande de los lagos del valle escocés de Glenmore. Es bastante más grande que nuestro Ege. Tiene una anchura de dos kilómetros por casi cuarenta de largo y forma parte del canal Caledónico. El monstruo se vio por primera vez en el año 1890 y, naturalmente, despertó gran expectación en todo el mundo. Pero transcurrieron treinta y tres años sin que nadie más viese aquella serpiente. En 1923, un hombre afirmó que había visto de nuevo la serpiente de mar en el lago Ness y, a principio de los años treinta, hubo otro testigo que daba fe de la existencia de tal monstruo. Intentaron encontrarlo e incluso se hizo una fotografía, pero la foto carece de valor. Parece más bien un tronco retorcido flotando en el agua.

— Hay otra cosa — rió Erik Kjaer —. No olvides que el monstruo es visto siempre durante la época del año llamada «la temporada del pepino», o sea el verano, cuando los periódicos tienen pocos temas de que hablar.

— Bueno, pero allí no está toda la explicación — dijo Emil—. Varios científicos han ido al lago Ness para tratar de resolver el misterio y nadie se atreve a negar la posible existencia de individuos supervivientes de alguna especie de saurio prehistórico

de los que poblaron la tierra hace millones de años. Se dice que el monstruo mide unos diez metros y se parece a las serpientes, pero naturalmente nadie ha tenido la oportunidad de medirlo.

Las muchachas escuchaban con gran interés y Navio preguntó:

— ¡Cáspita! ¿Cree usted que un bicho así puede salir del agua?

— No — rió Emil —. No lo creo.

— Un millón de gracias. Esto me tranquiliza mucho — dijo Navio y, tras pensar un poco, añadió—: Pero... Se me ocurre una idea. ¿No será esto una broma de Alboroto y Cavador?

Inger se levantó riendo:

— Bueno, nosotras debemos seguir nuestro camino. Tenemos que cumplir el itinerario. Gracias por todo lo que nos ha contado.

Poco después, los dos arqueólogos volvieron al pantano. Erik Kjaer se volvió y saludó a las muchachas con la mano. Inger, Puck y Navio siguieron su camino en dirección norte.

— Es muy simpático —dijo Navio—. ¡Qué lástima que tenga problemas con la hija del ministro!

— Cuidado — advirtió Puck —. Tienes vocación de casamentera. No te metas en los asuntos de los demás.

— No, claro; pero no creo que tú seas la más indicada para decírmelo — dijo Navio enfadada —. Si hay alguna persona en este mundo que meta su nariz en los asuntos ajenos, ésa eres tú.

—Vamos, vamos —intervino Inger—. Si queréis saber la verdad, las dos sois muy propensas a intervenir en los asuntos del prójimo.

La paz había sido salvada.

— Me gustaría —dijo de pronto Puck— que otorgaran el dinero al señor Kjaer. Sería muy divertido que un grupo de arqueólogos vinieran a hacer excavaciones. Se detuvieron a la orilla del lago.

— ¿Podéis imaginaros cómo era todo esto hace dos mil años? — dijo Inger—. Allá, en la isla del Caballero Volmer, el castillo, y un puente de piedra que cruzaba el pantano. Es fantástico.

De repente, en el bosque se oyó el estrepitoso petardeo de una moto.

— ¿Quién será ese loco? — preguntó Puck furiosa, mirando entre los troncos.

— ¡Allí va! — dijo Inger señalando.



No le conozco, ¿Adonde irá? —se preguntó Puck.

— Parece que va hacia las ruinas.

— ¡Qué extraño!

— Quizá se trate de un turista perdido.

— Quizá. Vamos a cerciorarnos.

— Ten cuidado —dijo Inger sintiendo un escalofrío—. Acuérdate de la banda de delincuentes juveniles.

— Sí — asintió Puck —. Ojalá Vespa estuviera aquí. Es una buena guardaespaldas. Mirad; allí hay una paloma torcaz. Apunto. Deberíamos hacer una lista sobre las flores también.

— Es una buena idea — aceptó Inger —; pero tendremos que ir hasta las ruinas, allí hay mucha variedad.

Poco después habían llegado al pequeño promontorio. En otros tiempos, las ruinas habían sido un hermoso castillo; ahora sólo quedaban trozos de muro y la hierba crecía muy alta a su alrededor. Para las muchachas, ir a aquellas ruinas era siempre una aventura.

El castillo había sido edificado en su tiempo sobre la colina de la punta del promontorio. Seguramente aquella colina fue alguna vez una isla y la hondonada entre la colina y el bosque un pantano difícilmente transitable. Aún en la actualidad había que conocer muy bien el camino para no meterse en los lodazales. Había un pequeño sendero, pero incluso éste no siempre era transitable, y después de la tormenta nocturna todo estaba lleno de lodo y el sendero que subía por la colina se presentaba resbaladizo.

Las muchachas avanzaban en fila india. Puck iba delante. De repente se detuvo y se volvió hacia sus dos amigas para preguntar:

— ¿Dónde se habrá quedado aquel tipo de la moto?

— Debió de ir hacia el norte al Bosque Noerre — opinó Inger.

— No — dijo Puck —; oí el motor hace un instante. Tiene que estar por aquí.

Mientras caminaban, escucharon un silbido procedente de las ruinas, y luego una voz:

— ¡Pero! ¿estás ahí?

— Sí, ahora subo, Benny. Esto está muy resbaladizo.



— ¡Calla! No grites —sonó la voz del otro—. Alguien venía por el bosque hace un momento.

— ¡Bah! Unas mocosas. Las vi. Ya se fueron.

Puck se puso un dedo sobre los labios para pedir a sus amigas que no hablasen. Obedeciendo a otro gesto de Puck, se escondieron tras unas ortigas altas y se pusieron a escuchar.

— Debías haber subido por el otro lado —dijo el hombre de las ruinas al que llegaba.

Puck asomó la cabeza y pudo verlo. Era un joven rubio que vestía pantalón vaquero azul y camisa a cuadros.

— Estoy atrapado — rió —. No hago más que resbalar hacia atrás. No hay donde agarrarse.

— Baja de nuevo y sube por el otro lado, bordeando el lago. Es mucho más fácil. ¿Tienes ya las provisiones?

— Sí — asintió el llamado Per —, pero no compré en Oesterby. Me fui a otro pueblo.

— Has hecho bien. En Oesterby hubiera sido peligroso. ¿Dónde dejaste la moto?

— Detrás de unos arbustos. Allí nadie la encontrará. Compré

unas salchichas de Francfort, pan, un par de botellas y queso.

— ¡Hum! — dijo contrariado el hombre de arriba —. Estoy hasta la coronilla de tanta salchicha de Francfort. Menos mal que ya nos queda poco tiempo de estar aquí.

— Bueno, allá voy — dijo el llamado Per.

Puck vio al joven del pantalón tejano deslizarse pendiente abajo y luego comenzó a subir por el lugar donde las muchachas estaban escondidas. Llevaba una bolsa de papel y Puck pudo leer las palabras «ULTRAMARINOS SOENDERSOE». Soendersoe era un pueblo al sur de Oesterby, yendo hacia Sundkoebing. Se escondió pegada al suelo y su corazón casi se paró al ver que el joven había llegado junto al escondite de las chicas tras las ortigas. Retuvo la respiración.

— Más hacia el bosque. Per —oyó que decía el hombre de arriba.

«Ahora va a tropezar con nosotras», pensó Puck, y empezó a buscar una explicación de su presencia para cuando fuera descubierta. Pero en aquel instante el llamado Per soltó una carcajada y contestó:

— Crees que soy tonto. No pienso meterme entre tantas ortigas.

Puck le vio muy cerca de ella. Por suerte, tanto ella como sus dos amigas vestían ropas de tonos apagados: pantalones azules y camisas lisas.

El joven se había detenido. Al parecer no sabía si ir hacia la derecha o hacia la izquierda.

Puck se dio cuenta de que tenía una cicatriz sobre un ojo, la cual le recordaba algo, quizás una foto que había visto; sin embargo, no logró acordarse en aquel momento y lo olvidó.

Per giró y se fue hacia el lago. Puck y sus amigas respiraron aliviadas. Cuando oyeron que el tipo aquel pisaba la grava de la orilla del lago, Inger musitó al oído de Puck:

— Creo que lo mejor será marcharnos.

— Ni hablar —contestó Puck también en voz baja—. Ahora viene la emoción. Hay algo misterioso en esos dos hombres. Tenemos que averiguar lo que hacen. Venid. Pasaremos por el otro lado.

— ¡Estás chiflada! ¿Y si nos descubren?

— No ocurrirá si nos mantenemos a distancia. ¡Vamos!

Sigilosamente, las tres amigas salieron de su escondite, teniendo

mucho cuidado de mantenerse ocultas tras los arbustos, y avanzaron hacia el norte del promontorio. Luego se sentaron entre unos matorrales a la espera de los acontecimientos. Desde allí veían a Per subiendo la pendiente hacia las ruinas.

Momentos después, el tipo llamado Benny gritó en dirección al lago:

— ¿Está todo en orden, Soeren?

Y desde el lago llegó la contestación:

— Todo en orden.

— ¿Y eso?

— Debajo del bote — dijo la voz desde el lago.

— Está bien. Aguanta un poco más. Mañana nos vamos.

Per, que ya había llegado hasta la cima de la colina, dijo enfadado:

— Ten cuidado, no grites tanto. Pueden oírlos.

— Tú eres el que debe callar —contestó Benny—. Yo tengo el mando.

—Pero —protestó Per— puedes meternos en líos. Imagínate si la «poli» está por aquí cerca...

— Aquí no hay ningún polizonte. Puedes estar tranquilo. Sé muy bien lo que hago. Es muy importante mantener el contacto con «Pescador». No confío en él. Si cree que no le vigilamos, puede intentar cualquier cosa.

Puck e Inger intercambiaron una mirada. Luego, lenta y cautelosamente iniciaron la retirada hacia el bosque. Cuando se habían alejado lo suficiente, se detuvieron bajo un árbol.

— ¿Qué os parece? — exclamó Navio.

— Esos tipos andan huyendo de la policía — dijo Puck —. Creo que hemos oído hablar de ese «Pescador», ¿verdad?

— Sí —asintió Inger—. Soeren, el «Pescador», vive por estos alrededores. No tiene muy buena fama. Recuerdo haber oído hablar de él en otra ocasión. Trabaja de vez en cuando en el puerto de Sundkoebing, pero vive cerca de aquí. También trabaja de jornalero en las granjas.

— ¿Qué hacemos ahora? — preguntó Navio.

— No lo sé — dijo Puck, encogiéndose de hombros —, ¿Qué debe de estar haciendo ese tipo en el bote? ¿Por qué tienen que vigilarle? No lo comprendo. ¿Y qué quería decir cuando hablaba de

«eso» bajo el bote?

Inger miró en derredor.

— En realidad, me interesa más saber qué ha sido de Merete y Karen — dijo—. Deberíamos habernos cruzado con ellas por aquí.

— Quizá hayan regresado por el bosque o tomado el camino hacia el norte, bordeando la parte este del lago. De todos modos creo que va siendo hora de que regresemos al colegio. ¿Qué vamos a hacer respecto a esos hombres de las ruinas? — insistió Puck.

— Nada, según mi opinión — dijo Inger —. Ni siquiera sabemos lo que están tramando. Debe tratarse de pescadores sin licencia. Se necesita un permiso especial para pescar en el lago Ege.

Las muchachas optaron por esta solución y continuaron sus observaciones hasta llegar a la parte norte del lago. Allí dieron un pequeño rodeo hasta los matorrales de la orilla, para ver si había pájaros interesantes. Y, de pronto, Inger se paró, extrañada.

—¿Qué es eso que se ve bajo aquel arbusto? —dijo.

— Es ropa — observó Navio.



Las tres se acercaron para examinar su hallazgo. Eran un pantalón azul, una camisa con topos y un par de sandalias.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó Puck—. ¡Es la ropa de Merete!



CAPÍTULO VIII

¿Pero qué hace la ropa de Merete aquí? — preguntó Puck —. No es posible que haya ido a bañarse. No, no puede ser...

— ¿Por qué? —dijo Navio—. A Merete le gusta mucho nadar.

— Entonces, ¿dónde está Karen? Además, ¿estás segura de que ésta ropa pertenece a Merete? —preguntó Inger escéptica ante aquellas suposiciones.

—Tiene que ser la ropa de Merete — dijo Puck —. Me parece reconocerla.

Se quedaron un rato mirando el montón de ropa y Puck se sintió invadida por el terror. Tuvo un presentimiento espantoso. Podía ser que Merete hubiera tenido un accidente nadando. Tenían prohibido bañarse en el lago Ege. Era peligroso.

Sólo cuando una profesora estaba presente podían hacerlo.

Puck se inclinó de nuevo sobre el montoncito. Sí, la blusa y el pantalón vaquero...

— Tiene que ser,.. —dijo, pero no terminó la frase. Mientras sus amigas se quedaban allí, ella se fue hasta la orilla. Había en aquel lugar una pequeña playa en forma de media luna. Pequeñas olas lamían la arena. El agua estaba fresca y limpia; invitaba a tomar un baño bajo los rayos del sol.

Sin embargo, no era propio de Merete hacer una cosa como aquélla. Era una chica sensata y no solía olvidar las prohibiciones y advertencias.

«¿O quizá sí? — se rectificó a sí misma.

Puck estaba preocupada de verdad. Intentó rechazar sus pensamientos, pero fue en vano.

— ¿Será posible...? —empezó.

Inger la interrumpió:

— ¿Estás pensando lo mismo que yo? ¿Piensas que Merete...?

Puck asintió.

— ¡Ay no! —dijo Navio con voz temblorosa—. No digáis eso. Yo también estaba pensando que quizá Merete se echó a nadar y...

Sus ojos estaban llenos de terror.

— Y si de veras hay una serpiente de mar allí dentro... —dijo.

A pesar de la seriedad del momento, Puck no pudo evitar una sonrisa.

— Cuidado con tu imaginación, Navio —le dijo—. No hay ningún monstruo. Pero cabe la posibilidad de que Merete se haya echado al agua y que, entonces...

— Pero, ¿dónde está Karen? — dijo Inger.

—Podemos llamarlas a gritos — propuso Puck.

— Es una buena idea — dijo Inger.

Las muchachas gritaron hasta desgañitarse los nombres de Karen y de Merete; pero no hubo respuesta. Soeren el «Pescador» seguía inmóvil en su barca. Al oír los gritos de las chicas volvió durante un momento la cabeza para mirarlas, pero no les hizo caso.

— Su aspecto no es muy agradable que digamos — comentó Navio —, Por cierto; él debe de haber visto si Merete ha entrado en el lago. ¿Y si le preguntásemos a él?

— No creo que nos pueda entender. Está demasiado lejos.

— Tampoco creo que quiera hablar con nosotras —opinó Inger—. Estará molesto por los gritos. Habremos espantado los peces.

— ¿Y Merete? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Puck preocupada

— Yo sigo pensando en la serpiente de mar — dijo testaruda Navio.

— ¡Tonterías! —le cortó Puck irritada—. Ya te dije antes que las serpientes ésas no exis...

Se interrumpió horrorizada.

— ¿Qué pasa? —preguntó Inger.

— El mons... ¡El monstruo! —hipó Puck—. ¡Lo vi!

Navio no pudo contener un chillido.

— ¿Lo viste? — gritó histérica, y sus ojos se abrieron desmesuradamente—. ¿Lo viste de veras?

— Sí —dijo Puck dudando de si misma—. Quiero decir... Claro que no lo vi... Quiero decir..., que vi algo... Pero no una serpiente; ya te dije que no existen...

— Entonces ¿qué fue lo que viste? —preguntó Navio nerviosa.

Puck no supo qué contestar, e Inger inquirió:

— ¿No será posible que hayas visto a Merete nadando?

— No —dijo Puck decidida—, nada de eso. No era un ser humano; estoy segura. Ojalá supiera qué hacer. Estamos diciendo tonterías y quizá Merete necesita nuestra ayuda.

— Pero no lo sabemos con seguridad — dijo Inger —. Lo único que podemos hacer es volver con el señor Kjaer y contarle lo ocurrido. Por el momento, sólo tenemos la ropa como prueba y el hecho de que no sabemos el paradero de Merete.

— Respecto a la serpiente de mar, creo que debemos olvidarnos de ella, aunque hayas visto algo en el agua. Seguramente se trata de un tronco. Tú misma lo dijiste antes.

— Está bien — dijo Puck —, claro que debe de ser un tronco. Vámonos.

Las tres amigas se apresuraron. Corrían cuanto podían, siguiendo el sendero del bosque. Por eso no vieron a los dos hombres de las ruinas. Poco antes de llegar al pantano, Puck se detuvo e hizo un gesto a las demás para que se parasen.

— ¿Qué vamos a contarle? —preguntó—. Nos han ocurrido tantas cosas: la serpiente, el pescador y, finalmente, Merete. ¿No sería mejor hablarle sólo de la ropa que encontramos?

— Sí, será lo mejor. Si no, creará que estamos completamente chifladas, y que somos víctimas de nuestra propia imaginación — asintió Inger—. Además, nuestra preocupación es sólo por Merete. Lo demás carece de importancia.

— ¿También el monstruo? —preguntó Navio.

— Tomaremos el asunto de la serpiente de mar con más calma — propuso Inger, dando una palmada amistosa a su amiga.

El arqueólogo acababa de salir del pantano cuando las muchachas llegaron hasta él.

—¡Hola! —saludó—. No habéis tardado mucho.

Sacó una pipa de su bolsillo y empezó a llenarla. En pocas palabras, Puck le puso al corriente de la situación y la sonrisa abandonó su cara. Estaba muy serio.

— ¿Estáis completamente seguras de que la ropa era de vuestra compañera? —preguntó.

— Sí — dijo Puck —. ¿De quién si no?

— No, claro. Yo no sé mucho de estas cosas. Pero ¿creéis que ha podido irse a nadar sola?

— No lo sé — dijo Puck —; pero nos hemos asustado mucho. ¿Quiere usted ayudarnos, por favor?

— Naturalmente —dijo Kjaer—. ¡Vamos ahora mismo!

Y fueron corriendo hasta la pequeña playa.

— ¿Dónde está la ropa? — preguntó el arqueólogo.

— Ahí — dijo Navio señalando con el dedo.

Corrió hacia el lugar donde la habían encontrado, pero la ropa ya no estaba bajo el arbusto.

—Pues... ¡No está! —dijo extrañada—. Debe de estar por allá.

— No, no —dijo Puck—. Estaba bajo ese arbusto exactamente. Pero...

Para su sorpresa, la ropa había desaparecido.

— ¿Estáis seguras de no haber visto visiones? —preguntó Kjaer sonriendo.

De nuevo sacó la pipa del bolsillo, que antes no había tenido tiempo de encender. Le aplicó una cerilla y, entre las azules nubes del humo, contempló a las muchachas con una sonrisa burlona.

— ¿Estáis seguras de no tener demasiada imaginación?

— ¡Segurísimas! —contestó Inger.

Puck no dijo nada. Empezó a recorrer la playa, sin comprender nada. La ropa había estado allí; lo sabía con toda seguridad. Se acercó a la orilla examinándolo todo con detenimiento. Le pareció ver huellas, como si alguien hubiera salido del agua, y... ¡No eran huellas humanas! Entonces ¿de qué podía ser?

Un poco avergonzada se reunió con los demás.

— No, no encuentro ninguna explicación — dijo —. Siento muchísimo haberle molestado; sin embargo, la ropa estaba aquí mismo. Tiene usted que creernos.

— Por el momento, prefiero creer que fue una jugarreta que os gastó vuestra imaginación, hijitas.

— ¡Pero, a la luz del día...! —protestó Navio—. Además, también vimos al monstruo.

— ¡Ya! —dijo Kjaer—. ¿También vosotras?

— ¡Seguro! —dijo Navio.

— ¿Lo viste tú misma?

— Pues... —Navio vaciló—. Yo no, pero Puck sí.

— ¿Y quién de vosotras vio la ropa? — preguntó Kjaer exhalando una bocanada de humo.

— Las tres.

— Y ya no está —dijo Kjaer divertido—. Tengo la solución: la serpiente de mar se comió la ropa.

Navio dio un chillido nervioso, luego se puso a reír. También Puck rió. Luego su expresión se tornó seria.

— Puede haber otra solución — dijo —. Alguien pudo robar la ropa.

— ¿Quién iba a hacerlo?

— Pues, no sé. Sólo...

Puck calló. Había una posibilidad. Los dos hombres de la colina le parecían dispuestos a todo. Quizás eran unos ladrones.

El tono de voz del señor Kjaer y la expresión de su cara mostraron tal escepticismo que Puck decidió guardarse el resto de sus explicaciones. Hasta aquel instante había metido bastante la pata. ¿Qué pensaría el señor Kjaer de ellas?

— Bueno —dijo el arqueólogo—; creo que me vuelvo a mi pantano. Tengo trabajo y no creo que necesitéis mi ayuda, de momento.

— Sentimos mucho haberle alarmado sin razón — se disculpó Inger —; pero no podíamos saber...

— Olvídalo. Me ha sentado muy bien la carrera. Además, vuestra compañía me es muy grata.

Kjaer saludó con la mano y se marchó. Las muchachas aún estaban en la pequeña playa sin poder decidir qué hacer. Por fin se levantaron e iniciaron el regreso por donde habían venido.

— ¿Os habéis dado cuenta de lo que hace el tipo de la barca? — dijo Navio de repente—. Viene hacia tierra firme.

— Es verdad. ¿Habrá pescado algo ya?

— ¿Qué os parece si nos metemos en el bosque? —dijo Puck —. No me gusta que nos vea.

— ¿Por qué? Nosotras no hemos hecho nada malo.

— No —contestó Puck—; pero quizás él sí. Hay algo misterioso en ese tipo. No puedo explicar qué es. Tal vez sea sólo lo del permiso de pesca. Seguramente vio a alguien en la otra orilla y ha tenido miedo. Quizá por ello rema hacia el promontorio.

— Pero conoce a los dos hombres de la colina — añadió Inger—. Me pregunto qué hacen esos tipos en las ruinas.

— ¡Ah! — sentenció Navio —. Deja ya de ver fantasmas a la luz del día. El hombre ha estado pescando sin permiso y ahora va a reunirse con sus compinches. Lo que deberíamos hacer es ir a preguntarle si sabe algo de Merete. Es muy posible que haya visto una chica nadando en el lago.

— Sí, tienes razón —asintió Puck.

Y empezaron a caminar en dirección a las ruinas. Desde donde se hallaban podía ver que el «Pescador» había llegado a la orilla y había varado el bote en la playa. En aquel momento iba hacia la colina, llevando algo en la mano, algo que las muchachas no podían distinguir.

— ¿Será eso lo que ha pescado? —preguntó Puck.

— Claro —dijo Inger sin gran interés.

— No creo que sea pescado — dijo Puck —. Más bien parecen un par de bolsas. ¡Qué misterioso! Creo que lo mejor será no preguntarle nada. Antes, cuando gritamos, miró hacia nosotras y su cara no parecía muy amistosa. Si ahora vamos a interrogarle, seguramente nos tratará con insolencia. Quizá será mejor que nos vayamos de aquí...

De nuevo cambió de parecer.

— No —musitó—. Nos quedaremos para ver adonde se dirige. No veo a los otros dos. ¿Se habrán marchado ya?

— Es posible — opinó Inger —. Quizás ellos robaron la topa.

El hombre de la barca había llegado hasta la colina. Andaba con dificultad debido al mal estado del sendero. Pronto desapareció entre las ruinas, tras silbar una señal. Había mirado en derredor como si tuviese miedo de ser observado.

— Es muy misterioso — dijo Puck —. ¿Por qué andará escondiéndose?

Estaba completamente convencida de que Soeren el «Pescador» y los dos hombres misteriosos estaban planeando algo delictivo, y

sentía deseos de acercarse a las ruinas. Pero ¿cuándo tendría oportunidad de hacerlo? Si tenía que esperar a que aquellos hombres se marcharan, podían transcurrir varias horas, y en el colegio las esperaban.

— Creo que es suficiente por hoy —dijo—. Debemos volver al pensionado.

— Sí, será lo mejor — opinó Inger —. Además, tenemos que escribir lo que hemos visto y oído. —¿Qué hay de la ropa?

— No comprendo lo que ha podido pasar aquí, pero, démonos prisa, quizá la explicación del misterio nos espera en el colegio.

Y las muchachas empezaron a correr. En la explanada del pensionado de Egeborg estaban reunidos los alumnos mayores para dar sus informes al profesor Strandvold. Puck y sus dos amigas se detuvieron asombradas. Allí, en la escalera del edificio principal, estaba Merete.

— ¡Qué contenta estoy de verla — dijo Puck —, y de que no le haya ocurrido nada!

Cuando se aproximaron un poco más, se dieron cuenta de que aquella ropa del bosque no pertenecía a Merete. La blusa que llevaba era de rayas y no de topos.

— ¿Por qué me miráis así? —rió Merete—. ¿Le pasa algo a mi ropa?

— No — dijo Navio —; sólo que estamos muy contentas de verte. Creimos que...

— Creimos que — se apresuró a decir Puck — nos íbamos a encontrar en el bosque.

— ¿No fuiste a nadar? — preguntó Navio.

— Claro que no. Está prohibido.

— ¡Silencio! —sonó la voz de Strandvold—. Vamos a escuchar la información que nos traen estos jóvenes caballeros.

Alboroto y Cavador estaban explicando lo que habían visto durante su trayecto. Contaban con gran dramatismo lo ocurrido con el motorista que ocultaba su cara y les amenazó con una piedra. Lograron que sus oyentes se emocionaran cuando llegaron a la descripción del robo con dinamita en la Caja de Ahorros y terminaron explicando que la moto había sido robada en el taller de Joergensen.

— ¡Estupendo! —aprobó Strandvold cuando terminaron—. Ha

sido una buena información. ¿Hay algo más?

Alboroto vaciló. Estaba a punto de contar algo sobre el recorte de periódico que había encontrado en la cabaña; no obstante meneó la cabeza:

— No, señor Strandvold —dijo—. Creo que eso es todo.

— Bien. Es suficiente. ¿A quién le toca informar ahora?

Cuando todos habían dado cuenta de sus aventuras, fueron llamados a almorzar. Alboroto se acercó a Puck y le dijo en voz baja:

— Me gustaría hablar contigo. Tengo algo que decirte.

— Voy a lavarme las manos antes de comer — dijo Puck —. ¿No puedes esperar hasta después del almuerzo?

— Sí, quizá sea lo mejor.

Puck se quedó pensativa. ¿Qué tendría que contarle Alboroto?

Después del almuerzo se encontraron en la explanada, y juntos caminaron hacia la orilla del lago.

— Voy a enseñarte una cosa — dijo él, y sacó la página del periódico—. La encontramos en la casita vecina a la Caja de Ahorros. La tomé, aunque Cavador me dijo que no lo hiciera. Sin embargo..., quizá nos sirva de algo. Creo que está relacionada con el robo. Puck desplegó el papel y leyó rápidamente el texto. Cuando vio la foto del hombre de la cicatriz se sobresaltó. Comprendió que una gran aventura estaba en marcha.

— Yo he visto a este hombre hoy —informó la muchacha.

— ¿Qué? —exclamó Alboroto con ojos de asombro.

— Sí. Estoy segura. Pero no era moreno, sino rubio. Debe de haberse teñido para intentar pasar inadvertido. Pero la cicatriz le delata... La vi. La tenía sobre un ojo.

— ¡Eso es asombroso! — exclamó Alboroto.

Puck le contó dónde había visto al joven, y terminó diciendo:

— Lo más correcto sería entregar este papel a la policía.

— ¿Estás chiflada? —gritó Alboroto—. ¡Tenemos en la mano la oportunidad de resolver este caso! Sabemos quién es él, dónde está y seguramente Erik Kjaer y sus dos estudiantes nos ayudarán. Imagínate si tú y yo lográramos resolver este asunto. ¡Sería un gran triunfo para el pensionado de Egeborg!

Puck sabía muy bien que debía frenar el loco optimismo de su amigo. Sin embargo, el entusiasmo de él, tenía que admitirlo, era

contagioso.

— No sé... —dijo vacilante—. Deberías contárselo todo a la policía, porque ahora empieza a rodar el alud.

* * *

Sí; el alud rodaba ya de verdad. Por momentos, Puck estaba más convencida de que lo único razonable era ir a la policía.

Pero, por otro lado, ¿qué iba a decirles? ¿Que ella había visto un hombre con una cicatriz? ¿Quién le aseguraba que se trataba del mismo tipo buscado por la policía? En la foto del periódico, el joven era moreno, y aquél que Puck vio tenía el cabello rubio. Había muchas personas con cicatrices en la cara.

¿Qué estarían haciendo aquellos tres hombres en las ruinas de la colina? Puck estaba confusa y durmió muy mal aquella noche. Los pensamientos no la dejaban descansar. Al final se dijo a sí misma que lo mejor sería frenar un poco su imaginación.

Por fin se quedó dormida; pero soñó con hombres con cicatrices, que pescaban serpientes de mar.

Al día siguiente era domingo, y la policía hizo una visita al pensionado, pero Puck ya se había ido a dar un paseo por el bosque.

Tenía ganas de acercarse a las ruinas por si lograba encontrar alguna pista de tanto misterio. Navio y Karen habían salido en sus bicicletas, e Inger estaba escribiendo una carta a su casa.

Así, pues, Puck se enfrentó sola con el problema. En realidad, se sintió muy contenta de que así fuera, porque tenía sus teorías, que no eran compartidas por sus compañeras. Así evitaría discutir con ellas. Por la mañana había intentado explicarles la situación mientras se vestían.

— Estov completamente segura —les había dicho— de que hay una relación entre el robo en Oesterby y los tres hombres de la colina.

Pero Karen, Inger y Navio se habían limitado a reírse,

— Es curioso, Puck — comentó Navio —; sueles ser capaz de sumar dos y dos, pero en este caso me parece que estás muy equivocada. Si tú hubieras robado un montón de dinero, ¿te quedarías cerca del lugar del crimen, donde todo el mundo pudiera verte?

— Primero —había contestado Puck—, yo jamás robaría...

— ¿Tampoco verías una serpiente de mar? — se había burlado

Karen.

Navio fue la única que se puso al lado de Puck.

— Vimos la serpiente — informó,

— No quiero saber ni una palabra más de ese bicho — gritó Karen—. No creo en su existencia.

Y así terminó la discusión; pero cuando Puck hubo terminado de desayunar se fue al bosque.

En el parque se encontró con Alboroto.

—¿Adónde vas? —preguntó.

— Voy a capturar ladrones —rió Puck—. ¿Vienes?

— Me gustaría muchísimo —dijo Alboroto—, pero he de ir a entrenarme con el equipo de fútbol. —Yo también había decidido ir a cazar ladrones, pero no se puede ser detective y delantero centro al mismo tiempo, ¿verdad? Hablaremos a la hora de comer.

— De acuerdo —dijo Puck—, pero ¿sabes una cosa? Respecto a aquel recorte de periódico...

— Sí — dijo Alboroto —, es posible que lo mejor hubiera sido entregárselo a la policía.

— Seguro — dijo Puck —, quizá haya retrasado toda la investigación.

Alboroto parecía angustiado.

— No sé cómo se me ocurrió tomar esa decisión — dijo — Quería por todos los medios arreglar el asunto yo solo, pero más tarde tuve que admitir que mi conducta fue deplorable.

—¿Qué hacemos ahora?

Alboroto se rascó el cogote:

— Ojalá lo supiera — confesó.

Mientras hablaban, un gran automóvil negro llegaba lentamente por la entrada del pensionado hacia el edificio principal.

El chófer bajó del coche y abrió la portezuela. Un hombre mayor, bastante gordo, salió con una gran cartera bajo el brazo. Como no vio a ninguna persona adulta, saludó a Alboroto y a Puck.

— ¡Hola, hola! —dijo—. ¿Es éste el pensionado de Egeborg?

— Sí, señor.

— ¿Sabéis dónde se encuentra el doctor?... Quiero decir el arqueólogo... ¿Cómo se llama?

— ¿Kjaer?

— Sí; Kjaer. ¿Sabéis dónde está?

— Creo que está trabajando en el pantano — contestó Puck

—¿En el pantano? —se extrañó el recién llegado—. ¿Qué pantano?

— ¿Quiere usted hablar con él?

— Sí. Es muy importante.

Puck había reconocido al caballero gordo. Era el ministro Joergen Petersen en persona.

— Yo iba a ir allá. Si el señor Ministro lo desea, me encantaría mostrarle el camino.

— ¿Podemos ir en el coche? —preguntó el hombre.

— Sí. ¿Quiere usted hablar primero con el director Frank?

— ¿Frank? Acabas de decir que se llama Kjaer.

— Yo hablo del director del pensionado —explicó Puck.

— ¿El director Kjaer?

— No; el director, señor Frank.

Puck y Alboroto se esforzaron para no romper a reír. El ministro se había quedado pensativo.

— ¿Quieres decir que el arqueólogo se llama Frank?

— No —insistió Puck—. Nuestro director se llama señor Frank, y el señor Kjaer, el arqueólogo, es su huésped.

— ¡Ya! Ahora comprendo —dijo el ministro Petersen, y una amplia sonrisa iluminó su cara—. Creo que estaba distraído y no te había escuchado bien. Eso ocurre cuando uno tiene varias cosas en que pensar a la vez. Así que el arqueólogo se encuentra en el pantano, ¿eh? ¿Cómo dijiste que te llamabas?

— Me llamo Bente.

— Mucho gusto en conocerte —dijo el ministro, y de nuevo quedó pensativo—. Creo que lo mejor será ir al pantano a saludar al director. Vamos, Lisbeth.

Alboroto estaba impresionado. Puck subió al gran coche, que se puso en marcha. Al mirar hacia atrás, vio al director Frank que sabía salido a la escalinata, pero era demasiado tarde para hacer regresar al ministro. Se dio cuenta de que Alboroto explicaba algo al director, mientras señalaba el coche con la mano.

En la carretera se cruzaron con otro coche. Había dos hombres en el asiento delantero. Puck se dijo a sí misma: «Debe de ser la policía.» Pero no tuvo tiempo de pensar más en ello porque en aquel instante el ministro inició una agradable conversación.

—Es muy amable por tu parte ayudarme, Hanne. ¿También tú ibas al pantano?

— No, yo voy un poco más lejos. Pronto llegaremos. El trabajo del señor Kjaer es muy interesante —añadió para apoyar al joven arqueólogo.

Fue un agradable paseo en coche. Cuando llegaron al pantano, Puck se despidió y vio que el ministro caminaba hacia el lugar donde Erik Kjaer estaba trabajando. Estaba solo. Sus ayudantes hacían fiesta.

Cuando Erik vio al ministro se fue a su encuentro, y Puck continuó su camino hacia el norte, en dirección al promontorio de las ruinas.

* * *

En el pensionado, Alboroto se había metido en un buen lío. Los agentes de la Brigada Criminal habían llegado para preguntarle sobre sus aventuras del día anterior.

Él y Cavador fueron interrogados concienzudamente sobre su encuentro con el hombre de la moto.

Vespa se lo había dicho a la policía. Durante el interrogatorio, Alboroto sacó la hoja de periódico.

— Encontré esto en la casita ayer — dijo.

El agente lo tomó y lo estudió de cerca.

— ¿Te lo llevaste? — reprochó con voz severa.

Alboroto asintió con la cabeza.

— Sí — dijo en voz baja —. No debía haberlo hecho.

— ¡Y tanto que no! — dijo enfadado el policía—. Es una pista muy importante.

— Lo comprendo y lo siento muchísimo —dijo Alboroto—. Me lo llevé sin pensar demasiado.

El policía le miró con cara severa, pero renunció a regañarle más.

— ¿Es que querías jugar a ser detective?

De nuevo Alboroto asintió.

— Es mala cosa hacerlo en esta forma, amigo. Recuérdalo para otra ocasión, si es que hay otra ocasión.

— Se lo prometo —dijo Alboroto, aliviado—. ¿Cree usted que el culpable es el tipo de la cicatriz?

— Por principio no creo nunca nada — contestó el agente.



Metió la hoja de periódico en su bolsillo y subió de nuevo al coche.

Alboroto miró de reojo al director Frank, que había estado presente durante todo el interrogatorio. Su expresión no había cambiado. Debería de pensar que una bronca era suficiente. Alboroto estuvo a punto de contarle las aventuras de Puck del día anterior, pero se calló. No quería meter la pata otra vez.

* * *

Al principio la expedición de Puck a las ruinas no fue ningún éxito. Subió sigilosamente la pendiente hasta llegar a los viejos muros. Se escondió tras un sauce para poder escuchar; pero, al parecer, los hombres habían abandonado el lugar.

Miró hacia el lago. Allí seguía el pescador, inmóvil en su barca. Puck le contempló durante largo rato, pero Soeren ni se movió. Parecía haberse quedado dormido.



De pronto se le ocurrió una idea. Soeren, el «Pescador», vivía en una casita hacia el norte del lago, junto a la carretera que bordeaba el Bosque Noerre. ¿Y si ella fuera a registrar la casa mientras su dueño estaba en su bote?

La idea le gustó y la puso en práctica. Echó a correr. Cuando llegó a la cabaña, se detuvo. Primero se escondió tras un árbol,

vigilando el lugar desde el otro lado de la carretera. Parecía desierta. No salía humo de la chimenea y tanto la puerta como las ventanas estaban cerradas.

Puck se decidió a cruzar la carretera y entró en el descuidado jardín. Había algunos aparejos de pesca, un montón de cajones y un tajo para cortar leña. La muchacha rodeó la casa y se atrevió a mirar por una de las ventanas. En la única habitación de la cabaña había un saco de marinero encima de una silla, y sobre la mesa yacía un tabardo.

Fuera de la casa vio ropa tendida: par de pantalones, ropa interior y un jersey azul de marinero, además de un par de calcetines. Todo chorreaba.

Puck quiso seguir pero oyó pasos. Rápidamente se escondió tras un montón de leña. Un hombre iba hacia la puerta, sacó unas llaves y abrió. Puck estiró el cuello para ver de quién se trataba y se sobresaltó, porque vio una cara grande y roja, dominada totalmente por una nariz de gavilán, unas cejas abundantes y un bigote descuidado: el hombre era nada menos que Soeren, el «Pescador».

¿Cómo se las había arreglado para remar hasta tierra y subir a su casa en tan poco tiempo?

Puck pensó en ello mientras contemplaba desde su escondite al hombre que entraba en la casa. Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas, Puck salió de su escondite y regresó corriendo al lago.

Allí le esperaba otra sorpresa. El bote seguía tal como antes, con su ocupante inmóvil cuidando su caña. Puck se rascó el cogote. Aquello era demasiado para ella. ¿Habría dos ejemplares de Soeren, el «Pescador»? ¿Cuál sería la explicación? ¿Era el hombre del bote uno de los otros, de los que ella había visto el día anterior en las ruinas? Además, ¿qué hacía aquel hombre en la barca? ¿Por qué estaba allí? Había muchas preguntas sin respuesta.

Luego tuvo un susto morrocotudo. ¡En aquel instante emergía del agua la serpiente de mar!

Esta vez no había duda. Algo gris y brillante se movía rítmicamente en el lago. Aparecía y se sumergía dos, tres, cuatro veces en total, y Puck miraba y miraba, sin salir de su aterrorizado asombro. Pero momentos después soltó una carcajada. No era ningún monstruo. Naturalmente que no.

Era un hombre rana.

Ahora lo veía claro. El buceador había entrado en aguas poco profundas y se dirigía hacia tierra firme. El hombre rana se encontraba a unos cien metros a la derecha de Puck, y salió a la orilla justo en aquella pequeña playa donde Puck y sus amigas habían encontrado la ropa.



El hombre rana depositó su equipo sobre la gravilla y se quitó las gafas acuáticas. Luego empezó a despojarse de su traje de goma. Otra gran sorpresa esperaba a Puck: cuando el hombre rana se quitó su gorra, una cascada de cabello rubio brilló bajo los rayos del sol.

¡El hombre rana era una chica!

Puck la contempló un instante con cara pensativa, luego se dio una palmada en la frente y se dijo a sí misma: «¡Claro, naturalmente!» Y echó a correr hacia la playa.

La joven estaba vistiéndose, y miró a Puck con asombro.

— ¡Hola! — dijo ¿De dónde sales tú?

— Buenos días —contestó Puck — Me llamo Bente...

Quiero decir, me llaman Puck...

— ¡Hola, Puck! — dijo sonriendo la joven. Tenía unos veinte o veintiún años y era muy bonita.

Puck simpatizó en seguida con ella.

— Perdone usted —dijo Puck —, ¿puedo preguntarle algo?

— Lo que quieras.

— ¿No es usted la señorita Inga Petersen?

— Sí —dijo la buceadora, sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

— He oído hablar de usted —dijo Puck —. Vivo en el

pensionado de Egeborg.

— ¡Ya! Comprendo — contesto Inga.

— Creí que era usted una serpiente de mar — sonrió Puck.

— Lo soy, lo soy — admitió Inga Petersen con una amplia sonrisa —; por lo menos soy tan astuta como una serpiente. Por cierto... ¿Has visto...? Quiero decir... Bueno, nada.

— Pues sí que le he visto — dijo Puck con picardía — . Si piensa usted en el señor Kjaer, quiero decir.

La joven se sonrojó.

— Sí — admitió mirando al suelo —. Sólo le he visto de lejos, desde el lago. Está excavando en el pantano con la convicción de que va a encontrar una calzada de piedra, pero no la encontrará allí.

— ¿Por qué no se lo dice usted? — propuso Puck.

Tras una mirada rápida, Inga comprendió que Puck conocía toda la historia.

— He intentado hacerlo, pero sin resultado —dijo por fin—. Hablemos de otra cosa. ¿Qué te ha traído por aquí?

— He venido a tratar de resolver un misterio —dijo Puck—. Algo extraño está pasando aquí, ¿Ha oído usted hablar del robo de la Caja de Ahorros de Oesterby

— Sí. Vivo en el hotel del pueblo. ¿Han capturado ya a los ladrones?

—Aún no, pero la policía trabaja en ello —informó Puck.

— Y tú también, según veo.

Ahora le tocó a Puck sonrojarse.

— No, no mucho. Pero ayer ocurrió algo muy extraño.

— Cuenta, cuenta...

Y Puck contó toda la aventura. Inga Petersen escuchaba atentamente y al final dijo:

— Voy a proponerte una cosa: tú y yo deberíamos resolver este misterio juntas. Tú debes regresar a la cabaña para ver lo que hace ese tipo y, mientras tanto, nadaré hasta el bote para ver de cerca a ese pescador. No he tenido tiempo de ocuparme de él. Vi a ese hombre en la barca, pero no quise acercarme a él para no espantarle la pesca. Se ponen furiosos Además, tampoco creo que me haya visto a mí. Voy a ponerme el traje de bucear. Nos veremos dentro de un rato. ¿De acuerdo?

Puck estaba encantada de haber encontrado tal aliada. Saludó con la mano a Inga Petersen y empezó a correr por el sendero hacía la cabaña de Soeren, el «Pescador».



CAPÍTULO IX

Las cosas más extrañas ocurrían aquel domingo por la mañana alrededor del lago Ege: en la orilla junto al pantano, el ministro Joergen Petersen discutía con el arqueólogo Erik Kjaer; por el camino entre el Bosque Noerre y el Bosque del Oeste corría Puck hacia una aventura emocionante cuyo verdadero alcance ni siquiera sospechaba, y, finalmente, en el lago, la hija del ministro buceaba como una foca en dirección a la figura solitaria del bote.

Había una extraña relación entre aquellos tres hechos, pero todavía ocurrió algo más, porque en aquel momento dos hombres se dirigían a la cabaña del pescador. Uno de ellos llevaba una enorme barba negra, y el otro una cicatriz sobre un ojo. Parecían muy decididos. No hablaban mientras avanzaban por el Bosque Noerre. Puck, con una pequeña ventaja, seguía el mismo sendero y llegaría a la cabaña antes que ellos.

En el pantano, la disputa entre el ministro y Erik Kjaer llegaba a su punto culminante. Había empezado como una conversación amistosa. El ministro había dicho que estaba allí para convencerse por sus propios ojos de si merecía la pena otorgar aquel dinero para las excavaciones.

— ¿Puedo ver la calzada? — había preguntado.

— Aún no hemos encontrado nada —había contestado Erik.

— Pero tú estás buscando eso, un antiguo camino empedrado, ¿verdad?

— Sí, claro. Pero primero tengo que excavar para encontrarlo, y es para eso para lo que necesitamos el dinero.

El ministro se mordió el labio pensativo.

— Y ¿qué pasaría si no hubiese tal camino en el fondo del pantano?

— Existe.

— Entonces, quiero verlo.

— Querido suegro... — suspiró Erik.

— Sí —dijo amable el ministro—. ¿Qué quieres, querido yerno?

Hubo una pausa.

— Escucha — dijo Petersen tras una vacilación —. Yo ya no soy tu suegro. Has reñido con Inga, ¿verdad?

— No. Fue ella quien riñó conmigo.

— No digas tonterías — interrumpió el ministro —. Tuviste algún lío con una francesa. O ¿era inglesa?

— Era inglesa, y no hubo ningún lío — contestó Erik irritado—. Estudiaba conmigo en el Museo. No podía echarla, ¿verdad?

—Comprendo —dijo el ministro, y dando a su voz un tono confidencial, preguntó—: ¿Era guapa?

— No.

— Pues Inga me dijo que lo era.

— Inga es muy mimada, egoísta, testaruda y obstinada...

El ministro asintió con aprobación:

— Eso, eso — dijo, y luego se interrumpió —. Oye, estás hablando de *mi* hija.

Y empezó la discusión.

Mientras tanto, el motivo de la disputa nadaba ágilmente por el lago, acercándose al bote del solitario e inmóvil pescador.

Puck, a su vez, seguía corriendo hacia la cabaña, mientras los dos hombres caminaban por el Bosque Noerre. El joven de la cicatriz se paró ante su compañero para decir:

— Oye, Benny. ¿No crees que estamos equivocados?

— No. ¿Por qué?

— Pues yo necesito una explicación — dijo el joven —. Soeren, el «Pescador», está sentado en su bote tal como acordamos. Esta

noche nos marchamos de aquí. Los ánimos se están tranquilizando. La policía va siguiendo pistas falsas, y parece que podemos sentirnos seguros. ¿Por qué, pues, hemos de ir a la cabaña ahora?

— Porque tengo la sospecha de que Soeren trata de engañarnos — dijo Benny —. Ya te lo dije antes.

El joven peinó con los dedos su rubia cabellera.

— No comprendo nada — dijo ingenuo.

— Ni falta que te hace, mientras obedezcas mis órdenes — contestó Benny con brusquedad.

Y siguieron su camino sobre la hojarasca. Puck ya había llegado a la cabaña. Se acercó paso a paso con precaución. Detrás de la casa crecían unos saúcos y, escondida tras ellos, podía observar tranquilamente la cabaña.

Se puso en cuclillas en su escondite, lista para echar a correr en caso de ser descubierta.

Desde allí podía oír que alguien se movía en la cabaña. Sin embargo, era imposible saber qué hacía o de quién se trataba.



De nuevo vio la ropa mojada e inmediatamente comprendió. Soeren había alcanzado la orilla a nado para no ser descubierto.

¿Por qué? ¿De quién tenía miedo? ¿Si su único delito era pescar sin permiso, entonces...? Hacía mucho que Puck había abandonado aquella idea como absurda. Estaba completamente segura de que Soeren, el «Pescador», y los dos hombres de las ruinas estaban relacionados con el robo de la Caja de Ahorros de Oesterby y «eso» de lo que había hablado Soeren no era pescado, sino dinero.

Y ¿qué había en las misteriosas bolsas que el «Pescador» había

llevado hasta las ruinas? Los ladrones debieron de tenerlas escondidas en el bote del lago. Pero ahora Soeren estaba en su cabaña, y la figura inmóvil en la barca debía de ser un cómplice. Pero ¿cómo había llegado aquel hombre hasta el bote? Había mucho en qué pensar.

De pronto vio que la puerta principal se abría y Soeren, el «Pescador», salió. En la mano llevaba aquel saco de marinero que Puck había visto cuando miró por la ventana. Lo dejó sobre un banco de madera y se inclinó para atarse un zapato. Luego se enderezó de nuevo e iba a tomar su saco cuando una persona apareció en el camino. Era un hombre de barba negra y Puck oyó que decía:

— Así que pensabas engañarnos, ¿eh?

Soeren dio un paso atrás pero, doblando la esquina de la cabaña, apareció también el joven de la cicatriz, el mismo que Puck había visto cerca de las ruinas.

— ¡Quieto! — dijo amenazador, y se colocó en posición de luchar.

La mirada de Soeren, el «Pescador», pasó de uno a otro. El hombre de la barba negra le dijo:

— Querías hacernos creer que aún estabas en el bote, ¿eh? ¿Me tomas por idiota? ¿Crees que no me di cuenta de que el bote estaba más hundido ayer que hoy? Has colocado un espantapájaros en la barca, ¿eh? Un abrigo y un sombrero rellenos de paja para despistarnos, mientras te largabas con el botín.

Y dio un paso hacia el «Pescador», que dio media vuelta para huir. Pero viéndose atrapado renunció a la fuga y atacó a sus adversarios. Comenzó una lucha violenta y furiosa. Los hombres rodaban por el suelo dándose terribles puñetazos.

Puck hizo una mueca. Era horrible presenciar aquello. Su mirada iba de los hombres al banco de madera, donde estaba el saco de marinero, y en el mismo instante tuvo una idea. Aquélla era la ocasión de su vida. Era peligroso, muy peligroso, pero no le quedaba otra alternativa.

No tardó mucho en decidirse. Con un par de saltos llegó hasta el banco, tomó el saco y se puso a correr hacia la carretera.

Los ladrones tardaron algún tiempo en darse cuenta de lo sucedido. Como el «Pescador» aún golpeaba con furia, Benny y el

rubio Per tardaron en levantarse del suelo. Aquello dio cierta ventaja a Puck. Había corrido ya un buen trozo cuando los hombres iniciaron su persecución.

Se adentró en el bosque y continuó su huida entre los árboles, procurando mantenerse oculta para que los hombres no pudiesen verla. Les oía gritar y pisar las ramas secas a sus espaldas, pero había logrado una buena ventaja.

Se sintió tentada de esconderse y dejar que ellos pasasen de largo, pero no se atrevió. En vez de eso siguió corriendo. Mientras huía, Puck pensó que se encontraba en la parte este del camino y, tarde o temprano, tendría que cruzarlo para dirigirse al Bosque del Oeste, dónde le sería más fácil ocultarse y podía contar con la ayuda de Erik Kjaer, si era capaz de llegar hasta el pantano.

La bolsa pesaba lo suyo, pero no demasiado para Puck. Quería cruzar la carretera, y sentía miedo. Corría el riesgo de ser vista, y eso hubiera sido fatal. Por el momento se limitó a correr con todas sus fuerzas hasta el lugar donde el camino desemboca en la playa.

Y mientras Puck seguía huyendo, Inga Petersen nadaba alrededor de la barca haciendo un interesante descubrimiento. Por su parte, el ministro interrumpió su discusión con

Y



Erik Kjaer y se marchó muy enfadado en su automóvil ministerial.

Mientras, también con expresión de cólera, Erik le veía partir. Luego se dijo a sí mismo que ya no podía contar con la ayuda estatal.

—¡Viejo testarudo! — gruñó, y al volverse vio algo en el suelo. Se inclinó para recogerlo. Era la cartera del ministro —. Viejo tonto distraído — pensó en voz alta —. Dudo que exista otra persona en el mundo tan distraído y tonto como él.

Lentamente regresó al pantano y empezó a remover la tierra fangosa con la pala. Era verdad que no había encontrado ningún camino, y ahora ni siquiera creía en su existencia.

Después de su discusión con el ministro, había perdido tanto la fe como la esperanza.

Inga había insistido en que aquella antigua calzada debía de encontrarse en el fondo del lago, mientras él sostenía que debía de estar en el pantano. Habían discutido también por ello.

Sin embargo, ahora debía admitir que no había encontrado ni rastro. Con un gesto irritado golpeó el suelo con la pala. El metal chocó contra algo sólido con un ruido agudo y duro. Erik se sorprendió.

De nuevo levantó la pala para volver a golpear el suelo un poco más lejos de donde lo había hecho la primera vez. Y también entonces chocó contra una piedra. En seguida empezó a cavar, nervioso, ansioso, con movimientos febriles. Allí no había buscado aún. Pensaba que la calzada debía de estar más hacia el norte, pero ahora...

Mientras el arqueólogo cavaba sin descanso, Puck corría también sin descanso, seguida de los hombres. Había llegado tan lejos que decidió reconsiderar su situación. Se paró y se ocultó tras unas ramas bajas. Al poco rato vio cómo los hombres pasaban de largo por su lado.

Rápidamente cruzó la carretera y tuvo suerte: no la vieron. Ya estaba en el Bosque del Oeste, pero sus perseguidores habían alcanzado la orilla del lago y debía tener mucho cuidado de que no le cortasen el camino de regreso.

Se adentró más en el bosque para evitar ser vista. Aquello significaba un camino más largo y nuevas dificultades. El saco empezaba a hacerse pesado. Había una pequeña colina en la parte del Bosque del Oeste donde se encontraba, y Puck decidió buscar refugio al otro lado.

Estaba confusa por no saber dónde se hallaban sus perseguidores. Oculta por la colina, continuó hacia el sur, hacia el

pantano. Conocía aquel bosque como la palma de su mano.

De vez en cuando se paraba, escuchaba y, cuando había llegado más allá de las ruinas, se escondió y agudizó su oído para cerciorarse de si aún la seguían. Nada.

Se quedó un rato descansando y luego continuó su carrera entre los troncos de las hayas.

Ya podía ver a Erik. Estaba cavando y ni siquiera se dio cuenta de su presencia. En aquel mismo instante oyó gritos a su espalda y, cuando miró por encima de su hombro, vio a los dos hombres llegar corriendo por el bosque.

Dio media vuelta y corrió a toda velocidad, pero también sus perseguidores corrían mucho y la distancia se acortaba por momentos. Llegó hasta el sendero y corrió desesperada, con los hombres pisándole los talones. Luego se puso a pedir socorro a pleno pulmón, y Erik la miró extrañado. En el primer momento no había visto a los dos hombres, pero acto seguido se dio cuenta de la situación, y corrió a su encuentro.

Estaban a la orilla del lago cuando los dos hombres alcanzaron a Puck. El de la barba negra la agarró por el hombro y alargó la mano para arrancarle el saco, mientras el joven de la cicatriz alzaba el puño cerrado, dispuesto a atacar.

En aquel instante llegó Erik. Nadie dijo nada; no había nada que decir. Era cuestión de actuar,

Erik se lanzó contra los dos hombres. Hizo girar la pala sobre su cabeza y los hombres retrocedieron, pero el joven de la cicatriz dio un ágil salto hacia delante y logró agarrar al arqueólogo. Con ello, la pala ya no servía para nada. Era una lucha de puños. Y era una lucha desigual.

Dos contra uno.

No obstante, Erik Kjaer estaba en forma y era fuerte. Había boxeado y jugado al fútbol. Era ágil y rápido, y no fue tan fácil contrincante como los dos ladrones habían imaginado. Kjaer derribó al joven de un golpe en la mandíbula, y se volvió contra el otro que, de momento, pareció retroceder; pero, de un modo inesperado, lanzó su puño contra la cara de Erik.



Éste esquivó y el otro perdió el equilibrio.

Puck estaba atenta y le puso la zancadilla, con lo que el hombre rodó por el suelo.

El joven rubio se había levantado ya y Erik se lanzó contra él. El arqueólogo resultó demasiado rápido y mucho más fuerte que el joven. Puck quedó impresionada cuando el joven ladrón fue lanzado contra el suelo por segunda vez, a consecuencia de un fuerte directo. La expresión de Erik fue de alivio.

De pronto, Puck chilló aterrorizada. El hombre de la barba negra se había levantado y, con la pala en ristre, se lanzó a golpear la cabeza de Erik... Puck sintió que todo estaba perdido.

Sin embargo, había estado tan ocupada con la pelea, que no pudo ver la figura brillante y gris que desde la orilla se estaba acercando a los hombres que luchaban. Tampoco vio que aquella figura había recogido una gruesa rama del suelo.

Sólo cuando la recién llegada golpeó la cabeza del hombre de la barba negra comprendió que la ayuda había llegado. El hombre se derrumbó con un grito de dolor. Erik, que por tercera vez había derribado al joven rubio de otro puñetazo, dio media vuelta con expresión decidida, listo para un nuevo ataque.

Pero se quedó mirando fijamente y casi paralizado a la recién llegada, vestida de buceador, y una sonrisa iluminó su cara.

— ¡Inga! —gritó.

Ésta se despojó del gorro y su rubia cabellera se desparramó. Erik se fue hacia ella para abrazarla, pero la joven retrocedió unos pasos, señalando mientras gritaba:

— ¡Erik, cuidado!

Los dos delincuentes se estaban incorporando.

— ¡Toma la rama! — gritó Erik.

Él empuñó la pala y se colocó en posición amenazadora delante de los dos hombres, que ya no se atrevieron a atacar. Puck se preguntó a sí misma cómo iba a terminar aquello, pero en aquel instante se oyó el ruido de un motor que se acercaba. El negro coche ministerial entró en escena. El chófer bajo de un salto. Puck no pudo contener un grito de alegría. Ya no les quedaba ninguna oportunidad a los ladrones. El resto sólo fue cuestión de segundos y de decisión.

El gordo ministro Joergen Petersen había bajado de su coche. Miró de uno a otro con ojos ovejunos y dijo, como si estuviese hablando con un alto jefe de su departamento:

— Hagan el favor de explicar en detalle lo que ha ocurrido aquí.

* * *

— ¡Bufff! — resopló Puck —. ¡Qué mal lo he pasado!

Erik Kjaer no dijo nada. Sólo miraba a Inga con cara de enamorado.

— ¿Qué miras? —preguntó finalmente ésta, y su voz sonó agresiva y un poco aguda, pero sus ojos brillaban sonrientes. Se fue hacia él.

El chófer señaló a los dos agresores y preguntó:

— ¿Qué vamos a hacer con éstos? ¿Los llevamos a la policía?

— Sí — contestó Erik —; lo antes posible. Pero no sé nada de todo esto. ¿Por qué te perseguían, Puck? Y ¿qué hay en ese saco?

— Se lo mostraré —dijo Puck y lo abrió—. Miren; está lleno de bolsitas de plástico. Y las bolsitas están llenas de dinero.

— ¡No me digas! — exclamó el ministro.

En aquel momento se oyó acercarse un nuevo automóvil.

— Debe de ser la policía — aventuró Erik.

En efecto, el coche patrulla de la Brigada Criminal llegaba por el sendero del bosque. Se detuvo, y el agente de policía sacó la cabeza por la ventanilla:

— ¿Necesitan algo?

Y se calló al ver a los dos hombres maniatados tumbados en el suelo.

— Sí —dijo Erik Kjaer—. Tenemos algo para ustedes.

Los policías bajaron rápidamente del coche. Puck les tendió la

bolsa. Uno de los agentes la tomó y miró el contenido. Luego miró asombrado al pequeño grupo, y finalmente le preguntó a Puck:

— ¿Fuiste tú quien...?

Puck asintió.

— Puedo explicarlo todo —dijo—. Es muy fácil.

Y empezó a contar. Fue una explicación larga porque habían ocurrido muchas cosas. Todos escuchaban asombrados y con gran interés. Cuando terminó su historia, el ministro dijo:

— Has sido estupenda, Henriette.

— Papá —dijo Inga con voz cansada—, se llama Puck.

— ¡Qué extraño! — dijo el ministro Joergen Petersen —. A mí me dijo que se llamaba Bente.

Pero de todos modos se ha portado estupendamente bien.

El agente de policía cerró la bolsa de marinero y sonrió.

— Bien —dijo—. Ya tenemos el caso casi resuelto. Sólo nos falta Soeren, el «Pescador», pero no será difícil capturarlo. No llegará lejos.

Y, volviéndose a los dos ladrones, continuó:

— ¿Tienen ustedes algo que añadir?

Benny le miró furioso, pero Per denunció:

— Todo fue idea de éste.

— Sí, claro —contestó el agente mordaz—. Siempre son culpables los demás. También fue él quien te tiñó el pelo, ¿verdad?

— No sé de qué me habla —contestó enfadado el joven.

El agente sacó de su bolsillo el recorte de periódico:

— La descripción concuerda —dijo—; sólo ha cambiado el color del cabello. Pero no te preocupes; tendrá su color natural antes de que salgas de la cárcel. Por cierto, ¿dónde está la moto robada?

— No sé nada de ninguna moto —contestó Benny.

— No, es verdad. Soeren, el «Pescador», la robó — dijo Per y se mordió seguidamente el labio. Había hablado demasiado.

— Usted también la usó —acusó Puck—. Le vi con mis propios ojos cuando iba a las ruinas. La escondió entre los arbustos.

— ¿Está aún allí?

Per meneó la cabeza, negando.

— ¿Dónde está entonces?

Inga dio un paso hacia delante:

— Yo se lo puedo explicar — dijo—. Está en el fondo del lago. La

vi mientras buceaba.

Se estremeció:

— Empieza a hacer demasiado frío para hacer de rana.

— Toma mi chaqueta — dijo Erik.

— Gracias, querido —sonrió ella.

Cuando la policía se hubo marchado con los dos ladrones, el ministro dijo:

— Creo que va siendo hora de que nos vayamos también.

— Espera un momento —dijo Erik—. Hay algo que me gustaría enseñarte. ¡Creo que he encontrado la antigua calzada!

— ¡No me digas! —dijo Inga levantando las cejas.

— ¿Qué calzada? — preguntó el ministro.

— Papá, debería darte vergüenza. Habla del antiguo camino que buscábamos — dijo.

— Buscábamos — repitió Erik, burlón —. Creí que no querías participar en la búsqueda.

— Ni quiero hacerlo —contestó ella—. Tenía razón con mi teoría, y tú tenías miedo de que así fuera. Por lo demás, me hubiera gustado mucho ayudarte, si tú me hubieras dejado.

— ¡No me digas! —contestó Erik con voz brusca.

Puck les contemplaba sonriendo, pero luego se dio cuenta de que una nueva discusión estaba en camino.

— Eres más testarudo que una mula — dijo Inga, enfadada—. Yo quería ayudarte a excavar; pero no, no podía participar ni decidir nadie más que el señor arqueólogo en persona. Yo, en tu lugar, me sentiría avergonzado. Eres muy presumido, y siempre has tenido miedo de que mi teoría fuera cierta.

— Eres injusta — contestó Erik, y la señaló con un dedo acusador—. A mí me hubiera gustado mucho que vinieses a ayudarme; pero también sabes muy bien que no creo en tu teoría sobre la calzada en el fondo del lago. Además, te portaste muy testarudamente y, por respeto a mis ayudantes, no podía aceptar que vinieras.

— ¿Quieres repetir eso? — dijo.

— Repetir, ¿qué?

— Que no crees que exista una calzada en el fondo del lago.

— Sería lo mismo que creer en las serpientes de mar.

Se interrumpió perplejo. Recordó que alguien había afirmado

haber visto una serpiente de mar en el lago, y una sonrisa iluminó su cara. Añadió:

— ¿Fuiste tú aquella serpiente de mar?

Inga asintió:

— Exactamente, hijito. Y puedes bajar del pedestal, porque quizá yo tenga pruebas de que en el fondo del Lago Ege hay restos de un antiguo camino empedrado.

— No digas tonterías — le interrumpió él —. Sabes tan bien como yo que no lo hay. Además, los expertos extranjeros dicen...

— ¡No te molestes! ¡Conozco a tus expertos extranjeros! —saltó Inga con ojos que echaban chispas—. Seguramente estás pensando en aquella pelirroja inglesa que trataba de cazarte en el museo.

— No me digas — dijo el ministro interesado —. Así que era pelirroja. ¡Hay que ver! Seguramente sus padres eran irlandeses. Hay tantos irlandeses pelirrojos... Eso dicen al menos. Una vez, cuando yo participaba en un congreso en Viena, me encontré con un hombre que dijo que su madre...

Pero nadie escuchaba lo que el hombre de Viena había dicho acerca de su madre. Inga y Erik estaban furiosos, cara a cara, y el chofer creyó prudente retirarse. Se fue hasta el coche y empezó a simular que repasaba algo en el motor.

— Por lo demás, ella no tiene nada que ver con esto —dijo Erik—. Es una estupidez por tu parte sentir celos. No tienes ninguna razón. Ella vino a estudiar. No podía echarla, ¿verdad? Vino con recomendaciones de un catedrático de Oxford. Ni siquiera la he mirado. Además, ya está de vuelta a Inglaterra.

— Me parece — dijo el ministro en un intento de calmar los ánimos —, que deberíais dejar de discutir. Como dicen los ingleses...

— ¡Al infierno con todos los ingleses pelirrojos! — dijo Inga, furiosa.

—Bueno, bueno — dijo el ministro —. No hay tantos. La mayor parte de los ingleses pelirrojos tienen, como dije antes, antepasados irlandeses. El hombre que conocí en Viena tenía la teoría de que...

— ¡Y qué me importa a mí tu hombre de Viena! —casi gritó Inga. Se volvió hacia su padre y añadió —: Ojalá dejaras de meterte en esto. Cuando discuto con Erik, discuto con él y con nadie más.

— Bien, bien —dijo el ministro—. Lo comprendo, pero opino

que con buena voluntad podemos encontrar la solución de vuestro problema. ¿No es verdad? ¿Os queréis mucho?

— ¿Qué sabes tú de eso? — preguntó Erik.

— No, claro — dijo el ministro, que estaba acostumbrado a retractarse —. Sólo quería decir que, teniendo en cuenta los hechos presentes, y las palabras que han sido pronunciadas en otras ocasiones, tengo derecho a creer que entre vosotros había algo que, sin exagerar, podía llamarse un compromiso matrimonial, fundado sobre cierto amor...

Puck contempló al gordo ministro, y no pudo por menos que sonreír. Era fantástico. Estaba en pleno Bosque del Oeste haciendo un discurso como si estuviera en la tribuna del Parlamento, defendiendo una ley de impuestos.

¡Y le dejaban hablar! Tanto Inga como Erik se habían quedado callados, por lo menos de momento. Y las palabras del ministro les impresionaban. Joergen Petersen sacó una carta de su bolsillo y, mientras la desplegaba con gran dignidad, añadió:

— Además, puedo demostrar que este amor ha existido y, según las pruebas, aún existe. Así que podemos..

— Por favor, papá — dijo Inga —. Ojalá no...

Pero el ministro no se dejó interrumpir.

— No hace muchos días, durante una estancia en Skjern, donde iba a pronunciar un discurso del partido, recibí una carta tuya, querida hija, en la que me decías: «Me encuentro muy triste, porque Erik y yo hemos reñido. Haría lo que fuese para reconciliarme con ese bobo...»

— ¿Cómo? — exclamó Erik—. ¿Me llamaste bobo?

— No te hagas ilusiones sobre esa carta —dijo Inga—. La escribí para darle una alegría a mí padre. No me gustaría reconciliarme contigo ni por todo el oro del mundo, ni aunque te arrodillaras ante mí.

— Ni yo —dijo Erik, pero su voz no estaba tan segura como él hubiera querido.

El ministro plegó la carta y la puso de nuevo en su bolsillo. Sonrió y guiñó un ojo a Puck:

— Casi de la misma fecha tengo otra —dijo, y sacó una nueva carta—. Es costumbre mía ser ordenado y previsor. Me mandaste una carta, querido Erik, sobre las investigaciones que querías hacer

por esos alrededores. Me pediste que fuera a verte, tal como lo he hecho. Y luego añadiste: «...siento decirte que Inga ha roto nuestras relaciones...».

— ¡Eso no es cierto! ¡Fuiste tú! — empezó Inga.

— Un momento — dijo el ministro, y levantó la mano para pedir silencio—. Me permito continuar mi interrumpida lectura: «...haría lo que fuese para reconciliarme con esa boba.»

— ¡Ya! —exclamó Inga.

— Por eso recomiendo una rápida conciliación. Primero lo pondremos a votación.

— ¿Qué quieres decir, papá?

— Id a dar un paseo, hijitos, y reflexionad sobre vuestras cosas. Luego volvéis y nos contáis si yo estaba en lo cierto respecto a vuestros sentimientos.

Los jóvenes se miraron y rompieron a reír.

— Acepto la propuesta — dijo Erik, y tomó a Inga en sus brazos.

— ¡Estupendo! — dijo el ministro. —. ¿Qué te parece, Kirsten?

— ¡Fabuloso! — contestó Puck.

— Puedo enseñaros algo verdaderamente emocionante —dijo Erik.

Tomó el brazo de Inga y fue hacia el pantano. El ministro y Puck les siguieron. Erik se inclinó y agarró una pala. La usó para señalar:

— ¡Mirad! —dijo—. Allí está la antigua calzada.

El ministro y Puck miraron, pero no vieron otra cosa que un par de grandes piedras. Inga estaba en cuchillas y pasó su mano sobre la piedra que Erik había dejado al descubierto. Luego miró hacia la isla del Caballero Volmer con una mirada experta. Hizo un gesto de aprobación y sonrió a Erik.

— Es verdad.

— Bien — dijo Erik —. ¿Te declaras vencida?

La voz de Inga se hizo tan dulce que Erik debió haberse dado cuenta

— Admito que has encontrado parte de la calzada — dijo.

— ¿Cómo que sólo parte? — exclamó.

Ella asintió, sonriendo.

— Porque yo encontré el resto, amigo.

—¿Dónde?

— En el fondo del lago.

— ¡Claro, naturalmente! — intervino el ministro —. Esto demuestra que los dos estabais en lo cierto.

— ¿Lo dices de veras? —exclamó Erik—. ¿No me engañas?

— No. Es verdad. Llevo días buceando por el fondo del lago, y lo encontré. Está allí. Pero lo extraño es que no lo descubrí hasta hoy. Puck y yo nos encontramos y decidimos que ella fuera a registrar la cabaña de Soeren, el «Pescador»; mientras tanto, yo debía ir a ver quién estaba en el bote...

—Por cierto —interrumpió Puck—. ¿Quién estaba en la barca? Lo hemos olvidado por completo.

— Sólo era un espantapájaros —rió Inga—. No sé describirlo mejor. Paja dentro de un abrigo y un sombrero.

— Cuéntame lo que encontraste en el fondo —preguntó Erik, impaciente.

— Bueno, cuando me zambullí como una foca vi de pronto un trozo de pavimento empedrado. El camino va hasta la isla.

— Será emocionante ver qué más encontramos —dijo Erik—. Eres fantástica, Inga, fabulosa. Te felicito.

— Me voy a Copenhague para recomendar la concesión del dinero — dijo el ministro, y carraspeó —. No hay más remedio, creo.

Erik e Inga apenas escuchaban.

— Lo dije desde un principio —hizo constar el ministro Joergen Petersen—. Con buena voluntad todo se arregla. Vamos, Ingeborg; te llevaré al colegio. Estos dos no nos necesitan.

F I N